N. LENIN

4A (624-16)

IDEARIO BOLCHEVISTA

RECOPILACIÓN Y PRÓLOGO DE N. TASIN

BIBLIOTECA NUEVA
MADRID

N. LENIN

IDEARIO BOLCHEVISTA

RECOPILACIÓN Y PRÓLOGO DE

N. TASIN

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

BIBLIOTECA NUEVA
MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.) Paseo de San Vicente, 20, Madrid.

PROLOGO

Este libro es un resumen del "credo" bolchevista, de las principales ideas políticas y sociales en que inspiran su acción los actuales dueños de Rusia. Su oportunidad es tanto mayor como que el bolchevismo, aun haciendo ya casi tres años que agita y apasiona al mundo entero, apenas si es conocido como doctrina. Se da el caso de que no pequeña parte de sus admiradores sólo tienen de ella una noción vaga y confusa, reduciendo la significación del bolchevismo a su aspecto táctico, es decir, a la conquista violenta del Poder, a la guerra implacable contra la burguesía.

Con la obra presente deseamos llenar esta laguna, dar una idea más amplia del bolchevismo desde el punto de vista político, social y filosófico.

Para conseguirlo hemos coleccionado los escritos más principales de Lenin, que es el definidor más autorizado de la doctrina bolchevista, mucho mas original, profundo y consecuente que Trotsky y los demás leaders *del partido comunista ruso. Puede decirse que Lenin era bolchevique antes de que el bolchevismo alcanzase la categoría de sistema político, como verá el lector por algunos pasajes de sus obras que aquí*

reproducimos y que se publicaron hace ya diez o quince años.

Para la composición de este volumen hemos utilizado no solamente todos los escritos de Lenin traducidos al castellano, francés, inglés o alemán, sino también sus obras, publicadas hasta ahora nada más que en ruso, como Las dos tácticas, A los explotados, La labor de la social-democracia, Un paso adelante, dos atrás *y* ¿Qué hacer?, *así como una serie de trabajos que vieron la luz por vez primera en los periódicos y revistas en que colaboró o que dirigió el actual jefe del Gobierno sovietista.*

N. TASIN

I

TACTICA REVOLUCIONARIA

LOS SOCIALISTAS Y LA REVOLUCION BURGUESA (1)

Los marxistas debemos saber que la libertad y el progreso burgueses son el comienzo del único camino que conduce a la definitiva emancipación de las masas trabajadoras. No debemos olvidar que primero la plena libertad política, la república democrática, y luego la dictadura revolucionaria y democrática del proletariado y de los campesinos, son los medios sucesivos para lograr el triunfo del socialismo.

La próxima revolución rusa tendrá un carácter burgués. No solamente no derrumbará al capitalismo y la dominación de la burguesía, sino al contrario, limpiará el terreno para el desarrollo rápido del verdadero capitalismo y consolidará el dominio de la burguesía como clase. Aun si la masa campesina triunfa en su movimiento insurreccional, logrando apoderarse de las tierras, eso no significará todavía el derrumbamien-

(1) Del folleto de Lenin "Dos tácticas", escrito en julio de 1905. (N. del T.)

to del capitalismo, sino que, por el contrario, acelerará la lucha de clase entre los mismos campesinos.

La revolución burguesa no se sale del cuadro del régimen capitalista, no le rompe, sino que le consolida y ensancha. Corresponde mucho más a los intereses de la burguesía que a los del proletariado. Pero sería un error el creer que al proletariado no le importa ni le conviene la revolución burguesa. El desarrollo del capitalismo es para él una condición indispensable de su propio desarrollo.

En los países atrasados como Rusia la clase obrera sufre mucho más por el *escaso desarrollo* del capitalismo que por el capitalismo mismo.

Por esta razón, la revolución burguesa, que abre el camino para el libre desarrollo del capitalismo, es sumamente ventajosa para el proletariado; más aún, le es necesario e indispensable. Cuanto más decisiva y fuerte sea esta revolución, tantas más facilidades obtendrá la clase obrera en su lucha a favor de un régimen ulterior de socialismo puro.

La burguesía se da cuenta perfecta de que una revolución dentro del régimen capitalista puede intensificar y dar ventajas a la lucha del proletariado por el socialismo, y no está dispuesta a ir muy lejos en sus reivindicaciones políticas. Por eso siempre mira hacia atrás; prefiere detenerse en medio del camino. No se atreve a acabar con todas las supervivencias del pasado porque tiene miedo al proletariado. Pero, en cambio, el proletariado tiene el mayor interés en impulsar la revolución burguesa hasta el límite ex-

tremo; cuanto más consecuente sea esta revolución, tantas más ventajas pueden sacar de ella las clases trabajadoras y oprimidas.

La revolución victoriosa, realizada por la burguesía, se convertirá fatalmente en una dictadura de las masas trabajadoras, puesto que esa revolución tendrá que apoyarse en la fuerza militar, en el armamento del pueblo, en la insurrección armada. El deseo de llevar a cabo inmediatamente las reformas acordadas, necesarias al pueblo, tropezará con una resistencia desesperada por parte de la gran burguesía, de los terratenientes, de la burocracia. El único modo de romper esta resistencia consiste en la dictadura.

Pero, naturalmente, todavía será una dictadura no socialista, sino democrática; una dictadura incapaz de derrumbar al capitalismo.

Ahora bien, la próxima revolución rusa no se contentará con pequeñas reformas.

Según la ley de la mecánica, la acción es igual a la reacción. En la Historia, la fuerza destructora de la revolución depende, en gran parte, de la fuerza y duración con que estaba oprimido el anhelo de libertad. Si conseguimos una victoria decisiva, entonces arreglaremos la cuenta del zarismo a la *jacobina*, o, si queréis, a la *plebeya*..., aniquilando sin piedad ninguna a los enemigos del pueblo, rompiendo por la fuerza su resistencia, negándonos a hacer concesiones de ningún género. Eso no quiere decir que debamos imitar a los jacobinos de 1793, adoptar sus conceptos, su programa, sus lemas, sus métodos de acción. Nada

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

de eso. Tenemos programa propio: el del partido socialdemócrata. Tenemos un nuevo lema: el de la dictadura revolucionaria del proletariado y de la masa campesina.

Los socialistas contemporáneos en manera alguna deben imitar a la Comuna de París de 1871. La Comuna puede tan sólo enseñarnos *cómo no debe ser un Gobierno revolucionario*. A pesar del profundo respeto que inspira, hay que tener en consideración sus errores y las condiciones especiales de la época. Ya Engels se mofaba de los blanquistas que se inclinaban ante todo lo que habían hecho los miembros de la Comuna. Hay que reconocer que aquélla no sabía distinguir entre el socialismo y el democratismo, entre la lucha por la República y la lucha por el socialismo; no fué capaz de organizar un asalto enérgico contra las tropas de Versalles, no se atrevió a apoderarse del Banco de Estado, etc., etc.

El Gobierno salido de la revolución victoriosa, aunque burguesa, debe evitar la indecisión y el eclecticismo de todas las revoluciones anteriores.

Un día el pueblo acabará con el zarismo, y la revolución democrática cumplirá su misión; entonces... llegará el momento de pensar en la implantación inmediata de la dictadura socialista.

Mientras tanto, hay que preparar la victoria decisiva de la revolución *democrática*; es decir, la dictadura revolucionaria y democrática del proletariado y de la masa campesina.

El proletariado tiene una doble misión histórica:

primera, con apoyo de los trabajadores de los campos debe impulsar a la revolución democrática, rompiendo por la fuerza la resistencia del absolutismo y luchando contra la indecisión y timidez de la burguesía, y segunda, apoyándose en los elementos semiproletarios del país, debe romper la resistencia de la burguesía y la indecisión de la masa campesina, con objeto de implantar el socialismo.

¿Qué problemas son los que plantea ante los socialistas la revolución burguesa próxima a estallar en Rusia?

En primer lugar, el de la Asamblea Constituyente. El Gobierno zarista, bajo la presión del movimiento popular, parece dispuesto a convocar una caricatura de parlamento, que no será ni popular ni constituyente. Pero el proletariado revolucionario debe insistir en que la Asamblea proyectada sea investida de todos los poderes; exigir no solamente que sea elegida a base del sufragio universal, con plena libertad de propaganda electoral, sino el derrumbamiento del Gobierno zarista y su sustitución por un gobierno revolucionario.

El problema de la formación de un Gobierno revolucionario tiene para los socialistas una importancia transcendental. ¿Deben ellos entrar en este Gobierno? Si no entran, ¿cómo puede ejercerse sobre él la presión de las masas, es decir, *de abajo?*

He aquí las miras que deben tener los socialistas rusos:

1) Los intereses inmediatos del proletariado, así como sus fines en la lucha por el triunfo del socialismo, exigen la más absoluta libertad política, o sea la substitución del régimen absolutista por la República democrática;

2) La implantación de la República democrática en Rusia es posible tan sólo después de una revolución victoriosa, que creará un Gobierno revolucionario provisional, único capaz de garantir la libertad absoluta de la propaganda electoral y de convocar, a base del sufragio universal, directo, igual y secreto, la Asamblea Constituyente, como verdadera expresión de la voluntad del pueblo;

3) Este cambio de régimen, en vista del estado económico y social actual de Rusia, lejos de quitar fuerza a la burguesía, la fortalecerá; de modo que esta última hará todo lo posible para arrebatar al proletariado la mayor parte de sus conquistas revolucionarias.

En tales condiciones, la línea de conducta de los socialistas debe ser la siguiente:

1) Propalar entre la clase obrera la idea concreta de la marcha más probable de la revolución y de la necesidad de crear, en un momento dado, un Gobierno revolucionario provisional, del cual el proletariado exigirá la realización del programa mínimo del partido socialista; es decir, la satisfacción de sus primeras reivindicaciones políticas y económicas.

2) Si las circunstancias son favorables, es admisible la participación en el Gobierno revolucionario de delegados del partido socialista, para que luchen den-

la emancipación de los obreros puede ser conseguida tan sólo por ellos mismos y de que una revolución socialista es imposible sin una larga preparación y educación de las masas en el proceso de lucha de clase contra la burguesía.

Si los anarquistas nos reprochan el que aplazamos la revolución socialista, les diremos: No; no la aplazamos, sino que damos el primer paso hacia ella por el único camino posible, es decir, por el camino de la república democrática. El que quiere ir al socialismo por camino distinto al del democratismo político, llega fatalmente a conceptos estúpidos y reaccionarios. Si se nos pregunta por qué no queremos, en este momento, realizar el programa máximo, contestaremos que las masas populares están todavía muy poco penetradas del socialismo, que las contradicciones sociales en Rusia no han adquirido aún suficiente desarrollo, que los proletarios no han llegado todavía a un nivel bastante de organización. ¡No es cosa fácil el organizar centenares de millares de obreros, el atraer la adhesión de millones de personas al programa socialista!

Las revoluciones son locomotoras de la Historia, según la expresión de Carlos Marx. Las revoluciones son fiestas de los oprimidos y explotados. Las masas populares no pueden jamás desempeñar un papel más activo, más creador, que el que desempeñan durante la revolución. En tales épocas, el pueblo es capaz de hacer milagros. Pero es preciso que a sus directores no les asuste el plantear los problemas revolucionarios en toda su grandeza, que se hallen siempre

al frente de las masas, que sus lemas sirvan de faros al pueblo, mostrándole toda la belleza del ideal socialista y enseñándole el camino más próximo y más directo que conduce al triunfo decisivo, pleno, absoluto. Sería un crimen el contentarse, por miedo de alarmar a la burguesía, con éxitos mezquinos.

Los socialistas traicionarían a la revolución si no se atrevieran a aprovechar la energía festival de las masas y su entusiasmo revolucionario para la lucha implacable por el triunfo del Socialismo. No hay que temer que la intransigencia del proletariado provoque la reacción. El proletariado se niega a todas las componendas; su orgullo no le permite aceptar limosnas; está capacitado para defender, en magna lucha, sus justas reivindicaciones, sin vacilar y sin regatear.

La clase obrera debe colocarse al frente del pueblo entero en su lucha por la libertad y la república democrática, y al frente de todos los oprimidos y explotados en su lucha por el Socialismo.

De ninguna manera el proletariado debe encerrarse en los límites de sus intereses puramente económicos, profesionales; al contrario, tiene el deber de ensanchar la esfera de su lucha de clase. Sin menospreciar su movimiento profesional, debe, en la época de la revolución, ocuparse, en primer lugar, de los problemas de la lucha armada, de la organización de su ejército revolucionario y de un Gobierno revolucionario, que son los únicos caminos conducentes a la conquista de una república democrática y de la verdadera libertad política.

Después de haber logrado esta primera etapa, habrá que intensificar la lucha directa por el Socialismo. La realización de las reivindicaciones de la masa campesina, el aniquilamiento completo de la reacción, la instauración de la república democrática, marcarán el fin del revolucionarismo de la burguesía, aun de la pequeña burguesía, y el principio de la verdadera lucha del proletariado por el Socialismo. Cuanto más completa sea la revolución democrática, tanto más intensa, amplia y decisiva será esta nueva lucha.

Entonces, el lema "la dictadura democrática" será substituído por el de "la dictadura socialista del proletariado".

Los grandes problemas en la vida de los pueblos se resuelven por la fuerza. Las clases reaccionarias no se asustan ante la perspectiva de la guerra civil. Tampoco debe asustarse la clase revolucionaria ante esa perspectiva.

La clase destinada a ejercer, después de la revolución, la dictadura, es el proletariado. La masa campesina es un asociado poco seguro de la clase obrera. La traicionará, en un momento dado, como ha traicionado al proletariado la burguesía. Olvidarlo significa olvidar el Socialismo, engañarse a sí mismo y a los demás acerca de los verdaderos intereses y fines del proletariado.

No hay que hacerse ilusiones y cubrir de velos ideológicos la realidad histórica: en su lucha por el Socialismo, el proletariado quedará aislado. Para esta lucha titánica debe tener el camino libre, debe servirse

de todas las armas a su alcance. La democracia, la plena libertad política, son sus mejores armas, y para tenerlas a su disposición la clase obrera no debe de ninguna manera menospreciar la llamada revolución burguesa, uniéndose con la burguesía, la masa campesina y todos los demás elementos de oposición, si esta unión puede ser útil para acabar con todas las supervivencias del pasado y lograr el triunfo de un régimen democrático.

ORGANIZACION DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO (1)

La social-democracia es un Partido de clase, precisamente del proletariado, y, claro está, todo el proletariado debe actuar *bajo la dirección* del Partido.

Pero sería una candidez imperdonable creer que toda la clase obrera, en las condiciones actuales del régimen capitalista, es capaz de convertirse en clase socialista.

No solamente el Partido no puede soñar con atraer a su seno a todo el proletariado, sino que las mismas organizaciones profesionales, mucho más a su alcance, no pueden hacerlo, y una gran parte de la clase obrera queda fuera de aquellas organizaciones. Un obrero puede tomar parte en las huelgas, sin ser por eso socialista; y sería un gran peligro para el Partido si

(1) Del folleto de Lenin "Un paso adelante, dos atrás", escrito en 1903, después del Congreso socialista ruso, en el cual se produjo la famosa división entre los bolcheviques y mencheviques. (N. del T.)

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

cada huelguista fuese admitido en su seno. El Partido socialista y la clase obrera son dos cosas distintas, y tan sólo los oportunistas pueden insistir en abrir de par en par las puertas del Partido a todos los elementos capaces, en el porvenir, de convertirse al socialismo. *Cada* obrero socialista tiene el deber de tomar parte activa en las organizaciones profesionales de su clase, pero no todos los miembros de esas organizaciones pueden entrar en el Partido. El Partido socialista debe ser un organismo conspirativo, muy centralizado, cuya entrada esté libre tan sólo a los verdaderos socialistas. Manteniendo el contacto más estrecho con las fábricas y talleres, desarrollando en ellos una propaganda activa, los socialistas abren poco a poco la puerta del Partido a gran número de obreros; pero sería peligroso declarar la entrada libre a todas las capas del proletariado que simpatizan con el socialismo.

Los mencheviques rusos no quieren comprender así. *Les* asustan las palabras "centralizado", "conspirativo". Prefieren convertir el Partido en un templo abierto a todos, para que acudan no solamente los devotos, sino también los curiosos, los "amateurs". Quieren atraer al seno del Partido a todos los intelectuales con su socialismo oportunista, dudoso.

El antagonismo que se ha manifestado entre la mayoría y la minoría del Congreso socialista no obedece, de ninguna manera, a cuestiones secundarias como afirman Martov y sus partidarios. La escisión tiene causas mucho más serias: la minoría está com-

puesta de elementos que se inclinan hacia el oportunismo, mientras la mayoría está animada por verdaderos ideales revolucionarios. Esta división en dos bandos, en la Montaña y la Gironda, tiene raíces históricas y se nota actualmente no solamente en Rusia, sino en todos los países: en Alemania, Kautsky sostiene una lucha encarnizada contra los Bernstein y David; en Francia los guesdistas hacen frente a los Millerand, etc.

Se nos acusa de gastar tiempo y fuerzas en polémicas interminables. Pero esto es una necesidad imperiosa: antes de instalarse en la casa, hay que limpiarla. Por esta razón el Segundo Congreso de la social democracia rusa, a pesar de su carácter apasionado, ha realizado una obra muy útil. Por primera vez se han planteado, en toda su gravedad, los problemas vitales que interesan al Partido. Tan solo ahora se puede decir que el socialismo ruso está en camino de la verdadera organización. Los antagonismos ocultos han salido a la luz del día; los miembros enfermos del organismo han sido amputados—la tempestad de las polémicas ha borrado todas las supervivencias del pasado, todos los prejuicios.

La minoría ha roto con el economismo o "bernsteinianismo", y eso está muy bien; pero no se atreve a romper con su temor al centralismo, a una fuerte organización conspirativa, y retrocede a sus antiguas posiciones oportunistas. Después de haber dado un paso adelante, se apresura a dar dos pasos atrás.

II

LA DEMOCRACIA (1)

EL CONCEPTO BURGUÉS

Uno de los argumentos más corrientes en favor de la dominación de los explotadores consiste en condenar la dictadura y en defender la democracia.

Ante todo, este argumento se basa sobre las nociones de "la democracia en general" y de "la dictadura en general", sin plantear previamente la cuestión de saber de qué clase de dictadura y de democracia se trata. Presentar así la cuestión fuera o encima del punto de vista de clases, como si fuese el punto de vista de la nación entera, equivale a burlarse de los principios del socialismo, y principalmente de la doctrina de la lucha de clases; doctrina que los socialistas que han pasado al campo de la burguesía reconocen en sus palabras, pero olvidan en sus actos.

En efecto: en ningún país capitalista existe "la de-

(1) De un discurso de Lenin pronunciado en marzo 1919 ante el primer Congreso de la Tercera Internacional.

mocracia en general"; sólo existe una democracia burguesa. Del mismo modo, no se trata de "la dictadura en general", sino de la dictadura de la clase oprimida, la del proletariado, contra los opresores y explotadores, contra la burguesía, a fin de aniquilar la resistencia que éstos oponen para mantener su dominación.

La Historia nos enseña que jamás llegó—ni podía llegar—al Poder una clase oprimida, sin pasar por un período de dictadura, es decir, por la conquista del Poder político y la supresión violenta de la resistencia más desesperada, más furiosa y más despiadada, que siempre han opuesto los opresores.

La burguesía, cuya dominación defienden hoy los socialistas que parten de "la dictadura en general" y que se erigen en campeones de "la democracia en general", conquistó el Poder en los países civilizados por una serie de revoluciones y guerras civiles y por la supresión violenta de la monarquía, del feudalismo, del régimen de los siervos y de todas las tentativas de restauración. Miles y miles de veces han demostrado al pueblo los socialistas de todos los países en sus libros y folletos, en los acuerdos de sus Congresos y en sus discursos de propaganda, el carácter de clase de esas revoluciones burguesas, de esa dictadura de la burguesía.

De manera que la defensa actual de la democracia burguesa bajo la forma de declamaciones sobre "la democracia en general", y los gritos y las protestas contra la dictadura del proletariado, con pretexto de protestar contra "la dictadura en general", equivalen a

una simple traición al socialismo, a una verdadera deserción al campo de la burguesía, a una negación del derecho del proletariado de hacer *su* revolución proletaria y, en fin, a una defensa del reformismo burgués, precisamente en el momento histórico en que el reformismo burgués ha quebrado en el mundo entero y en que la guerra ha creado una situación revolucionaria.

Comprobando el carácter de clase de la civilización burguesa, de la democracia burguesa y del parlamentarismo burgués, todos los socialistas expresaron la idea que habían formulado con la mayor exactitud científica Marx y Engels, según la cual, aun la república burguesa más democrática no es sino un instrumento de opresión de la clase obrera por la clase burguesa, de la masa proletaria por un puñado de capitalistas.

Entre los que ahora levantan su voz en contra de la dictadura y en favor de la democracia, no hay ni un solo revolucionario, ni un solo marxista que no haya jurado solemnemente a los obreros que reconocía esta verdad fundamental del socialismo. Hoy, cuando el proletariado revolucionario se agita y se lanza al movimiento que debe destruír este instrumento de opresión y establecer la dictadura del proletariado, esos traidores al socialismo presentan las cosas como si la burguesía hubiese dado a los trabajadores "la democracia pura", como si renunciando a la resistencia, estuviese dispuesta a someterse a la mayoría de los obreros y como si en la república democrática el instrumen-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

to del Estado no condujese a la opresión del trabajo por el capital.

La “libertad de reunión” y la “libertad de la Prensa” pueden citarse como ejemplos de las exigencias de “la democracia pura”. Todo obrero consciente que no haya roto con su clase comprenderá en seguida que sería absurdo prometer a los opresores la libertad de reunión en el momento y en las circunstancias mismas en que están resistiendo a las tentativas hechas para derribarlos y en que están defendiendo sus privilegios. Ni en Inglaterra en 1649, ni en Francia en 1793, concedió la burguesía—cuando era aún revolucionaria—la libertad de reunión a los monárquicos o a los aristócratas que llamaban en su auxilio a las tropas extranjeras, y “se reunían” para organizar las tentativas de restauración. Si la burguesía actual, que desde hace mucho se ha vuelto revolucionaria, pide al proletariado que garantice de antemano—sin preocuparse de la resistencia que los capitalistas opongan a su expropiación—la libertad de reunión para los opresores, los trabajadores deben acoger con burla esta hipocresía de la burguesía.

Por otra parte, los obreros saben perfectamente que hasta en la república burguesa más democrática la “libertad de reunión” no es sino una frase huera, ya que los ricos disponen de los mejores edificios públicos y particulares, tienen bastante tiempo desocupado y gozan de la protección del organismo burgués de la autoridad, mientras que los proletarios de la ciudad y

del campo, así como los campesinos pobres, es decir, la inmensa mayoría de la población, no disponen de ninguna de estas tres ventajas. Cuando las cosas ocurren así, la "igualdad", es decir, la "democracia pura", no es más que una añagaza. Para conquistar la verdadera igualdad y para realizar de hecho la democracia para los trabajadores, ante todo hay que quitarles a los opresores sus suntuosos edificios públicos y particulares, hay que dar vacaciones a los trabajadores, y es menester que la libertad de la reunión esté asegurada por los obreros armados, y no por los hijos de la aristocracia o por los oficiales capitalistas, que mandan a soldados embrutecidos. Sólo después de haber realizado semejantes cambios se podrá hablar de la libertad de reunión y de igualdad, sin que estas palabras signifiquen una burla para los obreros y los pobres. Y estos cambios no pueden realizarse sino por la vanguardia de los trabajadores, por el proletariado consciente, que aplastará a los opresores: a la burguesía.

Para obtener la igualdad efectiva y la verdadera democracia de los trabajadores—esto es, de los obreros y de los campesinos—, importa también privar a los capitalistas de la posibilidad de emplear a los escritores a su servicio, de comprar casas editoriales y de corromper los periódicos. Y para eso hay que suprimir el yugo del capitalismo, expropiar a los opresores y domar su resistencia. Los capitalistas siempre han llamado "libertad" a la libertad para los ricos de reali-

zar sus beneficios y a la libertad para los trabajadores de morirse de hambre.

La libertad de la Prensa para los capitalistas equivale a la libertad para los ricos de comprar la Prensa, de fabricar y de falsificar la llamada "opinión pública". Los defensores de la "democracia pura" son defensores de uno de los sistemas más viles y más abyectos de la dominación de los ricos sobre los órganos de educación de las masas; embusteros que, con frases elegantes y engañosas, apartan al pueblo del cumplimiento de una de sus obras históricas, consistente en la liberación de la Prensa de la presión del capital.

La libertad y la igualdad reales no las asegurará más que el régimen comunista, que no permitirá a nadie enriquecerse a expensas de los demás; que impedirá materialmente someter la Prensa, sea directa o sea indirectamente, al poder del dinero, y donde todo obrero (o grupos iguales de obreros) tendrán y realizarán sus derechos iguales de disfrutar de las imprentas y de los *stocks* de papel, que pertenecen a la comunidad.

EL CONCEPTO MARXISTA

La dictadura del proletariado es el único medio de defensa contra la dictadura de la burguesía, que ha originado la guerra y que está preparando nuevas guerras.

Todo sueño de una tercera solución intermediaria es una lamentación reaccionaria de la pequeña burguesía

La prueba de esto la proporciona la experiencia del larguísimo desenvolvimiento de la democracia burguesa y del movimiento obrero en todos los países civilizados y, sobre todo, la experiencia de los cinco últimos años. La suministra además toda la ciencia de la Economía política, la doctrina entera del marxismo, que ha demostrado la fatal necesidad económica de la dictadura de la burguesía para la gestión de los asuntos, dictadura que no puede suprimirse mas que por la clase que se ha desarrollado, engrandecido y reforzado merced al desenvolvimiento mismo del capitalismo, esto es, por la clase de los proletarios.

La dictadura del proletariado se parece a la dictadura de las demás clases en que emana de la necesidad de aplastar por la fuerza la resistencia de la clase que ha perdido la hegemonía política. Pero la diferencia radical de la dictadura del proletariado en relación a la de las demás clases, a la de los señores feudales de la Edad Media y a la de la burguesía de todos los países capitalistas, consiste en el hecho de que la dictadura de los señores feudales y de la burguesía fué el aplastamiento por la fuerza de la resistencia de la enorme mayoría de la población, esto es, de los obreros, y por el contrario, la dictadura del proletariado es el aplastamiento por la fuerza de la resistencia de los opresores, esto es, de una minoría insignificante de la población, compuesta por los propietarios de inmuebles y los capitalistas.

Resulta de este hecho que la dictadura del proletariado debe traer fatalmente consigo, no sólo una mo-

dificación de las formas y de las instituciones de la democracia en general, sino precisamente modificaciones tales que permitan una extensión desconocida hasta el día de *hoy* de la práctica de la democracia por los oprimidos del capitalismo, es decir, por las clases trabajadoras.

Y, en efecto, la forma de la dictadura del proletariado que está ya elaborada prácticamente: el poder de los Soviets en Rusia, el *Räte-System* en Alemania, los *Shop steward's Committees* y otras instituciones sovietistas análogas de otros países, todo esto convierte en realidad precisamente para las clases trabajadoras, es decir, para la inmensa mayoría de la población, la posibilidad práctica de hacer uso de los derechos y de las libertades democráticas, lo que jamás podía tener lugar, ni siquiera parcialmente, en las mejores y más democráticas repúblicas burguesas.

La esencia del poder sovietista consiste en el hecho de que la base constante y única de toda la autoridad del Estado y de todo el mecanismo gubernamental es la organización en masa de las clases que estaban bajo el yugo del capitalismo, es decir, de los obreros y de los semiproletarios (los campesinos que no explotan el trabajo ajeno, y que venden parcialmente su fuerza manual).

Estas masas son precisamente las que aun en las más democráticas repúblicas burguesas tenían derechos iguales por la ley; pero, merced a toda especie de restricciones, estaban de hecho alejadas de la vida política y del uso de los derechos y de las libertades de

mocráticas; ellas son las que ahora están llamadas a participar constante y directamente, y de una manera decisiva, en la dirección democrática del Estado.

La igualdad de los ciudadanos, sin distinción de sexo, de religión, de raza y de nacionalidad, que la democracia burguesa había prometido en todo tiempo y en todas partes, mas sin haberla realizado nunca (ya que no podía realizarla bajo el reinado del capitalismo), el poder de los Soviets o la dictadura del proletariado la realiza de un golpe y plenamente, puesto que sólo puede realizarla el poder de los trabajadores, que no están interesados en el mantenimiento de la propiedad privada de los medios de producción ni en la lucha para su distribución y su adjudicación.

La vieja democracia, la democracia burguesa y el parlamentarismo estaban organizados de tal manera, que las masas de los trabajadores quedaran apartadas lo más posible de la administración del Estado. Por el contrario, el poder de los Soviets, es decir, la dictadura del proletariado, está constituído de tal manera que las masas se acerquen lo más posible a la administración del Estado. Este mismo fin se consigue por la reunión de los poderes legislativo y ejecutivo, en la organización de los Soviets y en la substitución de las circunscripciones electorales territoriales por las unidades industriales, tales como los talleres y las fábricas.

El Ejército fué un instrumento de opresión no sólo bajo la Monarquía, sino también bajo el régimen de las repúblicas burguesas más democráticas. Sólo el poder de los Soviets, que es la organización de Estado 7

de las clases oprimidas por el capitalismo, es capaz de abolir la sumisión del Ejército al mando de la burguesía y de fundir efectivamente al proletariado con el Ejército, realizando de hecho el armamento del proletariado y el desarme de la burguesía, sin lo que la victoria del socialismo es imposible.

La experiencia del movimiento socialista internacional nos enseña que sólo el proletariado es capaz de unir y de llevar tras sí a los elementos dispersos y atrasados de la población oprimida y explotada.

Sólo la organización sovietista del Estado es capaz de derribar de un solo golpe y de destruír definitivamente el viejo mecanismo burgués de la burocracia, que se ha conservado y que debía conservarse fatalmente bajo el régimen capitalista, hasta en las repúblicas más democráticas, y que era el mayor obstáculo en la realización de la democracia para los obreros y trabajadores.

III

EL ESTADO (1)

EL ESTADO BURGUES

El Estado es producto y manifestación de los antagonismos irreconciliables de clase. El tiempo y el lugar en que nace el Estado, así como la extensión de sus facultades, son hechos que dependen exclusivamente del tiempo y del lugar en que se manifiestan los antagonismos de clase dentro de una sociedad y de la extensión que toman esos antagonismos. Y a la inversa, la existencia del Estado demuestra que los antagonismos de clase son irreconciliables.

Según Engels, el rasgo distintivo del Estado es "el establecimiento de un Poder público que no se identifica ya con la población y que se organiza como fuerza armada. Este Poder público distinto es necesario porque, al romperse la sociedad y dividirse en clases, se ha hecho imposible una organización de la pobla-

(1) Del libro de Lenin "El Estado y la Revolución", editado por la *Biblioteca Nueva*, Madrid.

ción con *fuerzas propias*. La autoridad pública así constituída existe en cada Estado. Consiste, no sólo en institutos armados, sino en todo género de elementos represivos, como la Policía y las cárceles."

Engels desarrolla la concepción de la *fuerza* vinculada en el Estado, fuerza que emana de la sociedad pero que se coloca sobre ella y que paulatinamente va aislándose del conjunto. ¿En qué consiste principalmente esta fuerza? En un sistema especial de individuos armados, con tribunales y cárceles.

En el período de civilización, la sociedad se divide en clases antagónicas, *irreconciliables;* se forma el Estado, y con el Estado se crea "una fuerza especial de hombres armados". Después de cada revolución vemos cómo se preocupa la clase gobernante de la restauración de la máquina militar destruída durante el conflicto para tenerla a su servicio. A la vez, las clases oprimidas procuran crear una nueva organización de la misma naturaleza que, en vez de servir para los explotadores, sirva para los explotados.

Para el mantenimiento de una fuerza pública especial que se sitúa sobre la sociedad, el Estado necesita impuestos y empréstitos... Se dicta toda una legislación acerca de la santidad e inviolabilidad de los funcionarios públicos. El último de los agentes de la Policía tiene una autoridad mayor que la del representante de un antiguo clan...

Y aquí se nos presenta la cuestión de los privilegios de que disfrutan los funcionarios como órganos del P

der público. El problema se plantea en estos términos: ¿Por qué están situados en un plano superior al de la sociedad?

"Supuesto que el Estado surgió como producto de una necesidad de refrenar antagonismos de clases, y supuesto que a la vez fué un *resultado* de la colisión de esas mismas clases, por regla general, el Estado se confunde con la clase más poderosa, económicamente predominante, y esta clase adquiere el predominio político por medio del Estado, lo que pone en sus manos nuevos elementos de opresión y explotación de las clases oprimidas."

No sólo los Estados antiguos y feudales eran órganos de explotación de esclavos y siervos, sino que "el moderno Estado representativo es también un medio de explotación del trabajo por el capital. Como excepción, sin embargo, hay periodos en que las clases enemigas llegan a tal equilibrio de fuerza, que el poder del Estado adquiere temporalmente cierta independencia en sus relaciones con ambas clases y aparece como mediador entre ellas..."

Ese fué el caso de las monarquías absolutas de los siglos XVII y XVIII, el del bonapartismo imperial bajo el primero y el tercer Napoleón, en Francia, y el del régimen bismarquiano en Alemania.

Según Engels, el Estado no ha existido siempre. "Hubo sociedades sin Estado, que no tenían idea de que existiese el Estado ni del poder que contiene. En cierto período del desenvolvimiento económico, que se ligó necesariamente con una disgregación de la socie-

dad en clases, el Estado fué necesario como resultado de esa división. Y actualmente nos aproximamos a un momento del desarrollo de la producción en que la existencia de las clases, no sólo deja de ser necesaria, sino que se opone a esa misma producción. Las clases desaparecerán de un modo tan inevitable como lo fué su formación en el pasado. Organizada nuevamente la producción sobre una base de asociación libre e igual de los trabajadores, la sociedad dará a la máquina del Estado un sitio que será el único para que no estorbe: el Museo de Antigüedades, donde figurará junto a la rueca y al hacha de bronce."

LA DESAPARICION DEL ESTADO

He aquí lo que dice Engels acerca de la desaparición del Estado:

"El proletariado entra en posesión de la autoridad pública y comienza por convertir los medios de producción en propiedad del Estado. Pero con este mismo acto se destruye a sí mismo como proletariado y a la vez destruye toda diferencia y todo antagonismo de clases, lo que incluye la destrucción del Estado. La sociedad pasada y la presente, que vivieron dentro del antagonismo de clases, necesitaban del Estado, o sea de una oganización de las clases explotadoras para auxiliar sus condiciones exteriores de producción y muy particularmente para sujetar a las clases explotadas en condiciones de opresión, tales como la escla-

vitud, la servidumbre y el jornalerismo, determinadas por los métodos propios de la producción.

"El Estado era el representante oficial de toda la sociedad y su personificación visible; pero lo era sólo como Estado de la clase que en aquel momento representaba a la masa social. Así en la antigüedad era el Estado de los propietarios de esclavos, ciudadanos únicos que había en el Estado. En la Edad Media era el Estado de la nobleza feudal. En nuestros tiempos es el Estado de los capitalistas. Cuando el Estado sea verdadero representante de toda la sociedad será por lo mismo superfluo. Desde el momento que con la dominación de clase y la lucha por la existencia individual, resultantes de la actual anarquía en la producción, desaparezcan los conflictos y excesos de la lucha, dejará de haber oprimidos y no habrá, por lo mismo, necesidad de una fuerza especial opresora. El Estado no será necesario.

"El primer acto en que el Estado obre como verdadero representante de toda la sociedad, ejerciendo un dominio absoluto sobre los medios de producción en nombre de la sociedad, será también el último acto independiente del Estado como tal. La intervención de la autoridad del Estado en las relaciones sociales será superflua e irá desapareciendo de cada uno de los distintos campos de la vida social, hasta desaparecer totalmente. La autoridad del Gobierno sobre las personas será substituída por la administración de las cosas y por la dirección de los actos de producción. El Estado no

será abolido; desaparecerá por sí mismo..." (Herr Eugen Dürings Umwalzung der Wisenschaft.)

Sin temor de equivocarnos, podemos decir que el único punto de este pasaje de Engels, tan singularmente rico de ideas, que se halla incorporado en el pensamiento de los socialistas modernos, es que, según Marx, el Estado languidece y decae, contra lo que dicen los anarquistas que hablan de abolición. Enmascarar así el marxismo reduciéndole a simple oportunismo, por medio de una *interpretación*, es consagrar la idea imprecisa de un cambio lento, igual, continuo, libre de agitaciones y tempestades, sin Revolución. El concepto popular y corriente—si podemos darle el nombre de concepto—de un Estado que se marchita y decae, es el concepto de la Revolución moderada, ya que no de la Revolución negada. Esta interpretación es una vulgar adulteración de Marx, ventajosa sólo para las clases capitalistas.

En primer lugar, Engels afirma que el apoderamiento del Estado por los proletarios es la *destrucción* del Estado como tal... Es la *destrucción* del Estado capitalista por obra de la revolución proletaria, y el *languidecimiento* y *desaparición* de que habla, se refiere a los restos del Estado *proletario*, después de la revolución socialista. El Estado capitalista no se marchita, según Engels, sino que es *destruído* por el proletariado durante una revolución. Lo que se marchita y decae es el semi Estado que subsiste después de la revolución.

Segundo punto. El Estado es "un poder particular de

supresión". Esta magnífica y profunda definición proyecta una luz meridiana. De ella se infiere "el poder particular de supresión" de la clase capitalista por el proletariado. Llamamos a esto dictadura del proletariado. En esto consiste la destrucción del Estado como tal. En esto consiste el apoderamiento de los medios de producción que se efectuará por parte de la sociedad. Y es obvio que la substitución de un *poder particular* capitalista por un *poder particular* proletario no sería realizable en un caso de *gradual decadencia*.

Tercer punto. Al hablar de *languidecimiento*, Engels se refiere de una manera clara y definida al período que se abre *después* de que el Estado se apodera de los medios de producción en beneficio del conjunto social, esto es, después de haberse efectuado la revolución socialista. Todos sabemos que el Estado proletario es la democracia absoluta. Pero no cabe en la cabeza de los corruptores del marxismo que Engels se refiere en este pasaje al languidecimiento de la democracia. A primera vista, el hecho parece muy extraño, pero sólo sería ininteligible para quien no haya reflexionado que la democracia también es un Estado, y que, por consecuencia, la democracia desaparecerá cuando desaparezca el Estado. Sólo una revolución podrá destruír el Estado capitalista. Pero el Estado en general, es decir, la realización completa de la democracia, sólo podrá morir de languidez y agotamiento.

Cuarto punto. Después de formular la famosa proposición de la decadencia gradual del Estado, Engels explica concretamente que su proposición va dirigida en

particular contra los oportunistas y contra los anarquistas. Sin embargo, la primera de sus deducciones señala directamente a los oportunistas.

Un *Estado libre y popular*. Tal es la aspiración y la voz de alianza en el programa de los socialdemócratas del 70 a 80. Pero la expresión carece de esencia política y no pasa de ser un circunloquio de burgués para hablar de la democracia... Somos partidarios de una *República democrática* como la mejor forma que puede revestir el Estado dentro del capitalismo, pero no podemos olvidar, pues no tenemos derecho para olvidarlo, que aun la más democrática de las repúblicas burguesas se basa en la sujeción del pueblo a la esclavitud del jornal. Por otra parte, si el Estado es un *poder particular de supresión* de las clases sometidas no hay Estado *libre*, ni hay Estado *popular*.

Quinto punto. En la misma obra de Engels, donde está el memorable pasaje del *languidecimiento*, hay una disquisición acerca de la revolución violenta. La apreciación histórica del papel de la violencia es un verdadero panegírico de la revolución por medio de la fuerza...

He aquí lo que dice a este respecto Engels:

"El señor Dühring no habla de ciertas cosas. Lo calla en absoluto. No dice que la fuerza tiene en la historia un papel distinto del de perpetuadora del mal. En otros términos, omite decir que la fuerza es revolucionaria. Tampoco se refiere a la comparación de Marx que habla de cómo se violenta el alumbramiento de una nueva sociedad cuando la sociedad lleva otra

ser en las entrañas. Su mutismo es absoluto para suprimir toda referencia a los movimientos sociales que tienen por fin la destrucción de formas muertas y fosilizadas. Es verdad que entre suspiros y juramentos admite la posibilidad de que el sistema de explotación caiga a los embates de la fuerza, lo que él lamenta, pues el empleo de la fuerza desmoraliza a quien hace uso de ella. ¡Y esto se nos dice en presencia del gran avance moral e intelectual resultante de cada revolución victoriosa!..."

¿Cómo podrá reconciliarse este panegírico de la revolución violenta con la teoría del languidecimiento?

Hemos dicho arriba que las enseñanzas de Marx y Engels acerca de la inevitabilidad de una revolución violenta se refieren al Estado capitalista. Substituirlo con un Estado proletario, con una dictadura proletaria, es cosa a que no se llega con languidecimientos ni con languideces, sino con revoluciones violentas, como se ha hecho desde que el mundo es mundo...

La necesidad de imponer sistemáticamente a las masas este punto de vista exclusivo de la revolución violenta, forma la raíz misma de las enseñanzas de Marx y Engels. Los actuales socialistas patriotas han cometido la más negra de las traiciones, apartándose de aquella propaganda fundamental.

La substitución del Estado capitalista por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta, en tanto que la abolición del Estado proletario, esto es, de todo Estado, no puede realizarse sin el *languidecimiento*.

Marx y Engels dieron una aplicación concreta de estas ideas en sus estudios acerca de cada una de las revoluciones, cuyas enseñanzas experimentales analizaron cuidadosamente.

EL CONCEPTO MARXISTA

"Las clases trabajadoras—escribía Marx en la *Miseria de la Filosofía*—, siguiendo el curso de su desarrollo, substituirán a la antigua burguesía con una sociedad en la que no habrá clases ni antagonismos de clases. Desaparecerá toda autoridad política, en el sentido propio de esta palabra, supuesto que la autoridad política es la expresión oficial del antagonismo de clases dentro de la sociedad burguesa."

Es instructivo comparar esta declaración general acerca de la desaparición del Estado y de la desaparición de las clases, con la declaración contenida en el *Manifiesto Comunista*, escrito por Marx y Engels algunos meses más tarde, o para hablar con precisión en noviembre de 1847.

"Al trazar las fases generales que sigue el proletariado en su desenvolvimiento, observamos la guerra civil más o menos oculta que existe en el seno de la sociedad actual, hasta el momento en que estalla la revolución abierta y en que el proletariado establece su régimen por medio de la desposesión violenta de la clase capitalista... Ya vimos que el primer paso en la revolución de los operarios es la transformación del proletariado en clase gobernante, la conquista de la de-

mocracia... El proletariado hará uso de la supremacía política que adquiera para substraer gradualmente todo el capital de la clase capitalista, para centralizar todos los instrumentos de producción poniéndolos en manos del Estado, o lo que es igual, del proletariado organizado y constituído en clase gobernante, y para aumentar con toda la rapidez posible el conjunto de las fuerzas productivas."

Aquí tenemos formulada una de las ideas más notables e importantes del marxismo acerca del Estado—la idea de la *dictadura del proletariado* (como empezaron a escribirlo Marx y Engels después de la Comuna de París)—. También vemos una definición del Estado, que es de interés capital, y que a pesar de ello pertenece a la categoría de los pensamientos olvidados del marxismo: "El Estado, esto es, el proletariado organizado como clase gobernante."

Lejos de haber sido explicada esta definición del Estado en la propaganda usual y en los libros y folletos de los partidos oficiales demócratas socialistas, ha quedado deliberadamente suprimida como inconciliable con el reformismo. Es la más directa de las negaciones del prejuicio oportunista y de las ilusiones *del desenvolvimiento pacífico de la democracia*, propias de la burguesía.

"El proletariado necesita del Estado." Tal es la frase de los oportunistas, de los socialistas patriotas y de los kaustskianos, frase que, según ellos, es derivación del más puro marxismo. *Olvidan*, sin embargo, una cosa: *olvidan* que para Marx el proletariado sólo necesita-

rá que haya un Estado languideciente, un Estado constituído en tal forma que inmediatamente desaparezca y que no pueda menos que desaparecer. En segundo lugar, *olvidan* que si los proletarios *necesitan* de un Estado, ese Estado es el de la "organización proletaria como clase gobernante".

El Estado constituye una forma particular de organización de la fuerza—una forma particular de organización de la violencia para someter a alguna de las clases sociales—. ¿Y qué clase es la que el proletariado debe someter? Sólo puede ser la clase explotadora, la burguesía. A los trabajadores les hace falta el Estado únicamente para sobreponerse a las resistencias de los explotadores. La obra de supresión de los explotadores no puede efectuarse sino por el proletariado hasta su completa realización, pues el proletariado es la única clase capaz de unir a todos los trabajadores y explotados en la lucha contra la clase capitalista para la completa desposesión política de ésta.

Las clases explotadoras necesitan de la supremacía política, a fin de mantener la explotación en el interés egoísta de una pequeña minoría y contra la gran mayoría de la sociedad. Las clases explotadas necesitan la supremacía política para abolir completamente toda explotación en interés de la enorme mayoría del pueblo y contra la pequeña minoría de esclavistas, llamados propietarios y capitalistas. Los demócratas de la clase media inferior, socialistas fingidos que sustituyen la guerra de clases con una soñada armonía de clases, imaginan el tránsito al socialismo por arte de

magia, no como desposesión violenta de los explotadores, sino como pacífica sumisión de la minoría a una mayoría llena de ilustración.

La utopía de la clase media ínfima, indisolublemente unida a la visión de un Estado regulador y árbitro de las clases, llevó prácticamente a una traición de los intereses obreros. Esto se vió durante las crisis revolucionarias de 1848 y de 1871, y resulta de la participación de los socialistas como miembros de Ministerios burgueses en Inglaterra, Francia, Italia y otros países a fines del siglo XIX y principios del XX...

El derrocamiento de la supremacía capitalista puede llevarse a término sólo por el proletariado, como clase preparada especialmente para esta obra, pues ninguna otra cuenta con ocasiones y poder para realizarla, dadas las condiciones económicas propias de su existencia. La clase capitalista disuelve a los campesinos y a la baja burguesía; pero a la vez, sus actos mismos unen y organizan el proletariado de las ciudades.

Sólo el proletariado, que desempeña el papel de productor en grandes masas, es capaz de dirigir al conjunto de las clases trabajadoras, explotadas, oprimidas, aplastadas por los capitalistas. Y sólo el proletariado industrial es capaz de esa dirección, porque si bien es verdad que las otras clases trabajadoras sufren la misma opresión, y acaso la sufren mayor aún, el proletariado industrial es el único elemento capacitado para una lucha sin auxilio extraño.

La doctrina de la guerra de clases, tal como la aplica Marx a la cuestión del Estado y de la revolución

socialista, conduce inevitablemente al reconocimiento de la *supremacía política* del proletariado, de su dictadura, esto es, de una autoridad que ninguna otra clase comparte y que se funda directamente en la fuerza armada de las masas. La desposesión de la clase capitalista sólo es posible gracias a la transformación del proletariado en *clase gobernante*, capaz de dominar la inevitable y desesperada resistencia de la burguesía y de organizar a las clases trabajadoras y explotadas para el establecimiento del nuevo orden económico.

El proletariado necesita del Estado, necesita de una organización de fuerza y de violencia centralizadas, ya para vencer las resistencias que opongan los explotadores, ya para guiar a las masas de campesinos, burgueses de la capa inferior y semiproletarios, en la obra de la reconstrucción económica socialista.

Educando un partido obrero, el marxismo educa también la vanguardia del proletariado en la capacidad de asumir el Poder y de *guiar a toda la sociedad* hacia el socialismo; en la aptitud para dirigir y organizar el nuevo orden social, y de ser el maestro, el jefe, el inspirador de todos los trabajadores cuando se inicie la tarea de levantar el edificio de la vida común, sin capitalistas y contra los capitalistas. A esto opone el oportunismo, que hoy predomina en el movimiento laborista, una clase de representantes de los obreros bien pagados, sin contacto con la mayoría clase que se haga a gusto dentro del capitalismo y que está dispuesta a vender sus derechos de primogenitura por un plato de lentejas, renunciando a la jefa-

tura revolucionaria del pueblo contra la clase capitalista.

"El Estado, o sea el proletariado organizado como clase dominante", es la teoría de Marx que vemos ligada indisolublemente con todas sus enseñanzas relativas a la participación revolucionaria del proletariado en la historia de nuestros tiempos. El desempeño de este papel es la dictadura del proletariado, o en otras palabras, es la supremacía política del proletariado.

NUEVA ORGANIZACION DEL ESTADO

Así, la cuestión reviste formas concretas, y la conclusión se precisa, se hace definida y práctica. Todas las revoluciones anteriores contribuyeron a perfeccionar el mecanismo gubernamental, y ha llegado el momento de pulverizarlo... Claro está que el Estado es un órgano de dominación de clases y que el proletariado no podrá derrocar a la clase capitalista sin conquistar previamente el Poder político, sin obtener la supremacía política, sin transformar el Estado en "el proletariado organizado como clase gobernante". El *Manifiesto Comunista* nos obliga a ver también que el Estado proletario comenzará a languidecer inmediatamente después de haber obtenido su victoria, porque en una sociedad sin antagonismos de clases el Estado es innecesario e imposible. Pero una vez aquí, no se estudia el problema de la forma que revestirá en el desarrollo histórico la substitución del Estado capitalista por el Estado proletario.

Tal es precisamente el problema que planteó y resol-

vió Marx en 1852. Fiel a su filosofía de materialismo dialéctico, Marx toma como base la experiencia revolucionaria de 1848 a 1851. Y aquí, como en todo lo demás, su enseñanza es un resumen de experiencias prácticas iluminado por una concepción filosófica del universo y por un gran conocimiento de la Historia.

El problema del Estado, concretamente se reduce a los orígenes capitalistas del Estado y al estudio de la forma en que se organizó la supremacía del capitalismo. ¿Qué cambios ha sufrido el Estado, qué evolución aparece en el curso de las agitaciones burguesas y en presencia del surgimiento espontáneo de las clases oprimidas? ¿Qué problemas debe resolver el proletariado para regir la máquina gubernamental, para destruir el mecanismo del Estado burgués?

Hay dos instituciones características de este mecanismo: la burocracia y el ejército permanente. Más de una vez encontramos en las obras de Marx y Engels perfectas descripciones de los mil vínculos que unen las Instituciones del Estado con la clase capitalista. Todo trabajador conoce por experiencia propia la realidad de esos vínculos, pues se la imponen los hechos con una vivacidad impresionante. La experiencia es, en efecto, muy amarga, y por amarga enseña el carácter inevitable de las relaciones entre el capitalismo, la burocracia y el ejército. Los demócratas de la clase media inferior ignoran esas relaciones, las niegan con lógica superficial o si las admiten lo hacen sólo *teóricamente*, desentendiéndose de las correspondientes conclusiones prácticas.

La burocracia y el ejército permanente son un parásito en el cuerpo de la sociedad capitalista. Son un parásito, en efecto, que nace de las luchas sociales intestinas, pero que produce la asfixia con su íntimo contacto.

¿Qué piensa el oportunismo kautskiano y qué interpretación da a estas ideas?

El oportunismo kautskiano cree que la idea del *Estado parásito* es peculiar y exclusiva del anarquismo. Naturalmente esta adulteración del marxismo es de la mayor utilidad para los filisteos que han llevado el socialismo hasta la situación degradante en que lo vemos, justificando una guerra imperialista con los pretextos especiosos de *defensa de la patria.*

El desarrollo, perfección y robustecimiento de los organismos burocráticos y militares no se interrumpen, sino que prosiguen a través de las revoluciones burguesas de que ha sido teatro Europa desde los tiempos en que comenzó la decadencia del feudalismo...

El proletariado del continente europeo no formaba la mayoría de un solo país durante las revoluciones anteriores. Una revolución popular que arrastra consigo a la gran masa, sólo era posible entonces por la unión del proletariado y los campesinos. Ambas clases constituían entonces el *pueblo.* Si ambas están unidas lo están por la circunstancia de que "el mecanismo militar y burocrático del Estado" las oprime, las aplasta, las explota. *Romper* este mecanismo, *destruírlo* es el verdadero interés del *pueblo,* de la mayoría—de los obreros y de muchos campesinos—, y constituye la *condición preli-*

minar de la unión entre los campesinos más pobres y los proletarios. Sin esa unión, la democracia carece de estabilidad y la reconstrucción socialista sería impo[sible]. Como es bien sabido, la Comuna de París se enca[minaba] a ese fin. No llegó a la meta, sin embargo, p[or] diversas circunstancias, internas y externas.

Cuando Marx se refería a una *revolución verdade[ramente] popular*, no puso en olvido las característic[as] peculiares de la clase media inferior—de la que habl[a]ba con tanta frecuencia—, y tenía el mayor empeño e[n] fijar las relaciones de clases de la mayoría de los Es[ta]dos continentales de Europa hacia 1871.

Durante el siglo XIX se efectuó el desarrollo del p[o]der centralizado, que traía sus orígenes desde la Eda[d] Media, con los órganos ubicuos que le son propi[os]: ejército permanente, policía, burocracia, judicatura [y] clero. Al manifestarse el antagonismo entre el capi[tal] y el trabajo, "el Estado fué asumiendo más y más e[l] carácter de una organización pública destinada a l[a] opresión del trabajo, esto es, a ser una máquina d[e] dominación de clase. Después de cada revolución q[ue] marca cierto avance en la lucha de clases, el caráct[er] puramente opresivo del Poder que detenta el Estado s[e] hace más y más aparente". Después de la revoluci[ón] de 1848 a 1849, el Estado se convierte en "el arma n[a]cional del capital contra el trabajo". El Segundo Imp[e]rio consolidó esta situación.

"La Comuna fué una antítesis directa del Impe[rio]. Fué forma definida... de una República que no sólo d[e]

bería abolir la forma monárquica de la dominación de clase, sino aun esta misma dominación de clase."

La Comuna había substituído el destrozado mecanismo del Estado con una democracia integral. A eso equivalía la abolición del ejército permanente y la transformación de todos los empleos en puestos desempeñados por agentes electos, revocables a voluntad de la masa de los ciudadanos. Este es un caso precisamente de "transformación de la cantidad en calidad". La democracia, aplicada con toda la lógica de sus consecuencias imaginables, pasa de democracia capitalista a democracia *proletaria*; pasa de Estado, o sea de fuerza especial creada para la supresión de clases determinadas, a algo que ya no constituye realmente una forma del Estado.

Aun faltaba suprimir la clase capitalista y anular su resistencia. Este fué un punto que se imponía especialmente a la Comuna. Y una de las razones del fracaso de la Comuna debe buscarse en la insuficiencia de la resolución con que procedió. El órgano de supresión está formado por la mayoría de la población, y no por la minoría, como fué el caso bajo el régimen de esclavitud, servidumbre y jornalerismo. Cuando la mayoría de la nación suprime *por sí misma* a sus opresores, *deja de ser necesaria una fuerza de opresión*. En este sentido, el Estado comienza a desaparecer. En vez de tener las instituciones propias de una minoría privilegiada, la mayoría desempeñará por sí misma las funciones que la minoría confiaba a los funcionarios privilegiados. Y a medida que es mayor la suma de funciones públicas

que revierten a la masa del pueblo, menor es la nece-
dad de que el Estado subsista.

La cultura capitalista ha creado una industria gigan-
tesca, con sus fábricas, sus ferrocarriles, sus telégrafos
sus correos, sus teléfonos y todo lo que ya sabemos, y
sobre esta base, la gran mayoría de las funciones de
antiguo *Estado* se han simplificado y reducido enorm
mente, hasta convertirse en operaciones de una senc
llez insuperable, como la de registrar, marcar, llen
machotes y archivar papeles. Todo individuo que sep
leer y escribir puede hacer esas cosas, y puede hacerl
con una *remuneración de obrero*. Así perderán la a
reola de *funciones públicas*, y por lo mismo, de serv
privilegiado.

La sujeción de todos los funcionarios, sin excepci
alguna, a la aplicación del principio electivo y de la rev
cación *en cualquier momento*; la aproximación de s
salarios al tipo *común del salario que devengan l*
obreros: he ahí las medidas democráticas sencillísim
y evidentes por sí mismas que armonizarán comple
mente los intereses de los obreros y de la mayoría d
los campesinos, y que a la vez servirán de puente pa
el tránsito del capitalismo al socialismo. Estas medid
se refieren al Estado, a la reconstrucción puramen
política de la sociedad, pero sólo adquieren toda su sig
nificación e importancia cuando las acompaña la "ex
propiación de los expropiadores", o por lo menos, cua
do se dan los primeros pasos en el sentido de esa expr
piación, convirtiendo la tenencia privada de los medi
de producción, que es actualmente del capitalismo

tenencia social de esos mismos medios de producción.

"La Comuna—escribe Marx—realizó el ideal de las revoluciones burguesas, un gobierno barato, mediante la eliminación de dos grandes renglones de erogación: el ejército y la burocracia."

Los campesinos, como las otras fracciones de la clase media inferior, sólo dan una minoría insignificante de hombres que *ascienden*, que *entran en la sociedad*, que *hacen carrera*, en el sentido burgués de la palabra, esto es, que se transforman en miembros de la clase media superior, ya como propietarios, ya como funcionarios privilegiados. La gran mayoría de los campesinos, y esto se aplica a la gran mayoría de los países capitalistas que tienen campesinos, forma una clase oprimida por el Gobierno, y ansía que llegue el momento de la revolución para tener Gobierno *barato*. Este Gobierno barato sólo podrá ser obra del proletariado. Creándolo, el proletariado hace a la vez un movimiento de avance hacia la reconstrucción socialista del Estado.

Si debemos reconocer en el parlamentarismo una de las características del Estado moderno, ¿cómo señalar los medios para que el proletariado se libre del parlamentarismo en el desarrollo de sus tareas propias? ¿Cómo podemos prescindir del parlamentarismo?

Repitamos una y mil veces que la enseñanza de Marx, basada sobre el estudio de la Comuna, ha sido tan completamente olvidada, que toda crítica contra el parlamentarismo es incomprensible para los demócratas socialistas, traidores a la causa del socialismo. Sólo co-

nocen y comprenden el antiparlamentarismo de los reaccionarios y el de los anarquistas.

El remedio contra el parlamentarismo no debe buscarse en la abolición de las instituciones representativas y del principio electivo, sino en la transformación de las instituciones representativas, para que de meras *oficinas de palabrería* pasen a ser corporaciones activas. "La Comuna estaba destinada a ser una organización activa, no una organización parlamentaria; estaba destinada a ser una organización legislativa y ejecutiva al mismo tiempo."

Las palabras anteriores parecen dirigidas expresamente contra el actual parlamentarismo y contra los falderillos parlamentarios de la Democracia social. Búsquese cualquier país parlamentario: los Estados Unidos, Suiza, Francia, Inglaterra, Noruega... ¿En qué consiste la acción verdadera del Estado? Para encontrarla necesitamos acudir a los sitios ocultos por las bambalinas; hay que ir a los ministerios, a las cancillerías, a los estados mayores. El Parlamento habla, pero habla sólo para embaucar al *vulgo*. Tan innegable es esto, que aun en la Rusia republicana, en esta República democrática y burguesa, el parlamentarismo asomó ya la cabeza y reveló sus fines, aun antes de que se constituyera un Parlamento con todos los atributos de la institución...

El parlamentarismo corrompido y mercenario de la sociedad capitalista, es reemplazado por la Comuna con instituciones en que la libre opinión y la libre discusión no es un engaño, pues los representantes se obli-

gan a una labor efectiva y deben ejecutar sus propias leyes para seguir los resultados prácticos que tengan y responder de las consecuencias ante el cuerpo electoral. Las instituciones representativas subsisten; pero el parlamentarismo como sistema especial, como división del trabajo entre las funciones legislativas y ejecutivas, como privilegio especial para sus diputados—ese parlamentarismo *deja de existir*. No es posible imaginar sin esas instituciones ni aun la democracia proletaria. Pero *podemos y debemos* pensar en la democracia sin parlamentarismo, o nuestra crítica de la sociedad capitalista es puramente verbal. Si nos proponemos seriamente derrocar el Poder capitalista, si hay sinceridad en nuestro anhelo, y no es sólo un *grito electoral*, destinado a la captación de votos obreros, debemos proceder de modo que no se nos confunda con los minimalistas y socialistas-revoucionarios, esos Scheidemann, esos Legien, esos Sembat, esos Vandervelde...

Es muy instructivo notar que al hablar de las funciones necesarias en la Comuna y en la democracia proletaria, Marx las compara con las tareas de los individuos que trabajan al servicio de *cualquier patrón;* es decir, con las de los operarios, capataces y empleados de escritorio de las empresas privadas. No hay utopia en Marx. No inventa ni imagina una *nueva sociedad*. Siguiendo un proceso histórico, estudia científicamente el nacimiento de la *nueva* sociedad salida de la antigua, con las formas de transición que van de la una a la otra. Observa la experiencia real del movimiento proletario y saca las enseñanzas prácticas que ese movimiento su-

BIBLIOTECA NACI
SECCION FONDO ...

giere. *Aprende* en la Comuna, como todos los grandes pensadores revolucionarios han aprendido en la escuela de la experiencia de los grandes movimientos efectuados por las clases oprimidas. No predica sermones pedantescos a la manera de los de Plejanov, en que se recomienda la abstención de la violencia y de la apelación a las armas, ni como aquellos en que Tseteretelli recomienda respetar los límites de la acción de clase.

Destruir la burocracia inmediatamente en todas partes, sin dejar rastro de ella, es cosa de que nadie trata en una utopia. Pero *romper* sin tardanza el viejo mecanismo burocrático y comenzar sin tardanza la reconstrucción que nos permita la abolición total de la burocracia, esto no constituye una utopia, sino un resultado de la experiencia que vemos en la Comuna; es la tarea directa y necesaria que se impone al proletariado revolucionario. El capitalismo simplifica las funciones de *Gobierno*. Hace posible el abandono de los métodos autocráticos y reducir todas las cuestiones a la organización del proletariado como clase gobernante que alquilara trabajadores y empleados en nombre del conjunto social. No somos utopistas, no nos recreamos en la región de los ensueños para destruir inmediatamente toda idea de organización y disciplina. Estos son fantaseos anarquistas basados en la falta de conocimiento y comprensión de las tareas que competen a una dictadura del proletariado. En su esencia, son extraños al marxismo y de hecho sólo sirven para aplazar la revolución socialista "hasta el día en que cambie la naturaleza humana". No; lo que nosotros queremos es una revolución

socialista con hombres reales, y los hombres no pueden vivir sin subordinación, sin dirección, sin gerentes, sin oficinas y sin empleados.

Pero debe haber sumisión a la vanguardia armada de los explotados, de los trabajadores, del proletariado, en suma. Los métodos específicos de mando de los funcionarios públicos tienen que ser substituidos, y substituídos en veinticuatro horas, por un simple funcionarismo de gerentes y empleados, funcionarismo que aun hoy está dentro de la capacidad de cualquier habitante de las ciudades y que puede desempeñarse con el estipendio normal del operario.

Debemos organizar la producción en grande escala, comenzando por lo que ya se ha hecho dentro del capitalismo. *Nosotros*, nosotros los trabajadores, con nuestra propia experiencia de trabajadores, debemos crear una disciplina de hierro, inconmovible, que se funde en el poder de las masas armadas. Debemos reducir el papel de los funcionarios públicos al de simples ejecutores de las instrucciones que les comuniquemos. Daremos a sus funciones carácter de revocables, de responsables, de recompensadas con un sueldo moderado, y considerarlas como tareas de *gerentes y empleados*, dentro de las aptitudes técnicas... Esta es *nuestra* empresa proletaria. La acometeremos cuando hayamos efectuado la revolución proletaria. Esta iniciación, basada en la grande industria, nos llevará a la decadencia gradual de un nuevo orden de cosas, de un orden que no pongamos entre comillas, de un orden que no envuelva semejanzas con la esclavitud jornalerista, de un orden

cuya simplificación constante haga accesibles las funciones de inspección y registro a todos y a cada uno hasta que, degenerando en hábito esas funciones, acaben por desaparecer como funciones de *carácter especial*, desempeñadas por una clase especial.

Sobre la masa de trabajadores, agobiados por sus tareas, mal pagados y mal alimentados, se levantan los elementos burocráticos burgueses. Pero el mecanismo de la gerencia social está a dos pasos, y podemos utilizarlo. Basta derrocar el capitalismo, romper con mano de hierro las resistencias de los explotadores, reducir a fragmentos el mecanismo burocrático del Estado moderno. Hecho esto, veremos levantarse a nuestros ojos el mecanismo técnico, altamente perfeccionado, libre de parásitos, manejado por el cuerpo de trabajadores, quienes alquilarán a sus consejeros técnicos, a sus inspectores y a sus empleados, y les pagarán, como pagarán a los empleados del Estado, la misma remuneración que se paga a todo operario.

Esta es una tarea concreta, inmediata, practicable y realizable en todas las grandes industrias. Los obreros se verían libres de toda explotación. Pondrían en obra la experiencia de la Comuna, especialmente en lo que concierne a la reconstrucción del Estado. Organizar toda la economía nacional de acuerdo con el sistema de Correos, pero de tal modo que los técnicos, los inspectores y los empleados de oficina no reciban una remuneración más alta que los operarios, y que el conjunto esté bajo la dirección del proletariado en armas: ese es nuestro propósito. Ese es el Estado que necesitamos

la base económica en que debe apoyarse. Ese es el medio de destruír el parlamentarismo, sin destruír las instituciones representativas. Esa es la liberación de las clases laboriosas. Ese es el saneamiento de las instituciones corrompidas por la clase capitalista.

LA DICTADURA REVOLUCIONARIA

"Entre la sociedad capitalista y la comunista—dice Marx—hay un período de transición revolucionaria, de transformación de la una en la otra. A este período corresponde una etapa de transición política, y el Estado durante este período no puede ser otra cosa que la *dictadura revolucionaria del proletariado.*"

Esta conclusión la basa Marx en un análisis del papel que desempeña el proletariado en la moderna sociedad capitalista, en los fenómenos que acompañan el desarrollo de esta sociedad y en la imposibilidad de reconciliar los intereses antagónicos de la clase capitalista y la proletaria.

Antes, la cuestión se planteaba así: para alcanzar su emancipación, el proletariado debe derribar a la clase capitalista, conquistar el Poder político y establecer su propia dictadura revolucionaria. Ahora la cuestión se plantea de modo algo distinto: la transición de la sociedad capitalista, cuyo desarrollo va hacia el comunismo, a la sociedad comunista, es imposible sin un período de *transición política*, y el Estado, en ese período, sólo puede existir bajo la forma de dictadura revolucionaria del proletariado.

¿Cuál es, pues, la relación entre esta dictadura y la democracia?

Hemos visto que el *Manifiesto comunista* se contenta con presentar juntas las dos ideas: la "conversión del proletariado en clase dominante" y "la conquista de la democracia". Con apoyo en lo que se ha dicho antes, podemos decidir con mayor exactitud cómo se transformará la democracia durante la transición del capitalismo al comunismo.

En la sociedad capitalista, bajo las condiciones más favorables a su desarrollo, tenemos una democracia más o menos completa bajo la forma de República democrática. Pero esta democracia se ve siempre atada por las estrechas ligaduras de la explotación capitalista, y, en consecuencia, es siempre una democracia sólo para la minoría, sólo para las clases propietarias, sólo para los ricos.

La libertad, en la sociedad capitalista, sigue siendo más o menos lo mismo que fué en las antiguas Repúblicas de Grecia; es decir, libertad para los dueños de esclavos. Los modernos esclavos del salario, en virtud de las condiciones de la explotación capitalista, permanecen a tal punto aplastados por la pobreza y las necesidades, que "no pueden perder el tiempo en pensar en la democracia", "no tienen tiempo para la política", y en el curso pacífico de los acontecimientos ordinarios la mayoría de la población se ve impedida de tomar parte en la vida política.

La democracia para una minoría insignificante, la democracia para los ricos; esa es la democracia de la

sociedad capitalista. Si analizamos más de cerca el mecanismo de la democracia capitalista en todas sus partes, en todas ellas encontraremos restricciones a la democracia (como el requisito de residencia y la exclusión de las mujeres del sufragio; los obstáculos reales que se oponen al derecho de reunión, pues los edificios públicos no son para los *pobres;* la organización puramente capitalista de la Prensa diaria, etc.). 7

En su conjunto, tales restricciones excluyen y arrojan a los pobres de la política y de la participación activa en la democracia. Marx sorprendió admirablemente la *esencia* de la democracia capitalista cuando dijo que a los oprimidos se les permite, cada cierto número de años, decidir cuáles han de ser los miembros de la clase opresora que irán a *representarlos* y a oprimirlos desde el Parlamento. 7

Pero de esta democracia capitalista—inevitablemente estrecha, engañosamente restrictiva para los pobres, y, por tanto, hipócrita y traidora hasta el corazón—no puede arrancar el progreso en línea recta, sencilla y clara, hacia "más y más democracia", como nos quieren hacer creer los catedráticos que profesan el liberalismo y los oportunistas de las capas inferiores de la clase media. No; el desarrollo progresivo, es decir, hacia el comunismo, tiene que venir a través de la dictadura del proletariado, y no puede ser de otro modo porque no hay nadie más que pueda *romper la resistencia* de los capitalistas, explotadores, ni otro modo de hacerlo. 7

Y la dictadura del proletariado—es decir, la orga-

> nización de la vanguardia de los oprimidos bajo la forma de clase dominadora para el fin de aplastar a los opresores—no puede producir meramente la expan sión de la democracia. *Junto* con la inmensa expansión de la democracia, que por primera vez será democra cia para los pobres, democracia para el pueblo, y n democracia para los ricos, la dictadura del proletaria do estará obligada a establecer una serie de restri ciones a la libertad que hoy gozan los opresores, e plotadores y capitalistas. Tenemos que aplastarlos fin de libertar a la Humanidad de la esclavitud de salario; su resistencia debe ser vencida por la fuerz Es evidente que cuando hay supresión tiene que hab violencia, y entre tanto, no puede haber libertad ni de mocracia.

La dictadura del proletariado, el período de tra sición hacia el comunismo, producirá por vez prime una democracia para el pueblo, para la mayoría, ju con la necesaria supresión de la minoría constitu por los explotadores.

Sólo el comunismo puede darnos una democra realmente completa, y mientras más completa sea él más aprisa dejará de ser necesaria (en la forma Estado) y desaparecerá por sí sola. En otras palabr bajo el capitalismo tenemos un Estado en el senti estricto del término; es decir, como instrumento es cial para la supresión de una clase por otra—de mayoría por la minoría, para hacer más curioso el cas Naturalmente, para la eficaz realización de un ob como la supresión sistemática emprendida por la m

noría explotadora, de la mayoría de explotados, se requieren las mayores ferocidades y violencias y son necesarios mares de sangre, a través de los cuales busca su camino la Humanidad, a través de la esclavitud, la servidumbre y el trabajo asalariado.

Durante la *transición* del capitalismo al comunismo, la supresión es *todavía* necesaria; pero en este caso es la supresión de la minoría de explotadores por la mayoría de explotados. Se necesita un instrumento especial, una máquina especial de supresión: el *Estado;* pero será ya un Estado de transición, no un Estado en el sentido ordinario de la palabra. Porque la supresión de la minoría de explotadores por la mayoría de los que eran *ayer no más* que esclavos del salario es cosa relativamente tan fácil, natural y sencilla, que costará mucho menos derramamiento de sangre que el suprimir los levantamientos de esclavos, siervos y trabajadores asalariados, y costará a la raza humana mucho menos. Y es compatible con la difusión de la democracia a través de la inmensa mayoría de la nación, lo cual hará que desaparezca gradualmente la necesidad de que exista una *maquinaria especial* de supresión.

Los explotadores, desde luego, son incapaces de suprimir las actividades legítimas del pueblo sin una maquinaria complicadísima para la realización de este deber. Pero el *pueblo* puede suprimir a los explotadores aun con una *maquinaria* muy sencilla; más aún: casi sin *maquinaria* alguna, sin ningún aparato especial: con sólo *la organización de las masas armadas,*

tales como los Consejos de Representantes de los obre-
ros y de los soldados.

Finalmente, sólo bajo el comunismo llegará a ser enteramente innecesario el Estado, porque no habrá *nadie* a quien suprimir; *nadie* en el sentido de clase, de lucha sistemática contra determinada parte de la población.

No somos utopistas, y no negamos la posibilidad y la inevitabilidad de que los *individuos* cometan exce-sos, ni la necesidad de suprimir tales excesos.

Pero, en primer lugar, para esto no se necesita má-quinaria especial, ni instrumento especial de represión. Eso lo hará la misma nación armada, tan sencilla y tan rápidamente como cualquier multitud de hombres civilizados, aun en la sociedad actual, separa a los combatientes o no permite que se ultraje a una muje

Y, en segundo lugar, sabemos que la causa soc fundamental de los excesos que violan las reglas de la vida social es la explotación de las masas, de su necesidades y de su pobreza. Suprimiéndose esta cau principal, los excesos comenzarán a *desaparecer gra-dualmente*. No sabemos con qué rapidez ni por qué etapas, pero sabemos que disminuirán poco a poco. Co su desaparición gradual, el Estado irá desapareciend también. Marx, sin lanzarse a la utopía, describió de-tenidamente lo que *ahora* puede considerarse segu respecto de la era futura: la diferencia entre las fase o etapas inferiores y superiores de la Sociedad Co-munista.

HACIA EL COMUNISMO

La primera fase de la Sociedad Comunista es la que acaba de *salir,* de hecho, de la sociedad capitalista y que, en consecuencia, en todos los órdenes—económico, moral e intelectual—lleva todavía el sello de la sociedad vieja, de la matriz en que fué engendrada.

Los medios de producción no son ya propiedad particular de los individuos: pertenecen ya a la sociedad toda. Cada miembro de la sociedad, que ejecuta determinada parte del trabajo socialmente necesario, recibe de la sociedad un certificado de que ha realizado tal o cual cantidad de labor. En virtud de este certificado recibe, de los almacenes públicos de artículos de consumo, una cantidad de productos proporcionado a su trabajo. Después de substraída aquella porción del valor del trabajo que va a parar a los fondos públicos, cada trabajador, por lo tanto, recibe de la sociedad tanto como le ha dado.

La *igualdad* parece reinar. Pero cuando Lassalle, considerando la perspectiva de este orden de cosas (generalmente llamado *socialismo,* pero designado por Marx con el nombre de "primera fase del comunismo"), habla de él como forma de "distribución justa", y dice que aquí se observa "el igual derecho de cada cual a una proporción igual de los productos del trabajo", Lassalle se equivoca, y Marx explica su error.

"Iguales derechos—dice Marx—existirían allí, ciertamente; pero todavía *derechos burgueses,* que, como

todo derecho, *presuponen la desigualdad*. Todo derecho es la aplicación de *una misma* medida a personas distintas que, de hecho, no se parecen ni son iguales entre sí; y, por lo tanto, *igual derecho* significa realmente violación de la igualdad, significa injusticia.

"En efecto: cada hombre que haya realizado igual cantidad de trabajo social que otro, recibirá igual porción de los productos sociales (con las substracciones antes indicadas). Sin embargo, los diversos individuos no son iguales. Uno es débil, otro es fuerte; uno es casado, otro no lo es. Uno tiene muchos hijos, otro tiene menos, y así sucesivamente.

"Con trabajo igual—concluye Marx—, y por lo tanto con igual proporción de la masa pública de artículos de consumo, en realidad unos recibirán más que otros, serán más ricos, etc. Para evitar todo esto, los derechos en vez de ser iguales deben ser desiguales."

La primera fase del comunismo, por lo tanto, no puede producir todavía justicia e igualdad: las diferencias de riqueza—diferencias injustas—existirán todavía. Pero la *explotación* de muchos hombres por uno sólo se habrá hecho imposible, porque será imposible apoderarse, como de propiedad privada, de los medios *de producción*, factorías, máquinas, tierra y demás.

Marx no solamente toma en cuenta, con el mayor cuidado, las inevitables desigualdades de los hombres; también toma en cuenta el hecho de que sólo el convertir los medios de producción en propiedad común de la sociedad toda—*socialismo* en el sentido usual de la palabra—*no suprime* las imperfecciones de la di

tribución ni la desigualdad de la *justicia burguesa* que continuará existiendo mientras los productos se dividan en proporción a la cantidad de *trabajo hecho*.

"Pero estos defectos—continúa Marx—, son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, en la forma en que emerge, después de laborioso esfuerzo por nacer, del seno de la sociedad capitalista. La justicia nunca puede ir más allá que la etapa de desarrollo económico de la sociedad, ni más allá de la etapa de cultura determinada por la económica."

Y así, en la primera fase de la sociedad comunista, comúnmente llamada socialismo, la "justicia burguesa" no quedará abolida en su totalidad, sino en parte, según el alcance de la transformación económica ya obtenida; es decir, solamente con relación a los medios de producción. El *derecho burgués* considera estos medios de producción como propiedad particular de los individuos. El socialismo los convierte en propiedad común, y, en esa medida, y sólo en esa medida, parece el *derecho burgués*. Pero continúa viviendo en lo que respecta a la otra parte, en su papel de regulador o ajustador que señala el trabajo y divide los productos entre los miembros de la sociedad.

El que no trabaja no come: este es el principio del socialismo cuando *ya* se realiza. "Por igual cantidad de trabajo, igual cantidad de productos": también se realizan *ya*, así, los principios del socialismo. Pero esto no es *todavía* el comunismo, ni esto destruye el *derecho burgués*, que da a individuos desiguales, en pago

de una cantidad de trabajo que es realmente desigual, igual cantidad de productos.

Esto constituye un *defecto*—dice Marx—, pero es inevitable en la primera fase del comunismo; porque, a menos que pretendamos caer en la utopía, no podemos imaginarnos que, al ser derribado el capitalismo, las gentes aprenderán desde luego a trabajar para la sociedad *sin la imposición de la ley;* en realidad, la abolición del capitalismo no produce *inmediatamente* las bases económicas de semejante transformación.

Y, hasta entonces, no habrá otro criterio que el de *derecho burgués*. En esa medida, pues, es necesaria todavía la subsistencia de una forma de Estado que, a la vez que haga subsistir la propiedad común de los medios de producción, mantenga la igualdad en el trabajo y la igualdad en la distribución de los productos. El Estado desaparece gradualmente en el sentido de que ya no existen capitalistas, ni clases, ni, por lo tanto, ninguna *clase* que suprimir. Pero el Estado no ha muerto aún por completo, porque subsiste la protección del *derecho burgués*, que santifica la desigualdad del hecho. Para la extinción completa del Estado se necesita el comunismo íntegro.

EL COMUNISMO

Según Marx, la fase superior de la sociedad comunista necesita la abolición de la esclavitud del hombre causada por su sumisión al principio de la división del trabajo, la desaparición de la oposición entre

trabajo intelectual y el trabajo manual, el desarrollo total del individuo y la madurez de las fuerzas productoras. Sólo en estas condiciones será posible avanzar más allá del horizonte estrecho de la ley burguesa, y sólo entonces podrá grabar la sociedad en sus banderas:

De cada uno, según sus aptitudes;
a cada uno, según sus necesidades.

La base económica de la gradual, pero total desaparición del Estado es aquella etapa superior de desarrollo del comunismo, en la que habrá desaparecido la distinción entre el trabajo manual y el intelectual; en consecuencia, cuando una de las principales causas de desigualdades *sociales* modernas haya desaparecido, causa, por lo demás, que no es posible suprimir inmediatamente con sólo convertir los medios de producción en propiedad pública, con sólo la expropiación de los capitalistas.

Esta expropiación hará posible desarrollar gigantescamente las fuerzas productoras. Al ver hasta qué punto, hasta qué grado increíble, aun hoy, *retarda* el capitalismo el desenvolvimiento de esas fuerzas, y cuanto progreso podría alcanzarse, aun contando sólo con el nivel que ha alcanzado la moderna técnica, tenemos derecho de afirmar, con plena confianza, que la expropiación de los capitalistas tendrá que conducir a un gigantesco desarrollo de las fuerzas productoras de la sociedad humana. Pero con qué rapidez avan-

zará este desarrollo, cuándo llegará la etapa en que será posible destruir la tiranía de la división del trabajo, destruir el antagonismo entre el trabajo manual y el intelectual, y transformar el trabajo en "necesidad primera de la vida", eso no lo sabemos y *no podemos* saberlo ahora.

Por eso tenemos razón para hablar sólo de la inevitable desaparición gradual del Estado, insistiendo en la naturaleza lenta del proceso, y su dependencia respecto de la rapidez de desarrollo de la *fase superior* del comunismo, pero dejando abierta la cuestión del tiempo, o de las formas concretas del fenómeno de la gradual desaparición, puesto que no tenemos materiales para acometer la solución de tales cuestiones.

El Estado podrá desaparecer completamente cuando la sociedad haya realizado la fórmula: "De cada uno, según sus aptitudes, a cada uno, según sus necesidades"; es decir, cuando las gentes se hayan acostumbrado a obedecer los principios fundamentales de la vida social, y cuando su trabajo sea tan productivo que voluntariamente trabajarán *según sus aptitudes*. "El estrecho horizonte de la ley burguesa", que nos obliga a calcular, con la despiadada exactitud de Shylock, si el uno no ha trabajado media hora más que el otro, si el uno no está recibiendo menos paga que el otro, ese estrecho horizonte lo habremos dejado atrás. No habrá necesidad de que la sociedad calcule exactamente la cantidad de productos que han de distribuirse entre sus miembros: cada uno tomará de ellos libremente, *según sus necesidades*.

Desde el punto de vista del capitalismo, es fácil declarar que semejante orden social es "pura utopia", y burlarse de los socialistas porque prometen a cada uno el derecho de recibir de la sociedad, sin ninguna vigilancia de la labor de los ciudadanos, ilimitadas cantidades de trufas, automóviles, pianos y demás. Todavía, la mayor parte de los *sabios burgueses* hace uso de burlas por el estilo, pero con eso no hacen mas que revelar a la vez su ignorancia y el interés material que lo liga a la defensa del capitalismo. Ignorancia, porque nunca ha pasado por la cabeza de ningún socilista *prometer* que se llegará a la fase superior del comunismo, y la *predicción* de los grandes socialistas, de que esa fase llegará a imperar, no se apoya ni en el *actual* poder de producción del trabajo, ni en el hombre *actual*, de perezosa inteligencia, capaz de echar a perder, por falta de reflexión, los tesoros de la riqueza social, y capaz de pedir lo imposible.

Mientras no se haya alcanzado la fase *superior* del comunismo, los socialistas exigen que la *sociedad y el Estado* dominen y regulen, del *modo más estricto*, sólo que este dominio *comenzará* con la expropiación de los capitalistas, con el dominio de los obreros sobre los capitalistas, y deberá llevarse a cabo, no por medio de un Gobierno de burócratas, sino de un Gobierno de *obreros armados*...

En la primera fase o primera etapa, el comunismo no *puede* todavía estar maduro económicamente, ni libre de toda tradición del capitalismo. Por eso vemos el interesante fenómeno de que la primera fase del

comunismo conserve "el estrecho horizonte de la le
burguesa". El derecho burgués, en lo que atañe a
distribución de los artículos de consumo, presupone i
evitablemente el Estado capitalista, porque la ley n
es nada sin la organización que *obliga* a las gentes
obedecerla. Por lo tanto, durante algún tiempo, n
sólo la ley burguesa, sino aun el Estado capitalista p
dría subsistir bajo el comunismo sin la clase capi
lista...

A través de qué etapas, por medio de qué medid
prácticas avanzará la Humanidad hacia la fase sup
rior, eso no lo sabemos y no lo podemos saber...

Pero lo que sabemos es que sólo con el socialism
comenzará el adelanto real y genuino de las masas, e
que tomará parte primero la mayoría y luego la to
talidad de la población—adelanto en todos los domin
de la vida individual y social...

Cuando todos, o siquiera la mayor parte de la s
ciedad hayan aprendido el modo de regir el Esta
hayan tomado esta tarea en sus manos, hayan obte
do el Poder para dominar a la insignificante mino
de capitalistas, a la gente que por razones de *distin*
se cree obligada a tener inclinaciones capitalistas
a los obreros totalmente desmoralizados por el ca
talismo, entonces comenzará a desaparecer la ne
sidad de que exista el Gobierno. Mientras más co
pleta es la democracia, más cerca está el momento
que dejará de ser necesaria. Mientras más democrá
sea el *Estado* compuesto de obreros armados, "el c
ya no es Estado en el sentido propio de la palab

tanto más rápidamente irá decayendo toda forma de Estado.

Porque cuando todos hayan aprendido a dirigir, y realmente dirijan, la producción socializada; cuando todos vigilen y hagan trabajar a los ociosos, elegantes, estafadores y otros "guardianes de las tradiciones capitalistas", llegará a ser tan difícil, tan excepcional, escapar a semejante vigilancia, y los que por algún tiempo lo consigan serán castigados con tal rapidez y severidad (porque los obreros armados seguirán métodos prácticos, y no se conducirán como intelectuales sentimentales, sino que no permitirán que nadie juegue con ellos), que bien pronto la *necesidad* de observar las sencillas leyes fundamentales de cualquier especie de vida social se convertirá en *costumbre*.

Entonces quedará abierta la puerta para la transición de la primera fase de la sociedad comunista a la fase segunda y superior, y con ella, para la completa desaparición del Estado.

IV

LA GUERRA Y LA REVOLUCION (1)

LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA

... La crisis dolorosa por que atraviesa toda Rusia es la más terrible que haya sentido jamás una nación civilizada. Debo tratar de esta crisis, de la plaga del hambre, en relación con las condiciones políticas de nuestro país.

Pero se comprenderá que no puedo limitarme a tratar de las condiciones políticas de Rusia, puesto que todos los paises capitalistas se hallan ligados hoy unos a otros como nunca.

La guerra imperialista última ha originado, tanto en los paises beligerantes como en los neutrales, el agotamiento de las fuerzas productoras. La destrucción y el empobrecimiento ocasionados por la guerra han llegado a un grado tal que, hasta en los paises más ricos y progresivos, donde la carestía era desconocida desde hacía

(1) De un discurso publicado a principio de 1919.

siglos, se advierte hoy el hambre, en el sentido li[teral]
de la palabra.

Es cierto que en los países más adelantados, espe[cial]mente en aquellos en que el capitalismo está econó[mi]camente mejor organizado, se ha logrado mitigar la [ca]restía, pero de ella sufren desde hace tiempo Alem[ania] y Austria, por no hablar de las naciones más duram[ente] castigadas. No se puede abrir un periódico sin ha[llar] artículos sobre el hambre, sobre la miseria, no sólo [en] los países beligerantes, sino neutrales también.

Para los que han seguido el desenvolvimiento de [la] sociedad europea no ofrece duda que el capitalismo [no] podrá ya sobrevivir pacíficamente; u origina inme[dia]tamente una sublevación de las masas contra el yu[go] capitalista o al través de la vida dolorosa y sangui[naria] de la guerra llega al mismo fin.

Ya muchos años antes de la guerra habían afirm[ado] los socialistas de todos los países que una guerra eu[ro]pea, no sólo representaría el más grande delito, sino [que] esa guerra entre los pueblos más adelantados, a c[ausa] de la distribución de las colonias y de la distribu[ción] del *botín* entre los capitalistas, acarrearía la comp[leta] destrucción de todas las conquistas de la civilizació[n].

Y durante esa guerra, por primera vez en la Hist[oria], se han empleado del modo más violento las más for[mi]dables conquistas de la técnica para la destrucció[n en] masa de las vidas humanas, deteniendo, paraliz[ando] toda actividad productora.

Nuestras previsiones se han cumplido.

Tenía mucha razón Engels cuando en 188., ...

años antes de la Revolución rusa, afirmaba que una guerra europea no sólo determinaría el destronamiento de varias docenas de testas coronadas, sin que nadie saliese a defenderlas, sino que tendría por consecuencia la barbarie y el retroceso de toda Europa, cuando en el mismo tiempo hubiera conducido o al predominio de la clase trabajadora o a la creación de condiciones tales que llevasen a esa clase al Poder.

El fundador del marxismo se expresaba en esa ocasión con gran justeza al prever que si la Historia hubiese debido seguir el camino profetizado por él, habría conducido ciertamente a la caída del capitalismo y al advenimiento del socialismo.

Ahora sufrimos las consecuencias de la *carnicería* imperialista de los pueblos, que ha durado cuatro años.

Si Rusia, que es la Revolución (la cual no ha realizado por mérito especial del proletariado ruso, sino porque el desarrollo de los acontecimientos históricos ha puesto a ese proletariado a la vanguardia de la Revolución social), sufre más duramente los tormentos del hambre, debemos recordar que su miseria es, sobre todo, la herencia de esa maldita carnicería imperialista, causa por doquiera de la miseria y la ruina, miseria y ruina ocultas sólo por algún tiempo a la mayoría de los pueblos. Mientras dure la dictadura militar, mientras dure la guerra, en tanto haya de una parte la esperanza de la victoria y la posibilidad de salir de la crisis merced a esa victoria, y, de otro lado, en tanto domine la censura y la embriaguez del pueblo en virtud del espíritu militar, hasta entonces será posible ocultar a las

masas de las distintas naciones el profundo abismo en que han caído.

En ningún país como en Rusia puede ser tan grande la tarea asumida por el proletariado con su revolución. El proletariado ha comprendido que no se puede vencer a la guerra, la guerra de los más grandes gigantes imperialistas del mundo, sin la victoria de la más grande revolución proletaria, que abarque el mundo entero.

Rusia ha hecho todo lo que era posible con las fuerzas del proletariado para combatir al enemigo capitalista y para *montar la guardia* de la revolución socialista, y eso cuando sentía la presión ejercida por las potencias imperialistas contra Rusia y la triste herencia de la guerra la perseguía paso a paso. Esto depende no sólo de las condiciones generales internacionales, sino, sobre todo, del hecho de que el proletariado internacional que, aun estando, ciertamente, preparándose para la revolución, no está todavía en condiciones de participar unánimemente y abiertamente al movimiento revolucionario. Pero esa revolución de los trabajadores europeos no ha de tardar.

En tales condiciones tiene que resolver el problema fundamental de toda sociedad humana. Tiene que vencer la carestía, atenuar por lo menos el hambre de las dos capitales y de doce provincias agrícolas. Ese problema han de resolverlo mientras se hace pertinaz la guerra capitalista, en medio de la resistencia de los especuladores de todas clases, de todos los colores y de todas suertes; frente a la misión política de todas las fuerzas conservadoras contra la revolución.

Todas las noticias que se tienen de todos los puntos de Rusia revelan la relación existente entre el hambre y la lucha contra los explotadores y la contrarrevolución.

El hambre de las masas era en todos los Estados imperialistas el terreno más adecuado para el desarrollo de la especulación más desenfrenada, por la conquista de inauditas riquezas, a expensas de la miseria y del hambre.

Los Estados imperialistas apoyan esto. No pueden combatir el hambre sino concediendo una ganancia doble, triple, cuádruple, a aquellos que poseen géneros, a los que especulan, a los que desean convertir en materia de lucro toda la regulación y distribución de los productos alimenticios.

Nosotros no queremos seguir ese camino, aunque haya quien nos impulse a hacerlo, consciente o inconscientemente. Sólo somos solidarios con aquella clase que ha combatido con nosotros y contra la guerra, que con nosotros ha arruinado a la burguesía. Y con ella hemos de compartir el peso de la crisis actual. Queremos combatir hasta el fin por el monopolio de los cereales, pero no para favorecer la explotación capitalista en pequeña o vasta escala, sino para combatir ese bandolerismo.

Descubrimos en esa lucha dificultades y peligros mayores que cuando teníamos frente a nosotros el zarismo armado hasta los dientes o la burguesía rusa, aguerrida también en la lucha, esa burguesía rusa que, siendo partícipe en el botín por medio de tratados secretos,

no consideraba un delito hacer derramar la sangre de centenares de miles de proletarios rusos en la ofensiva de junio pasado y, en cambio, consideraba delito la guerra de los explotados contra los explotadores, la única guerra justa y santa.

Durante el período del Gobierno zarista, los precios señalados a los cereales sufrieron un aumento continuo.

Comparando el desarrollo del monopolio de cereales y la lucha contra el hambre en la naciones capitalistas de Europa y en Rusia, veremos cómo los reaccionarios explotan esta cuestión.

Pero la causa reaccionaria estaba perdida porque la mayoría del pueblo iba contra ella, y porque cada nueva tentativa contrarrevolucionaria suscitaba nuevos elementos sociales para armarse contra ella.

Y el resultado de la guerra burguesa, desde octubre a marzo, fué el de reforzar, por parte de la masa obrera y campesina, el poder de los Soviets. La burguesía se vió vencida, y entonces comenzó la escisión de la pequeña burguesía rusa; una parte de ella se orientó hacia los alemanes, la otra hacia los anglofranceses.

El Gobierno de los Soviets, después de haber vencido a las fuerzas reaccionarias, emprende la obra de reorganización, obra proseguida con firmeza desde que pudo aniquilar la resistencia militar de los explotadores y toda la resistencia oculta bajo la forma de *sabotage*.

La grave dificultad de la lucha contra el hambre, el peso gigantesco de esta labor, se explican por el hecho de que nosotros hemos pasado inmediatamente a la

realización del programa. No es difícil la victoria en una revolución, y el triunfo sobre la resistencia de las fuerzas reaccionarias es aún más fácil que la ejecución práctica del programa, sobre todo donde, como en Rusia, se han resuelto los primeros problemas teniendo unidos al proletariado revolucionario, los pequeños propietarios y los numerosos elementos de la pequeña burguesía.

RUSIA Y LA GUERRA

El Gobierno ruso, el más reaccionario y retrasado de todos, sabe, no tan bien como los Gobiernos de Europa Occidental, engañar a su pueblo. Procura inculcar el patriotismo a las masas y hacerlas creer que es una guerra de justicia, por la liberación de los hermanos eslavos, etc.

Los terratenientes y la gran burguesía prestaron su apoyo entusiasta a esta política del Zar, pues esperaban privilegios y enormes beneficios del reparto de Turquía y Austria. En sus declaraciones y discursos presentían el avance de las olas de oro que desbordarían en sus bolsillos en caso de victoria militar. Pero los revolucionarios comprendían perfectamente que la victoria podía tan sólo retardar la caída del zarismo e impedir una nueva revolución en Rusia.

Las clases medias de la burguesía, como los intelectuales burgueses, eran también arrastrados por la ola del patriotismo, y apoyaron sin reserva la política del Gobierno. El liberalismo ruso lucha ahora al lado de

los Cien Negros, apoyando al militarismo y nacionalismo.

En los medios campesinos se ha propagado igualmente, merced a la Prensa, el espíritu de patriotismo. Sin embargo, a medida que los soldados regresan del frente, un cambio notable se produce. Hasta los socialistas revolucionarios, afiliados al Bureau socialista Internacional, se han dejado arrastrar por la ola patriótica. Sus órganos de la Prensa ilegal son, en su mayor parte, patriotas, y defienden la guerra llamada de justicia y de derecho.

La única clase a la que no han conseguido envenenar con la propaganda patriótica es al proletariado. La mayoría de los obreros conscientes se han pronunciado contra la participación en los Comités industriales de la guerra, cuyo objeto es movilizar la industria y organizar la victoria. Esta inmunidad del proletariado ruso contra el patriotismo se explica, en primer término, por el estado de revolución que existe en Rusia; luego, por las mismas condiciones de vida del proletariado ruso. Durante los dos últimos años, desde 1912 a 1914, vemos nacer y desarrollarse un intenso movimiento revolucionario, acompañado de grandiosas huelgas, como el mundo no había visto todavía. En 1913, más de un millón y medio de obreros tomaron parte en estas huelgas; en 1914, ya dos millones. La víspera de la guerra había comenzado ya en Petrogrado la lucha en las barricadas. El Partido social-demócrata obrero en Rusia ha cumplido su deber hacia la Internacional, y la bandera internacionalista no vacilaba en sus

nos. Ha roto, hace mucho y por completo, con los reformistas y oportunistas. Por la misma digna conducta se distinguió el partido socialista italiano.

En Rusia, las condiciones generales no se prestan al desenvolvimiento del oportunismo entre las masas obreras. El reformismo se nota entre los intelectuales, pero entre los militantes obreros no cuenta más que con una ínfima minoría. Casi no tenemos todavía una aristocracia obrera privilegiada. Los oportunistas no encontraban, antes de la guerra, ningún apoyo serio en las masas del proletariado.

Desde el principio del conflicto europeo, el Gobierno zarista encarceló y deportó a Siberia millares y millares de obreros conscientes, miembros del partido social-demócrata, suspendió toda la Prensa socialista, proclamó el estado de sitio; pero todo eso no interrumpió la lucha revolucionaria de nuestro partido. Nuestra fracción en la Duma del Estado ha adoptado la táctica revolucionaria, lo que tuvo por consecuencia el arresto de nuestros diputados; para justificar esta medida, el Gobierno zarista hizo la siguiente declaración: "Ciertos miembros de la social-democracia han adoptado una actitud especial, proponiéndose el quebrantamiento de la fuerza militar de Rusia por medio de la propaganda y proclamas sediciosas."

Al llamamiento de Vandervelde, que proponía a los socialistas rusos suspender temporalmente la lucha contra el zarismo, el Comité central de nuestro partido fué el único en responder negativamente: el ala oportunista del partido estaba de acuerdo con Vandervelde, decla-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

rando que no quería en modo alguno oponerse a la guerra por medio de una resistencia activa... Y es qu hay socialistas y socialistas. Unos sirven a la burgu sía, otros al proletariado. Unos son socialistas imper listas; otros, marxistas revolucionarios.

ENTRE LOS SOCIALISTA RUSOS

...Es imposible comprender bien nuestra táctica e la guerra actual, lo mismo que la situación de la soci democracia en nuestro país, sin conocer la historia nuestro partido. Por eso queremos exponer al lect los hechos más salientes de esta historia.

Como tendencia ideológica, la social-democracia ru existe ya desde 1883. Era en esta época en la que grupo "Emancipación del Trabajo", fundado por l socialistas rusos (1) en el extranjero, formuló por p mera vez el programa social-demócrata, adaptándole las condiciones especiales de nuestro país. Hasta año 1890, la social-democracia rusa conservó su c rácter ideológico y no tenía ninguna relación con masa obrera. Pero muy pronto, un gran movimien huelguista la transformó en una fuerza política act estrechamente ligada al movimiento económico y po co de la clase obrera. Después de este momento em

(1) Plejanov, Axelrod, Vera Zasulich y Lev Deut (N. del T.)

gó la escisión de la social-democracia en economistas y "iskrovtzy" (1).

El economismo era una tendencia oportunista; su programa político se resumía en la frase siguiente: "La lucha económica deben hacerla los obreros; la lucha política los liberales..." Aprovechándose, por una parte, de la inconsciencia de las masas proletarias de Rusia y, por otra parte, declarando que quieren ir junto a esta masa, los economistas quitaron fuerza al movimiento obrero, limitándole a la lucha económica y reduciéndole, en el terreno político, al papel de sostén de los liberales, factor de poca importancia, sin independencia política, sin espíritu revolucionario.

La antigua *Iskra* sostuvo, entre 1900 y 1903, una lucha enérgica contra esta tendencia, y salió victoriosa. Los mejores elementos del proletariado se pusieron a su lado; ya algunos años antes de la revolución de 1905, la social-democracia rusa adoptó la lucha de clases; el movimiento revolucionario de 1905 era para los socialistas rusos una prueba de que su táctica era justa.

Los economistas procuraron captarse a las masas inconscientes, pero entonces el diario *Iskra* formó una vanguardia de obreros, capaces de convertirse en los guías de estas masas. Los economistas, en su lucha contra nosotros, usaron todos los argumentos de los cuales se sirven ahora los oportunistas de todos los países.

...Durante la revolución rusa de 1905, que revestía

(1) Partidarios del periódico *Iskra* (La Chispa), publicado en Ginebra. (N. del T.)

carácter burgués-democrático, empezó, en el seno de la social-democracia una nueva lucha de tendencias esta vez bajo nueva *forma*. El economismo se transformó en *menchevismo*, mientras la táctica revolucionaria, preconizada por la antigua *Iskra*, hizo nacer el *bolchevismo*.

Entre 1905 y 1917, el menchevismo fué el corriente reformista dentro de nuestro partido; apoyaba al liberalismo burgués y le propagaba entre las masas obreras; su fin era la adaptación de la lucha obrera al liberalismo. El bolchevismo, por el contrario, creía que la tarea del proletariado consistía en despertar las masas campesinas para la lucha revolucionaria, a pesar y en contra de los liberales burgueses. Durante la revolución de 1905, las masas del proletariado, como lo han reconocido muchas veces los mismos mencheviques, se adhirieron a la táctica bolchevista. En general, la revolución fortaleció considerablemente la táctica revolucionaria, mientras la lucha abierta de las clases dio una nueva prueba de la unión ideológica entre el oportunismo y el liberalismo.

...La época de la contrarrevolución plantea de nuevo, bajo otra forma, la cuestión del reformismo y del revolucionarismo. La parte más importante de los mencheviques, a pesar de la protesta de los mejores de ellos, fundó la tendencia de los "liquidadores", que es la negación de la lucha por una nueva revolución en Rusia, la negación de la táctica ilegal. Un grupo de literatos legales, pertenecientes a la redacción de la revista *Nuestra Aurora*, con los señores Potresov y Che

revanin a la cabeza, formó un núcleo independiente del partido social-demócrata; sostenido por la burguesía liberal, este grupo procura apartar a los obreros de la lucha revolucionaria. En la conferencia del partido, celebrada en enero de 1912, fué excluído del partido.

Durante más de dos años, hasta la mitad de 1914, sigue la lucha entre las dos fracciones de la social-democracia rusa: la primera tuvo por centro el Comité Central, elegido en 1912 (1), y el Comité de Organización (2), que deseaba reconstruir el partido sobre otras bases, conservando la unión con el grupo de "Nuestra Aurora". La primera fracción fundó un diario, *Pravda* (Verdad), la segunda, el *Luch* (Rayo); sostenían una lucha sin tregua en su Prensa... Los partidarios de la *Pravda*, que defendían un programa revolucionario, agrupaban alrededor de ellos a la enorme mayoría de los obreros conscientes; mientras los "liquidadores", inspirados por el grupo de "Nuestra Aurora", encontraban el apoyo de los elementos liberales burgueses.

...La gran guerra europea dió la ocasión a todos los socialistas de todos los países de poner a prueba sus conceptos. El carácter de bandidismo, de reacción y de opresión se notaba en Rusia mucho más que en los demás países; sin embargo, los "liquidadores" se adhirieron al socialismo patriótico, nacionalista; se empeñaron en propagar entre las masas la no resistencia a la guerra, los deseos de victoria para los aliados, las

(1) Ese Comité fué, de hecho, dirigido por Lenin. (N. del T.)
(2) Dirigido por Martov. (N. del T.)

acusaciones de crímenes, tan sólo contra el imperialismo alemán, etc., etc.

...Más tarde, en París, se fundó el diario *Nuestra Palabra*, en el cual Trotsky y Martov, que le dirigían, procuraban conciliar la defensa, siempre platónica, del internacionalismo con las tendencias y la táctica del Comité de Organización y de grupos análogos. A los doscientos cincuenta números de este diario se manifestaron discrepancias en el seno de su Redacción: una parte de ella se inclinaba a nuestro partido, mientras que Martov seguía siendo fiel al Comité de Organización. Trotsky, afirmando haber roto con ese Comité, abogó, al mismo tiempo, por la unión con el grupo patriótico de Cheidze.

...Actualmente, todos los órganos de los "liquidadores" en Rusia hacen una propaganda socialista nacionalista, en el mismo sentido que inspira el diario de Renaudel *L'Humanité*... Se unen al Gobierno del Zar, no hacen caso de la voluntad de los obreros de Petrogrado y participan en los Comités industriales de guerra. Hasta nuestros adversarios de *Nuestra Palabra* se vieron obligados a calificar la conducta de estos señores de amarilla... En efecto, se dejaron arrastrar por la burguesía imperialista, y de este modo rompieron para siempre con el socialismo.

...En Rusia, la social-democracia nació antes de la revolución burguesa-democrática de 1905 y se consolidó durante la revolución y, luego, durante la contrarrevolución. En vista del carácter atrasado de Rusia nacieron en el seno del partido tendencias pequeño-

burguesas y oportunistas. Pero la clase obrera creó su propio partido, oponiéndose enérgicamente contra las tendencias oportunistas.

La guerra mundial ha tenido por consecuencia el fracaso lamentable del oportunismo y del reformismo en todos los países. Y estamos profundamente convencidos de que, en el porvenir, nuestro partido deberá seguir aún más enérgicamente su táctica de verdadero socialismo revolucionario.

GUERRA IMPERIALISTA Y LUCHA DE CLASES (1)

Los socialistas hemos sido siempre enemigos jurados de la guerra, pero nuestro concepto difiere mucho del de los pacifistas burgueses y del de los anarquistas. Nosotros opinamos que la guerra está íntimamente ligada a la lucha de clases, y, por consiguiente, no será posible poner fin a las guerras sin acabar con las clases; es decir, sin implantar el socialismo. Por otro lado, consideramos legítimas y útiles para el progreso las guerras civiles entre las clases oprimidas y las opresoras, entre esclavos y amos, entre campesinos y señores feudales, entre el proletariado y la burguesía. Creemos, además, que cada guerra debe ser

(1) Del libro "El socialismo y la guerra", publicado por Lenin a principios de 1915 en colaboración con Zinoviev (Nota del traductor.)

examinada desde el punto de vista de la necesidad histórica. Ha habido, en la historia humana, guerras que, a pesar de sus crueldades, de los horrores y sufrimientos fatales en toda guerra, eran al mismo tiempo factores de progreso, contribuyendo a destruir instituciones tales como la autocracia, el feudalismo, todas las formas bárbaras del despotismo.

Desde la gran revolución hasta la Comuna, es decir, entre 1789 y 1871, predominaron las guerras de liberación nacional, cuyo verdadero fin y sentido histórico fué la destrucción del absolutismo, del feudalismo y la lucha contra el yugo extranjero. En esas guerras, que fueron factores del progreso, los verdaderos demócratas y socialistas dieron su apoyo a los combatientes. Del todo no estuvieron libres de fines imperialistas las guerras de la gran revolución; pero derribaron tronos y acabaron con muchas tradiciones feudales de toda la vieja Europa.

La época mencionada ha dejado huellas profundas y recuerdos revolucionarios. Mientras el feudalismo, el absolutismo y el yugo extranjero no estén destruídos por completo, el proletariado no podrá desarrollar su lucha por el socialismo. Por eso, las guerras de aquella época, cuyo objetivo fué la destrucción del feudalismo, son consideradas por los socialistas como defensivas, equitativas y justas, según la expresión de Guillermo Liebknecht. Tan sólo en este sentido los socialistas admiten la legitimidad, el carácter progresivo y la equidad de la defensa de la patria. Las guerras de Marruecos contra Francia, de la India con

tra Inglaterra, de Persia o China contra Rusia, serían guerras equitativas, defensivas; guerras en pro de la justicia y del derecho. Y las simpatías de los socialistas estarían en esas guerras al lado de las naciones oprimidas y explotadas por las grandes potencias.

La guerra europea, la guerra actual, es, indudablemente, una guerra imperialista. Todo el mundo lo reconoce. Pero unos acusan de imperialismo solamente a un grupo de beligerantes; otros creen que esta guerra tiene también un carácter de progreso y de liberación nacional.

El imperialismo es el último grado del desarrollo del capitalismo. El capitalismo no pudo desarrollarse libremente dentro de los límites de los Estados nacionales que, en épocas anteriores, le fueron indispensables para derrumbar al feudalismo. Le guió, además, un gran afán de concentración de los capitales y de la industria, formando *trusts*, repartiendo, entre los magnates del capital, casi toda la tierra y sirviéndose de otros mil medios de explotación financiera. El capitalismo, que en épocas anteriores fué el libertador de las naciones, se convirtió en su opresor. Después de haber sido un elemento de progreso, degeneró en una fuerza de reacción. Ha desarrollado en tal forma las fuerzas productivas, que actualmente la Humanidad se encuentra ante el siguiente dilema: implantar el socialismo, o bien sufrir aún, durante largos años, todos los horrores de la lucha armada entre las grandes potencias para el mantenimiento artificial del

capitalismo por medio de las colonias, monopolios, privilegios y opresión de los pueblos.

De 1789 a 1914, seis grandes potencias se apoderaron, por medio del pillaje, de 25 millones de kilómetros cuadrados, o sea de un territorio dos veces y medio más grande que toda Europa. Esas seis potencias oprimen a una población de 523 millones. Las colonias fueron conquistadas por el hierro y la sangre: los indígenas fueron tratados con grandísima crueldad y explotados en mil formas.

La burguesía francoinglesa miente cuando dice que fué a la guerra actual en nombre de la liberación de los pueblos y de Bélgica: su único objeto era conservar sus colonias. Los imperialistas alemanes habrían también libertado Bélgica y otras naciones, si la burguesía francoalemana hubiese consentido en repartir con ellos sus colonias. Desde el punto de vista de la justicia burguesa y de la libertad nacional, Alemania tiene razón contra Francia e Inglaterra, pues estas últimas poseen muchas más colonias y dominan muchos más pueblos. En cuanto a Austria, los eslavos que están bajo su dominación, gozan de más libertad que en Rusia, esta verdadera prisión de pueblos. Pero tampoco Alemania lucha por la emancipación de los pueblos, sino por su dominación, y no corresponde a los socialistas colocarse al lado de un bandido más joven y fuerte (es decir, de Alemania), que quiere despojar a los viejos bandidos (es decir, a Inglaterra y Francia). Los socialistas deben aprovechar esta ...

sión para *asestar* un rudo golpe a los dos bandos de la burguesía mundial.

La guerra es la prolongación de la política de pillaje, de opresión de los pueblos, de lucha contra el movimiento obrero. Como otros países beligerantes, Rusia ha practicado siempre la opresión y no la liberación de los pueblos a que aspira ahora. Por el contrario, vemos en China, en Persia, en las Indias, centenares de millones de seres humanos despertarse a una vida nacional, inaugurar la lucha por la emancipación del yugo de las grandes potencias reaccionarias. En esos países es donde la guerra puede todavía tener un carácter de progreso y de emancipación nacional. Pero la guerra actual entre las grandes potencias no es verdad que tenga por objeto la defensa de los oprimidos, la liberación de los pueblos, etc.

Los socialistas-patriotas se han declarado ahora partidarios de la defensa de la patria; partiendo de este concepto, han abandonado la lucha de clases durante la guerra, votan los presupuestos militares, etc. En realidad lo que apoyan no es la defensa de la patria en el sentido de lucha contra el yugo extranjero, sino el derecho de uno u otro bando de beligerantes a saquear las colonias y a oprimir otros pueblos. De este modo los socialistas-patriotas prestan a la burguesía su ayuda para engañar al pueblo y, por consiguiente, pasan a su campo y van contra el proletariado.

Por otro lado, procuran disculpar y ennoblecer al Gobierno y a la burguesía de uno de los grupos de potencias beligerantes. Los socialistas-patriotas como

Kautsky, en Alemania; Vandervelde, en Bélgica; Longuet, en Francia, afirman el derecho igual de los socialistas de todos los países beligerantes a la defensa de su patria. No es esto mas que una traición al socialismo y a todas las decisiones del Congreso Internacional de Basilea.

En efecto: el manifiesto de Basilea, votado por unanimidad en 1912, dice claramente que una guerra como ésta no puede estar justificada por el interés del pueblo, sino simplemente por los de los capitalistas, así como por el bandidismo de las grandes potencias. El mismo manifiesto declara que la guerra sería peligrosa para todos los Gobiernos sin excepción alguna; recuerda también el terror inevitable si, como consecuencia de la contienda, estalla una revolución proletaria, a ejemplo de la Comuna de 1871 y de la revolución rusa de 1905. El manifiesto de Basilea se pronunció, en fin, por una táctica de lucha revolucionaria internacional de los trabajadores contra sus Gobiernos, por una táctica de revolución proletaria. Confirma la moción del Congreso de Stuttgardt, que había declarado: si, a pesar de todo, estalla la guerra, los socialistas tienen el deber "de utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política que se produzca para precipitar el derrumbamiento de la dominación capitalista". Quiere decir esto, que es preciso utilizar, por una parte, las dificultades que la guerra cause a los Gobiernos y, por otra, la rebelión de las masas para la revolución social.

La política de esos socialistas-patriotas que pr[illegible]

curan justificar la guerra desde el punto de vista de la libertad, votan los presupuestos militares y colaboran en los Ministerios, es una traición al socialismo que se explica tan solo por el triunfo del oportunismo en el seno mismo de los partidos socialistas europeos... Cuando estalló la guerra, la mayoría de ellos, pasando al lado de la burguesía y de sus Gobiernos, preconizaban no una táctica revolucionaria, sino reaccionaria. Esta traición provocó el fracaso de la Segunda Internacional (1889-1904).

Desde la formación de la Segunda Internacional no había cesado en su seno, ni por un momento, la lucha entre las tendencias reformista y revolucionaria. En algunos países (como Bulgaria, Holanda, Italia) esas luchas ocasionaron escisiones.

Los marxistas se daban perfecta cuenta de que el reformismo era la expresión de la política burguesa en el seno de los partidos obreros, el reflejo de los intereses de la pequeña burguesía, la tendencia de una ínfima parte de obreros a aliarse a la burguesía contra los intereses de la gran masa proletaria.

El reformismo se ha reforzado considerablemente durante la segunda mitad del siglo XIX, formándose una liga de burócratas y obreros aristócratas. La guerra ha contribuído al desarrollo de esa tendencia, transformándola en socialismo patriótico y convirtiendo la alianza secreta de los oportunistas con la burguesía en una alianza abierta.

Las bases económicas del reformismo y del socialismo patriótico son las mismas. Los dos represen-

tan los intereses de una parte ínfima de obreros privilegiados y de pequeños burgueses que defienden el derecho a las migajas que su burguesía les deje después de saquear a otras naciones; los dos substituyen la colaboración de las clases a la lucha de clases; los dos rechazan la táctica revolucionaria y apoyan a los Gobiernos en momentos difíciles, en lugar de aprovecharse de esas dificultades en interés de la revolución.

Los verdaderos revolucionarios tenemos que protestar contra esa política patriótica. Ya en el Congreso de Stuttgardt, en 1907, el marxismo se pronunció contra el imperialismo, mientras que el reformismo internacional se colocó a su lado.

La lucha contra el oportunismo es una obra de purificación de los partidos socialistas, una obra necesaria y fecunda, y debe ser llevada a buen término. El socialismo reformista está a punto de morir; el que nace será revolucionario, intransigente, rebelde.

Entre otros falsos socialistas está Kautsky.

Kautsky, uno de los jefes más notables de la Segunda Internacional, distinguióse por su manera de desnaturalizar al marxismo. Junto con Plejanov quitó al marxismo, sirviéndose de toda clase de sofismas, su espíritu revolucionario, su alma. Permaneciendo en el partido marxista, rechaza sus métodos revolucionarios y procura conciliar la idea fundamental del socialismo patriótico; es decir, la idea de la defensa de la patria en la guerra actual, con una concesión puramente nominal

espíritu revolucionario bajo forma de abstención de votar los créditos militares, de oposición verbal a la mayoría, etc.

En 1905 escribió un libro sobre el próximo advenimiento de la época revolucionaria; en 1912 firmó el manifiesto de Basilea, que declara que los socialistas deben aprovecharse de la guerra para provocar la revolución; ahora hace causa común con la burguesía, combatiendo toda idea de revolución, todo lo que pueda conducir a la lucha revolucionaria. Esa tendencia de Kautsky no es accidental; es el resultado de toda la táctica de la Segunda Internacional. En cada país tiene formas diversas. En Rusia, Trotsky, aunque rechazando la idea de la patria, se pronuncia por la unión con el grupo oportunista de la fracción de Cheidze (1); es decir, con los Scheidemann rusos. En Francia, son Longuet y Renaudel, y en Bélgica, Vandervelde, los que exaltan el patriotismo. En Rumania, Rakovsky (2), a pesar de su lucha contra el oportunismo, cree también legítima la defensa de la patria.

La guerra ha engendrado una crisis extremadamente aguda y ha aumentado horriblemente la miseria de las masas. El carácter reaccionario de esta guerra, la táctica canallesca de la burguesía de todos los paí-

(1) Conocido menchevique, primer presidente del primer Soviet de Petrogrado. Actualmente es miembro del Gobierno de Georgia (en el Cáucaso). (N. del T.)

(2) Actualmente, partidario fiel de Lenin y presidente de la Ukrania sovietista. (N. del T.)

ses, que procura ocultar con frases hábiles sobre la liberación de los pueblos, sus verdaderos fines, emp[u]jará, sin duda, a las masas a la revolución. Noso[tros] debemos ayudarlas en este camino, debemos luchar p[or] la transformación de la guerra imperialista en una gu[e]rra civil. El único medio de conseguirlo es la lu[cha] contra el bandidismo de los dos bandos beligerante[s].

Hace cincuenta años, es decir, cuando estalló la C[o]muna en Francia, el proletariado era todavía dem[a]siado débil, las condiciones objetivas del socialismo n[o] estaban todavía maduras, el movimiento revolucion[a]rio en los otros países beligerantes era todavía imp[o]sible... Actualmente, todas esas causas de debilid[ad] ya no existen, y ningún socialista digno de este nom[]bre puede renunciar a la lucha verdaderamente rev[o]lucionaria.

Muchos de los jefes anarquistas, así como l[os] oportunistas, se han adherido al socialismo patrio[tero] durante esta guerra. Uno de los resultados útiles d[e] esta guerra será, pues, el de acabar con todo anar[]quismo y con todo oportunismo.

Durante una guerra reaccionaria, la clase rev[o]lucionaria sólo puede desear la derrota de su Gobier[]no, porque el fracaso militar acelerará su perdic[ión]. Los socialistas de todas las naciones beligerantes deb[en] pronunciarse por la derrota de sus Gobiernos respec[]tivos, expresando así el pensamiento secreto de [todo] trabajador consciente y facilitando la transform[ación] de la guerra imperialista en una guerra civil.

Claro está que la propaganda de los socialistas [...]

gleses, franceses y alemanes contra la guerra debilita la potencia militar de sus Gobiernos respectivos, pero, al mismo tiempo, sirve al socialismo internacional. Deben explicar a las masas que su salvación está en el derrumbamiento de sus Gobiernos.

Los socialistas deben tomar parte en toda demostración, en todo movimiento de las masas en pro del fin de la guerra. Pero al mismo tiempo deben explicarles que sin un movimiento revolucionario, sin la revolución, es imposible obtener una paz verdadera, sin anexiones, sin opresión de ninguna nación, sin pillaje, en fin, una paz que no encierre gérmenes de nuevas guerras. Por otra parte, nuestro deber consiste en exigir que los socialistas de los países opresores, sobre todo de las grandes potencias, reconozcan y defiendan el derecho de las naciones oprimidas a disponer libremente de sí mismas. Eso no conduce, como creen algunos, a la creación de pequeños Estados; al contrario, ello motivará la formación de grandes Estados y de federaciones de los mismos. Los socialistas de los países oprimidos deben trabajar por la completa unidad en la lucha y organización del proletariado de la nación dominante con los de la nación oprimida.

El imperialismo es la opresión de las pequeñas naciones por las grandes potencias. Por consiguiente, la lucha por la revolución socialista internacional es imposible hasta que no se reconozca el derecho de todos los pueblos a disponer de sí mismos. Según Marx y Engels, un pueblo que oprime a otros pueblos, no puede gozar de su propia libertad.

V

LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

EL PERIODO PREPARATORIO (1)

Los partidarios de Bernstein, el jefe alemán del revisionismo internacional, ejercían en Rusia un efecto desmoralizador sobre el moderno movimiento socialista. Rehuyendo la idea misma de la revolución social y de la dictadura del proletariado, reduciendo la lucha de clase a una especie de "tradeunionismo" muy estrecho, hacían todo lo posible para debilitar y aplanar las contradicciones sociales, y buscaban un terreno de conciliación entre el proletariado y las demás clases. Aconsejaban a la clase obrera no ocuparse mas que de la lucha económica, confiando la lucha política a los intelectuales y a los liberales.

La Historia ha planteado ante los socialistas rusos un problema revolucionario de importancia trascendental, quizá más importante que en todos los otros

(1) Del folleto "¿Qué hacer?", publicado por Lenin en Ginebra, en 1902.

países: el proletariado ruso tiene que destruír el régimen absolutista más poderoso, que constituye un baluarte de la reacción mundial. Al realizar esta enorme empresa, el proletariado ruso se convertirá en la vanguardia del proletariado revolucionario mundial. No cabe duda que podrá alcanzar este puesto de honor, a condición de estar animado el movimiento socialista de un entusiasmo y energía dignos de los magnos problemas históricos.

El error fundamental de los "bernsteinianos" rusos consiste en inclinarse servilmente ante la mentalidad actual primitiva de las masas populares. En vez de procurar elevarlas al nivel más alto, enseñándoles los nobles ideales socialistas, prefieren mantenerlas en el terreno de mezquinas luchas económicas del día actual. Opinando que el pueblo no está todavía en sazón para la lucha contra el absolutismo, dicen a los obreros: "Ustedes sigan en sus luchas económicas, mientras nosotros, los intelectuales, nos dedicamos a minar el régimen político actual."

Y como los "economistas" no tienen confianza en el espíritu revolucionario de las masas, están dispuestos a adoptar la táctica terrorista, considerándola como el único medio de derrumbar al zarismo. Eso explica un hecho que, a primera vista, parece inverosímil: la extrema derecha del Partido Socialista ruso, siendo muy moderada y oportunista respecto al movimiento obrero, se proclama partidaria del terror en el terreno de lucha contra el zarismo. No en balde la burguesía liberal aplaude los actos terroristas; los prefiere a

acción directa de las masas. Los verdaderos socialistas, al contrario, basan toda su táctica en la acción revolucionaria de las masas, y, por lo tanto, se niegan decididamente a substituír la acción del pueblo revolucionario por la de algunos individuos heroicos.

Los oportunistas creen que el proletariado se encamina a la revolución a paso de tortuga, y que puede convertirse en una clase revolucionaria tan sólo en el proceso muy lento de sus luchas económicas. Pero los verdaderos socialistas estamos convencidos de que la clase obrera puede ser empujada a la lucha decisiva contra el régimen actual inmediatamente por medio de la propaganda revolucionaria. No queremos esperar hasta que las condiciones objetivas de su vida abran los ojos al proletariado y le inspiren el deseo de acabar con el régimen político actual, sino que preferimos acelerar este proceso, representar el papel de partera en los partos de la Historia. Queremos utilizar cada injusticia, cada hecho político capaz de proyectar luz sobre el carácter criminal y estúpido del absolutismo. Un verdadero socialista debe ser, no un simple empleado de Trade Unions, que se contenta con registrar las mezquinas luchas económicas, sino un *tribuno del pueblo*, que sepa reaccionar contra todas las manifestaciones de injusticia y violencia por parte de los gobernantes, útilizándolos para su propaganda socialista y revolucionaria.

El Partido Socialista debe encargarse de la organización de todas las clases de oposición, para una lucha intensa y extensa contra el régimen actual. Sus miem-

tas deben constituirse en directores del movimiento revolucionario de todo el pueblo, capaces de guiar los elementos de oposición, capaces, en un momento favorable, de elaborar el programa de acción, no solamente para el proletariado, sino para la burguesía liberal, los profesores, los estudiantes, las nacionalidades oprimidas, etc., etc. Solamente así el Partido Socialdemócrata será capaz de convertirse en una vanguardia de las fuerzas revolucionarias de todo el pueblo.

Hasta ahora los socialistas rusos no han estado a la altura de su misión. Se organizaban círculos obreros clandestinos, pero en ellos se trataba muy raramente de los grandes problemas políticos y sociales que interesan a todo el país, y menos aún de los que interesan a toda la Humanidad. El socialismo se transformaba en una especie de "tradeunionismo".

Por lo demás, hay democratismo y democratismo. El verdadero democratismo consiste, no en inclinarse ciegamente ante la masa popular, sino en guiarla, en enseñarla, en indicarla sus errores. Tan sólo los oportunistas incorregibles son capaces de proclamar que todos los problemas deben ser resueltos por la masa misma, reduciendo de este modo a sus jefes al papel poco decoroso de sus dóciles servidores, cuyo deber consiste en seguirla hasta en sus equivocaciones.

PROBLEMAS DEL PODER PROLETARIO (1).

La obra del Gobierno sovietista es extremadamente complicada, sobre todo cuando se trata de organizar la economía nacional dentro del nuevo régimen.

Es evidentemente imposible, dada la dificultad y la importancia de los problemas de organización que se alzan frente a nosotros, y dada también la transformación radical de las bases más profundas de la existencia de centenares de millones de hombres, acomodar fácilmente las cosas, según el proverbio de "medir siete veces antes de cortar".

Ningún socialista de buen sentido que haya escrito sobre las perspectivas del porvenir, ha pensado nunca que nos sería posible de un solo golpe, y según un plan preestablecido, derribar las formas antiguas y reconstituir las nuevas bases de la organización de la sociedad. Nosotros lo sabíamos cuando aceptamos el Poder, y emprendimos la labor de reorganización socialista.

Ahora bien: nosotros ignorábamos la reorganización completa. Sólo la experiencia colectiva, la experiencia de millones de hombres puede suministrar indicaciones decisivas a este propósito. En efecto: para nuestra labor, es decir, para el establecimiento del socialismo, la experiencia de algunos centenares de miles de personas, que pertenecían a las capas superiores, y que

(1) De un discurso pronunciado en Moscú, en el mes de junio de 1919. (N. del T.)

hasta ahora hacían la historia, no es suficiente. Esta experiencia fué hecha hasta ahora por los propietarios de inmuebles y por los capitalistas; pero nosotros no podemos hacer lo mismo, precisamente porque nosotros contamos con la "coexperiencia", es decir, con la experiencia de millones de trabajadores.

Todos nosotros—por lo menos aquellos de nosotros que se basan en la ciencia y el socialismo—sabemos que el socialismo no puede ser llevado a la práctica sino en la medida en que el capitalismo internacional haya desenvuelto las premisas materiales y técnicas sobre una escala inmensa y sobre bases científicas; pero esto hasta que no hayamos constituído importantes cuadros de especialistas, provistos de una instrucción científica, no podremos establecer el socialismo. Nosotros no cerramos los ojos ante el hecho de que sólo con nuestras solas fuerzas propias, no podemos hacer una revolución socialista, ni siquiera en un país menos atrasado que Rusia, ni siquiera en circunstancias más fáciles que las de un país que ha pasado por una guerra de cuatro años, extremadamente penosa y terriblemente ruinosa.

El que a causa de la desproporción entre nuestras fuerzas y nuestra tarea se desvía de la revolución socialista que se está llevando a cabo actualmente en Rusia, se parece a un hombre que no ve más allá de sus narices y que olvida que ningún golpe de Estado serio fué jamás ejecutado sin haber sido precedido por una serie de casos en que existía esta desproporción.

Las fuerzas crecen durante la lucha. Nuestra expe-

riencia no será olvidada. No será olvidada por los obreros, que actualmente están agrupados profesional y localmente, y que echan mano al trabajo común y nacional de la producción.

Sean las que sean las dificultades en medio de las que se desarrollan las peripecias de la revolución rusa, de la internacional socialista, la experiencia hecha permanecerá. Ella ha tomado su puesto en la Historia como un hecho adquirido del socialismo, y servirá como base a la futura revolución internacional en la obra de reconstitución del edificio socialista.

Estudiando los cambios históricos de las formas de la economía social, podremos darnos cuenta de la enormidad del problema que nos hemos impuesto y de la enorme importancia del hecho de que sean los elementos más avanzados del pueblo, es decir, las masas obreras explotadas, los que han tomado la iniciativa de resolver este problema.

Recordad el tránsito del sistema de la servidumbre al sistema de la economía burguesa, del régimen de la antigua disciplina de la servidumbre y del palo, de la disciplina más insensata y más brutal, a la disciplina burguesa, a aquella disciplina del hombre conocida bajo el nombre de "libre arrendamiento de los servicios", pero que en realidad no era sino la esclavitud capitalista. Bajo el aspecto histórico, el tránsito parecía fácil, ya que la Humanidad no hacía más sino pasar de un explotador a otro. Ahora bien: para este tránsito se necesitaron esfuerzos que duraron decenas de años. Si examináis, pues, la cosa bajo este aspecto,

no se dejarán engañar por la burguesía y por sus la-
cayos, que se esfuerzan en sembrar el pánico y el des-
aliento.

Nosotros no contamos con un éxito rápido, ni si-
quiera lo pretendemos. Sabemos muy bien que nuestra
obra emprendida sobre una escala internacional no pue-
de ser realizada sino por una época histórica entera.
Nosotros hemos abierto esta época, y debemos despeda-
zar la disciplina de la sociedad burguesa; nosotros
la despedazamos y estamos orgullosos de comprobar
que todos los obreros conscientes y toda la clase cam-
pesina trabajadora nos ayudan en esta obra de des-
trucción.

Las masas empiezan a comprender que esta disci-
plina, fundada sobre la explotación y la servidumbre
de los trabajadores, debe ser substituída, no por fuerza
de una orden que viene desde arriba, sino según su
experiencia viva, y debe ceder su puesto a otra disci-
plina del trabajo coordinado, disciplina organizada por
la clase campesina trabajadora y por los obreros de
todo el país con sus decenas y centenares de millones
de habitantes.

Este problema presenta dificultades enormes; pero
vale la pena de resolverlo, porque sólo cuando esté
prácticamente resuelto habremos acabado de clavar el
ataúd de la sociedad capitalista.

TAREAS PRACTICAS (1)

Insistimos en que nunca hemos dicho que sea fácil el paso del capitalismo al socialismo. Tiene que ser una época de triste guerra civil, de etapas dolorosas.

Las tareas de la organización relativa a los artículos de primera necesidad, labor que ataca tanto las raíces pofundas de la especulación como las codicias del mundo capitalista, no son cosa fácil. Además, hay que afrontarse con los intereses, con los prejuicios de los pequeños burgueses, de los pequeños propietarios, de los pequeños especuladores, que no tienen fe en las nuevas directivas de la vida social y se dejan someter por la desconfianza, por la desesperación.

Es un hecho que muchos representantes de las masas laboriosas sienten el desaliento en presencia de las dificultades no comunes provocadas por la revolución. Pero nosotros no tememos nada. Jamás hubo una revolución sin que provocase la desesperación de algunos elementos sociales.

Pero si la masa ha formado una vanguardia disciplinada; si esta vanguardia sabe que la dictadura, que la fuerza sólo puede atraer y unir a todos los proletarios, sabe también que todo esto constituye un largo proceso, una lucha difícil. Se puede decir que es la iniciación de la revolución socialista en el verdadero sentido de la palabra.

(1) De un folleto publicado en el mes de diciembre de 1919.

Los trabajadores cometen un error y ayudan a los explotadores si admiten las soluciones que, en problema tan grave como el del hambre, proponen los especuladores mismos, soluciones sostenidas también consumamente por los intelectuales. Nosotros seguiremos otro camino. Reconcentrar todos los excedentes de cereales, todas las provisiones hechas por los particulares, organizar su transporte, distribuirlo equitativamente entre millones de seres, constituye una labor metódica que debe realizarse con la regularidad de un reloj y que vencerá los obstáculos opuestos por los especuladores, los cuales difunden el pánico entre los aturdidos y los tímidos.

Hay que obrar con firmeza, rechazar y perseguir a los contrabandistas o matuteros y fundir todas las fuerzas proletarias. En la lucha contra el hambre nos apoyamos sólo en las clases oprimidas, las cuales deben ayudarnos a descubrir y aniquilar los explotadores.

Todas las organizaciones de los Soviets se encaminan hacia una nueva vida, hacia el resurgimiento de nuevas fuerzas sociales. Contamos vencer las nuevas dificultades atrayéndonos elementos nuevos de la sociedad, organizando a los proletarios de los campos.

Las dificultades son inconmensurables, pero a cada dificultad se deben oponer nuevos esfuerzos por parte de la organización y de la disciplina de clase. Estas dificultades no se vencen en un mes. En la historia de los pueblos figuran decenas de años dedicados a vencer obstáculos mucho menores que éstos. Y, luego

en la historia ese tiempo se ha considerado como el más importante y el más benéfico.

Sí; la clase laboriosa no está separada de la vieja clase burguesa como por una muralla de la China o por un cordón sanitario; si se realiza una revolución, los hechos no acaecen como si se tratase de la muerte de una persona, cuyo cadáver es sepultado. Si la vieja sociedad muere no se puede depositar su cadáver en una casa, embalsamado y colocado luego en una sepultura. Ella se pudre en el ambiente y nos apesta a todos.

Ninguna gran revolución del mundo se ha desarrollado nunca, ni puede desarrollarse de otro modo.

La revolución social no puede desenvolverse y cumplirse sino en medio de la sociedad burguesa en descomposición y entre luchas gravísimas. Por esto, si la primera labor es la centralización, la segunda es la unión de todos los trabajadores.

No es suficiente la fuerza física para mover las masas populares. Es precisa otra fuerza para mantener la dictadura; se necesita la fuerza contra los explotadores. El que no comprenda esto debe ser arrojado lejos de nosotros con desprecio, para no perder tiempo en discusiones necias sobre el socialismo.

Tenemos que cumplir una misión histórica. Debemos infundir en la nueva clase que ha de salvar la sociedad la fuerza consciente de sí misma. Necesitamos propagandistas que procedan de la clase obrera. Y deben ir por todas partes como predicadores del

Gobierno de los Soviets, explicando nuestra lucha por el aprovisionamiento del país, la guerra que sostenemos contra los explotadores de la contrarrevolución. Es preciso que hagan llegar la palabra socialista hasta las aldeas más lejanas, explicando hasta al más pobre labriego el contraste que existe entre el rico y el pobre, contraste que es la fuente de nuestra fuerza.

Se puede repasar toda la literatura del partido, de las fracciones o grupos socialistas y no se hallará ningún socialista serio que afirme el absurdo de que el socialismo podrá instaurarse por otro medio distinto al de la guerra civil y que los propietarios renunciarán sencillamente a sus riquezas y a sus derechos. En Rusia hemos visto cómo la burguesía ha apelado, nada menos, que a las bayonetas extranjeras antes de renunciar a su poder, amenazado por los socialistas.

Nuestra tarea es bastante difícil, porque los explotadores contra quienes luchamos disponen de los medios para corromper a las masas, facilitándolas el modo de ganar algunos rublos con la especulación.

Los proletarios urbanos y los obreros industriales están organizados, pero casi en ninguna parte del mundo se ha intentado organizar sistemáticamente a los que viven en las aldeas, en las pequeñas haciendas agrícolas, separados del mundo y en la ignorancia más completa por sus condiciones de vida. Y esta es nuestra labor.

En el tránsito del capitalismo al socialismo no merece ni ser refutada la acusación contra los comunistas de

que sean los culpables del hambre. Lo mismo ocurría durante la revolución de octubre. No hay socialista o anarquista, si así se quiere llamar, que pueda creer, sin haber perdido el juicio, que es posible instaurar el socialismo sin la guerra civil.

De igual modo sabíamos antes de la revolución que cuando el capitalismo internacional provoca una guerra en que mueren millones de hombres, esa guerra no puede sino convertirse en una guerra civil. Los acontecimientos de Alemania y Austria demuestran que la guerra civil tenía allí también una forma aguda.

No hay otro camino para el socialismo.

LA DICTADURA DEL PROLETARIADO EN RUSIA (1)

En teoría, es indudable que el capitalismo y el comunimo se hallan separados por cierto período de transición que no puede dejar de combinar los rasgos característicos o las propiedades de esas dos formas de la economía pública. Tal período de transición no puede dejar de ser un período de lucha entre el capitalismo moribundo y el comunismo naciente, o, en otros términos, entre el capitalismo vencido, pero no destruído, y el comunismo, existente ya, pero en extremo débil todavía. No sólo para un marxista, sino

(1) De un folleto publicado en ocasión del segundo aniversario del régimen bolchevista.

para todo hombre instruido, aunque esté poco familiarizado con la teoría de la evolución, la necesidad de toda una época histórica que se reconoce por los rasgos generales de un período de transición debe ser evidente por sí misma. Y, sin embargo, todas las recriminaciones relativas al tránsito al socialismo que nosotros oímos proferir a los representantes contemporáneos de la democracia semiburguesa (y, aparte su etiqueta seudosocialista, todos los representantes de la Segunda Internacional, comprendiendo en ella hombres como Macdonald y Jean Longuet, Kautsky y Federico Adler, son los representantes de esa democracia semiburguesa) están caracterizados por un desconocimiento total de esa verdad, evidente en sí misma.

Es propio de los demócratas semiburgueses desdibujar la lucha de clases, soñar con el medio de llegar a eludir esa lucha, buscar siempre la manera de "arreglar" y de conciliar, de redondear los ángulos. A eso se debe el que tales demócratas o se nieguen a reconocer todo el período histórico que comprende el tránsito del capitalismo al comunismo, o se consagren a la tarea de forjar planes de conciliación de las fuerzas en lucha o a tomar la dirección de ésta en uno de los dos campos.

* * *

La dictadura del proletariado debe presentar en Rusia, necesariamente, algunas particularidades características con relación a los países avanzados, a causa del estado atrasadísimo y del espíritu semiburgués de nuestro país. Pero en Rusia se hallan en la base de

mismas fuerzas y las mismas formas de la economía política que en cualquiera otro país capitalista, de suerte que esas particularidades no pueden en ningún caso concurrir a los puntos esenciales. Las formas que constituyen la base de la economía pública son: el capitalismo, la pequeña producción y el comunismo. Las fuerzas fundamentales las constituyen la burguesía, la semiburguesía (sobre todo la clase campesina) y el proletariado.

La economía de Rusia en la época de la dictadura del proletariado consiste en la lucha, en sus primeros pasos, del trabajo unificado sobre la base del comunismo en el cuadro unitario de una producción gigante, con la pequeña producción y el capitalismo, que se ha conservado y que renace también en su base.

El trabajo está unificado en Rusia sobre la base del comunismo, en la medida en que, primeramente, la propiedad privada de los medios de producción es abolida, y, en segundo lugar, el poder del Estado proletario organiza en la escala nacional la grande producción sobre el suelo del Estado, y en las empresas de éste distribuye la fuerza obrera entre las diversas ramas de la economía y las empresas, reparte entre los trabajadores la masa de los *stocks* de productos de consumo pertenecientes al Estado.

Hablamos de los "primeros pasos" del comunismo en Rusia (para emplear la expresión del programa de nuestro partido, adoptado en marzo de 1919) en vista de que todas esas condiciones no se realizan en ella sino parcialmente, o, dicho en otros términos, a causa

8

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

de que la realización de esas condiciones no está entre nosotros, sino en el estadio primitivo.

Instantáneamente, de un solo impulso revolucionario, se ha hecho todo lo que podía hacerse de pronto. El primer día de la dictadura del proletariado, el 26 de octubre de 1917 (8 de noviembre) fué abolida la propiedad privada de la tierra, sin indemnización a los grandes propietarios, es decir, que los grandes terratenientes fueron expropiados. Asimismo, en el espacio de algunos meses fueron expropiados sin indemnización también casi todos los grandes capitalistas, propietarios de fábricas y de minas, Sociedades por acciones, Bancos, ferrocarriles, etc. La organización estatal de la gran producción industrial y el paso al "control obrero", a la dirección obrera de las fábricas, minas, talleres, ferrocarriles, etc., están realizados ya; pero en el dominio de la agricultura no han hecho sino comenzar las explotaciones sovietistas (grandes explotaciones organizadas por el Estado obrero en las tierras del Estado). Del mismo modo, la organización de las diversas formas de asociación de los pequeños agricultores, como transición de la pequeña explotación mercantil de la tierra a la explotación comunista (1)

(1) El número de explotaciones sovietistas y de comunas agrícolas en la Rusia de los Soviets asciende aproximadamente a 3.536 y 1.961; el número de Asociaciones agrícolas a 3.696. Nuestra Dirección central de Estadística hace actualmente un censo exacto de todas las explotaciones sovietistas y de las comunas; estos nuevos datos comenzarán a tenerse en noviembre de 1919.

está en sus comienzos. Lo mismo puede decirse de la organización por el Estado del reparto de los productos a la manera del comercio privado, es decir, de la preparación y el transporte por el Estado de los cereales necesarios a las ciudades y de los productos manufacturados que necesitan los centros rurales. Más adelante se verán los datos estadísticos recogidos actualmente sobre esta cuestión.

La forma de la economía rural sigue siendo la pequeña producción mercantil.

Aquí nos hallamos ante una base en extremo vasta y arraigada muy hondamente en el capitalismo. Sobre ella se mantiene y renace el capitalismo, luchando con la más ruda energía contra el comunismo. Las formas de esa lucha son el contrabando y la especulación, dirigidos contra la preparación por el Estado de los *stocks* de cereales (y también de otros productos) y de una manera general contra el reparto de los productos por el Estado.

* * *

Para ilustrar esas aserciones teóricas y abstractas tomemos datos concretos.

En Rusia, la preparación por el Estado de los cereales, según los datos del Comisariado de Abastos, se elevó desde el 1 de agosto de 1917 al 1 del mismo mes de 1918, a 30 millones de *pouds.*

El año siguiente se elevó la cifra a 110 millones de *pouds.* Durante el primer trimestre de la campaña siguiente (1919-1920) los *stocks* preparados alcanzan, al parecer, unos 45 millones en vez de 37 millones du-

rante los mismos meses (agosto y septiembre) de 1920.

Estas cifras prueban elocuentemente la lenta pero constante mejora de la situación desde el punto de vista de la victoria del comunismo sobre el capitalismo.

Y esa mejora es obtenida a pesar de las dificultades desconocidas hasta hoy y causadas por la guerra civil organizadas por los capitalistas rusos y extranjeros que concitan las fuerzas de los Estados más poderosos del mundo.

Por esto es por lo que, no obstante todas las mentiras, todas las calumnias de los burgueses de todas las naciones y de todos sus agentes directos y ocultos (los *socialistas* de la Segunda Internacional), resulta indiscutible que, desde el punto de vista del problema económico fundamental, la victoria está asegurada entre nosotros a la dictadura del proletariado, o, de otro modo, al comunismo contra el capitalismo. Y si a la burguesía del mundo entero la domina tal acceso de rabia contra el bolchevismo y organiza expediciones militares y urde *complots* contra él, es precisamente porque comprende perfectamente lo ineluctable, lo infalible de nuestra victoria en la reconstrucción de la economía pública si no somos aplastados por la fuerza de las armas, cosa que esa burguesía no consigue hacer.

Los datos estadísticos suministrados por la Dirección General de la Estadística, y que acaban de ser sacados para darlos a la publicidad, relativos a la producción y consumo de los cereales, no en toda la Rusia sovietista, sino únicamente en 26 de sus gobiernos

prueban hasta qué punto hemos vencido ya al capitalismo en el corto espacio de tiempo de que hemos dispuesto y a pesar de las dificultades, sin precedente en el mundo, en medio de las cuales hemos tenido que trabajar.

* * *

Los trabajadores se hallan libertados de sus explotadores y opresores seculares, los grandes terratenientes y los capitalistas.

Este paso adelante en el camino de la verdadera libertad y de la verdadera igualdad, que, por su amplitud, su extensión y su rapidez, no tiene precedente en la Historia, no es tenido en consideración por los partidarios de la burguesía (comprendiendo en ella a los demócratas semiburgueses), que entienden la libertad y la igualdad en el sentido de la democracia parlamentaria burguesa, que ellos llaman con grandilocuencia la "democracia" en general o "la democracia pura" (Kautsky). Pero los trabajadores piensan precisamente en la verdadera igualdad, en la verdadera libertad (liberación del yugo de los grandes terratenientes y de los capitalistas), y por esto se pronuncian tan firmemente por el poder sovietista.

En un país agrícola son los campesinos quienes han ganado en primer término y los que han ganado más que nadie con la dictadura del proletariado.

El campesino ruso sufría hambre bajo el régimen de los grandes terratenientes y de los capitalistas. El labriego no había tenido aún, en el curso de largos

siglos de nuestra historia, la posibilidad de trabajar para sí mismo, y, suministrando centenares de millones de puds de cereales a los capitalistas, a las ciudades y al extranjero, *sufría hambre*. Por primera vez, bajo el régimen de la dictadura proletaria, el campesino puede trabajar para sí mismo y mantenerse mejor que los habitantes de las ciudades. Por primera vez, el campesino ha conocido prácticamente la libertad: la libertad de comer su pan, la liberación del hambre. La igualdad en el reparto de la tierra alcanzó, como se sabe, su grado máximo. En efecto: en la enorme mayoría de los casos, los campesinos reparten la tierra igualmente entre "consumidores".

El socialismo es la supresión de clases. Para suprimir las clases es preciso antes desposeer a los grandes terratenientes y a los capitalistas. Hemos realizado esta parte de la tarea, y no es la más difícil. Para suprimir las clases es preciso, en segundo lugar, hacer desaparecer la diferencia que existe entre el obrero y el campesino, hacer de todos *trabajadores*. Y esto no se puede hacer *de golpe*. Es una tarea indiscutiblemente más difícil y, necesariamente, más lenta. Es un problema imposible de resolver por la desaparición de una clase, cualesquiera que sea.

Sólo puede resolverse ese problema por la reconstrucción organizada de la economía pública, mediante el paso de la pequeña explotación mercantil, privada, fragmentaria, a la grande explotación común. Semejante tránsito es por fuerza muy lento y no se hará sino retrasarlo y crearle obstáculos recurriendo a me

didas administrativas y legislativas apresuradas e insuficientemente meditadas. Sólo puede precipitársele concediendo al campesino una ayuda tal que le facilite la posibilidad de mejorar en enormes proporciones toda la técnica agrícola, de transformarla radicalmente.

Para resolver la segunda parte, que es la más difícil del problema, el proletariado, después de haber vencido a la burguesía, debe seguir rápidamente la línea de conducta política siguiente respecto de la clase campesina: establecer la separación, la distinción, entre el campesino trabajador y campesino propietario, el campesino obrero y el campesino comerciante, el labriego laborioso y el labriego especulador.

En esta diferencia estriba toda la esencialidad del socialismo.

Tal distinción es muy difícil, porque, en la práctica, todas las propiedades particulares a la vida del campesino, a pesar de sus diferencias, sus oposiciones, están confundidas, sin embargo, en un todo único. Ahora bien: la distinción es posible, y no sólo posible, sino que resalta forzosamente de las condiciones de la economía rural y de la vida campesina. El campesino trabajador ha sido, durante siglos, oprimido por los grandes terratenientes, los capitalistas, los traficantes, los especuladores y sus Gobiernos, comprendiendo en éstos las Repúblicas burguesas más democráticas. El campesino trabajador ha aprendido por sí mismo en el transcurso de los siglos a odiar y a combatir a esos opresores y explotadores; y esa "educación" que le ha

dado la vida le obliga a buscar la alianza con el obrero y contra el capitalista, contra el explotador, contra el traficante.

Pero, al mismo tiempo, las condiciones económicas de la economía mercantil hacen, infaliblemente, del campesino (no siempre, pero en la inmensa mayoría de los casos) un traficante y un especulador.

Los datos estadísticos que hemos indicado antes establecen claramente la diferencia que existe entre el campesino trabajador y el campesino especulador.

Ese campesino, que en 1918-1919 ha dado a los obreros hambrientos de las ciudades cuarenta millones de *puds* de cereales, a los precios señalados por el Estado, por mediación de sus órganos, a pesar de todas las deficiencias de esos órganos, y de las cuales se da perfecta cuenta el Gobierno obrero, pero que no pueden evitarse en la primera fase del tránsito al socialismo; ese campesino, repito, es el campesino trabajador, el compañero igual al obrero socialista, el mejor aliado de éste, su verdadero hermano en la lucha contra el yugo del capital. Y el campesino que ha vendido de contrabando cuarenta millones de *puds* de cereales a un precio diez veces más alto que el señalado por el Estado, sacando partido de la necesidad y del hambre que sufría el obrero de las ciudades, defraudando al Estado, haciendo extenderse por todas partes la mentira, el robo, la falsedad; ese campesino es el especulador, el aliado del capitalista, el enemigo de la clase obrera, el explotador. En efecto, posee un exceso de cereales que ha recogido de la tierra

común con auxilio de instrumentos cuya fabricación ha exigido el trabajo, no sólo del campesino, sino del obrero también, y resulta con toda evidencia que el poseer un exceso de cereales y sacar partido de ello entregándose a la especulación es convertirse en explotador del obrero hambriento.

—Queréis la libertad, la igualdad, la democracia—se nos grita por todos lados—, y hacéis resaltar la desigualdad entre el obrero y el campesino, consagrada por vuestra Constitución; disolvéis la Constituyente, os apoderáis por la violencia del excedente de cereales, etc.

Y a eso contestamos: No ha habido un Estado en el mundo que haya hecho tanto para abolir prácticamente la desigualdad, la falta real de libertad de que el campesino trabajador ha sufrido durante siglos.

Pero jamás admitiremos la igualdad para el campesino especulador, del mismo modo que no admitimos la "igualdad" del explotador y del explotado, del que está harto y del que tiene hambre, o la "libertad" para el primero de saquear al segundo. Y nos conduciremos con los intelectuales que no quieren comprender esa diferencia como con *sospechosos*, aunque se califiquen de demócratas, socialistas, internacionalistas (Kautsky, Chernov, Martov).

* * *

El socialismo es la abolición de clases. Y la dictadura del proletariado ha hecho todo lo posible para llegar a esa abolición. Pero es imposible hacerlo en

un santiamén. Y esas clases se han conservado y se conservarán durante la época de la dictadura proletaria, que no será útil cuando desaparezcan las clases. Pero no desaparecerán sin la dictadura del proletariado.

Se han conservado las clases, pero todas han cambiado de aspecto durante la época de la dictadura del proletariado, modificándose igualmente las relaciones mutuas de las clases. La lucha de éstas no desaparece con la dictadura proletaria; lo que hace es tomar nuevas formas.

Bajo el capitalismo era el proletariado la clase oprimida, la clase privada de toda propiedad de medios de producción, la única clase que era inmediata y enteramente la antítesis de la burguesía, y, por esto es por lo que ella, únicamente, fué capaz de ser revolucionaria hasta el fin.

El proletario se ha convertido, después de haber vencido a la burguesía y conquistado el poder político, en la clase dominante. Posee el poder del Estado, dispone de los medios de producción, ya socializados, dirige a los elementos y a las clases vacilantes e intermediarias, y conquista la energía de resistencia recrudescente de los explotadores. Son estos problemas particulares de la lucha de clase que el proletariado no se planteaba ni podía plantearse con anterioridad.

La clase de los explotadores, de los grandes terratenientes y de los capitalistas no ha desaparecido ni puede desaparecer de súbito con la dictadura del proletariado. Los explotadores están vencidos, pero no

aniquilados. Les ha quedado una base internacional: el capital internacional, del que continúan siendo representantes. Les han quedado algunos medios de producción; conservan algún dinero y numerosas relaciones o vínculos sociales. Y su energía de resistencia ha aumentado, precisamente, a causa de su derrota, multiplicada por ciento.

Su "habilidad" en orden a la administración del Estado, del ejército, de la economía política, les da una ventaja muy considerable, de suerte que su importancia es incomparablemente mayor que el lugar que ocupan en el conjunto de la población. La lucha de clase suscitada por los explotadores vencidos contra la vanguardia victoriosa de los explotados, es decir, contra el proletariado, se ha hecho infinitamente más encarnizada. Y no puede ser de otro modo, si se habla verdaderamente de revolución, si no se encubren bajo este término (como hacen todos los *héroes* de la Segunda Internacional) ilusiones reformistas.

En fin, la clase campesina, como toda la pequeña burguesía en general, ocupa igualmente bajo la dictadura del proletariado una posición media, intermediaria. De una parte está la masa bastante considerable (enorme en la Rusia atrasada) de los trabajadores, unida por el interés común a todos los que trabajan de librarse de los grandes terratenientes y de los capitalistas; a otro lado se hallan los pequeños agricultores, los propietarios y los comerciantes. Tal situación económica provoca, inevitablemente, un movimiento de oscilación entre el proletariado y la burguesía. Y en la

lucha intensificada entre esas dos clases, en el trastorno extraordinariamente brutal de todas las relaciones sociales, teniendo en cuenta la fuerza de los hábitos del antiguo estado de cosas, la rutina, que es singularmente característica en los campesinos y los "pequeños burgueses" precisamente, es natural que tengamos que presenciar ineludiblemente entre estos últimos el paso de un campo a otro, vacilaciones, cambios, incertidumbre, etc.

Frente a esa clase, o frente a esos elementos sociales, la tarea del proletariado consiste en dirigirlos y en luchar por el predominio sobre ellos. Atraerse a los vacilantes y a los irresolutos debe ser la tarea del proletariado.

Si comparamos todas las fuerzas o clases fundamentales y los cambios de aspecto operados por la dictadura proletaria en sus relaciones mutuas, comprenderemos la inconmensurable inepcia teórica, la obra maestra de estupidez que constituye el concepto semiburgués corriente sobre el paso al socialismo "por la democracia" en general, concepto que hallamos en todos los representantes de la Segunda Internacional.

El prejuicio, heredado de la burguesía, del contenido absoluto, al margen de las clases, de la noción de "democracia", tal es la base de ese error. En realidad, la democracia entra también en una fase completamente nueva con la dictadura del proletariado, y la lucha de clases asciende a un escalón más elevado subordinando a sí misma todas las formas, cualesquiera que sean. Los tópicos sobre la libertad, la igualdad

la democracia, equivalen realmente a la repetición ciega de nociones que aparecen como moldeadas sobre las relaciones establecidas por la producción capitalista.

Querer resolver con tópicos las tareas concretas de la dictadura del proletariado significa situarse en el terreno teórico principal de la burguesía. Desde el punto de vista del proletariado, la cuestión se plantea así: libertad de la opresión, pero ¿por qué clase?; igualdad, ¿de qué clase social con cuál otra?; democracia, ¿sobre la base de la propiedad privada o sobre la base de la lucha para su supresión? Engels explicó ha tiempo en el *Anti-Düring* que la noción de igualdad, que está moldeada sobre las relaciones establecidas por la producción capitalista, se transforma en prejuicio si no se comprende *igualdad en el sentido* de la *supresión de las clases*. Esta verdad elemental de la *destrucción* de la idea, del concepto democrático burgués y de la comprensión socialista de la noción de igualdad es lo que se olvida constantemente.

Pero, si no se olvida, se hace evidente que el proletariado, al derribar a la burguesía, da de este modo un paso decisivo en el camino de la supresión de las clases y que, para triunfar, debe el proletariado continuar su lucha de clase, utilizando los resortes del Poder del Estado y haciendo a la vez presión sobre la burguesía caída y sobre la pequeña burguesía vacilante.

VI

EL PROBLEMA AGRARIO (1)

SOLUCIONES SOCIALISTAS

Nosotros, los socialistas, afirmamos que toda la tierra, sin excepción, debe ser propiedad del pueblo entero. De esto se desprende que al oponernos nosotros al traspaso inmediato de las tierras de los grandes propietarios de inmuebles a las manos de los campesinos de un lugar, no nos oponemos en absoluto a la toma de posesión de aquellas tierras ni a su reparto. Nosotros proponemos solamente que la tierra de un lugar determinado sea tomada por los campesinos de aquel lugar para sembrarla, según la decisión de la mayoría de sus delegados. Nosotros no pedimos de ningún modo que todas las tierras sean propiedad de los campesinos que las siembren. En todas nuestras deliberaciones decimos que la tierra debe—sin rescate—ser propiedad del pueblo entero, y que la distri-

(1) De un folleto de Lenin, escrito algunos meses antes del golpe de Estado bolchevista.

bución definitiva de las tierras debe hacerse únicamente por el Poder central del Estado, es decir, por la Asamblea Constituyente o por el Congreso panruso de los Soviets, donde se constituya un poder real de los campesinos y los obreros. Es, pues, superfluo discutir sobre esto. El desacuerdo empieza cuando se nos dice: "Si es así, todo traspaso de las tierras de los grandes propietarios de inmuebles a las manos de los campesinos, traspaso inmediato y sin rescate, se convierte en un acto arbitrario." Se nos dice también: "Si la masa de los campesinos de un lugar decide por mayoría tomar las tierras sin rescate, y sin tener en cuenta la voluntad de los propietarios terratenientes, la desproporción actual en el reparto de las tierras persistiría y hasta podría acentuarse."

Este argumento se basa en un error. Se nos dice: "La desproporción en el reparto de las tierras persistirá hasta que la Constituyente o el Poder central del Estado haya establecido una disposición nueva y definitiva." Este es un argumento erróneo e injusto.

Nosotros decimos solamente que es preciso crear lo más pronto posible un Poder central que, no sólo se apoye en la voluntad y en las decisiones de la mayoría de los campesinos, sino que sea la expresión directa de la opinión de esta mayoría. Acerca de este punto no hay discusión. Cuando se nos objeta a nosotros, bolcheviques, que somos unos anarquistas, nosotros protestamos con la mayor energía, y consideramos este reproche como una mentira y una difamación. Los anarquistas son aquellos que niegan la ne-

cesidad del Poder del Estado, mientras que nosotros decimos que este Poder es necesario, no sólo a la Rusia actual, sino a todo Estado. También un Estado que tienda al socialismo necesita incontestablemente un Poder sólido. Nosotros pedimos solamente que todo este Poder esté exclusivamente en manos de la mayoría de los diputados, de los obreros, de los soldados y de los campesinos. En esto, nos diferenciamos de los demás partidos. No negamos en modo alguno la necesidad de un Poder sólido: decimos solamente que todas las tierras de los grandes propietarios de inmuebles deben pasar sin indemnización a las manos de los campesinos del lugar respectivo, a condición de que no se deteriore la tierra. Y refutamos enérgicamente la objeción de los que definen esto como un acto arbitrario. La arbitrariedad existe, según nosotros, cuando los propietarios terratenientes conservan las tierras en su poder. Pero cuando la mayoría de los campesinos dice que las tierras de los grandes propietarios de inmuebles no deben seguir en las manos de los que las habían guardado durante siglos bajo su yugo, no comete un acto arbitrario, sino que exige una restitución de derecho. Ahora bien: la restitución del derecho no sufre tardanza ni dilación. Es incontestable que haciéndola ahora no podemos evitar la desproporción en el reparto de las tierras en las diversas regiones. Es incontestable que esta desproporción no puede ser evitada por nadie, mientras la Asamblea Constituyente no se reúna.

Se nos dice que si se recomienda a los campe-

sinos que tomen inmediatamente las tierras sin rescate, se provocarán el descontento, la irritación, los rumores, y quizás también la sublevación entre los soldados del frente, porque ellos podrán decir: "Si los de atrás toman las tierras mientras nosotros estamos en el frente, nos quedaremos sin tierra." Se dice, pues, que los soldados abandonarán el frente, lo que producirá el caos y la anarquía.

Nosotros contestamos que esta objeción no tiene relación alguna con la cuestión fundamental. Supongamos que se toman las tierras con indemnización o rescate, de acuerdo con los grandes propietarios de inmuebles o según la decisión de la mayoría de los campesinos; que los soldados permanecen en el frente mientras continúe la guerra, y que no pueden volver a su aldea. ¿Y por qué no han de tener razones los soldados del frente para temer que los grandes propietarios de inmuebles, bajo el pretexto de un acuerdo amistoso, les impongan condiciones desfavorables? ¿Por qué habrían de temer estos mismos soldados que decidiendo por mayoría, los campesinos se sublevasen contra los propietarios de inmuebles? ¿Por qué ha de tener fe el soldado del frente en los propietarios terratenientes y en los acuerdos amistosos con estos propietarios?... Al contrario, el soldado del frente tendrá mucha más confianza cuando se le diga que la tierra pasa al pueblo, que los campesinos la alquilan y pagan el alquiler, no al propietario de inmuebles, sino a su Comité, para las necesidades de utilidad pública, para las necesidades del mismo frente. Si esta decisión

se toma por mayoría, si el soldado del frente sabe que ya no son posibles acuerdos con los propietarios de inmuebles, y que éstos ya no son sino unos simples ciudadanos a quienes nadie quiere perjudicar, entonces tendrá confianza. La tierra pertenece a la nación entera, es decir, también al mismo ex propietario de inmuebles, pero no en virtud del privilegio de la herencia.

Repito que la propiedad de los propietarios terratenientes no debe existir más. Posesión no es propiedad. La posesión es una medida provisional. El campesino que recibe en alquiler un pedazo de tierra no se atreve a pretender que sea su tierra. Esta tierra no es suya, ni del propietario de inmuebles, sino de la nación.

LA TIERRA PARA EL PUEBLO

¿Qué se deberá hacer para servir los intereses de los trabajadores cuando la tierra sea propiedad de la nación entera y cuando la propiedad individual de la tierra esté suprimida?

Nosotros contestamos: Queremos defender los intereses de los obreros asalariados y de los campesinos más pobres. Esta es la tarea del partido comunista. Tan sólo después de la realización de esta tarea será "la tierra libre y el trabajo libre", como dicen los campesinos.

Pero ¿pasará en tal caso la tierra a los trabajadores? No. "El trabajo libre en la tierra libre" quiere

decir que todas las antiguas formas de la propiedad de inmuebles están abolidas, y que no hay más que una forma de propiedad de inmuebles; es decir, la tierra propiedad del Estado, de la que cada uno toma un pedazo en alquiler. Hay un poder general, el poder de todos los obreros y campesinos, y de este poder toma el campesino la tierra en calidad de inquilino. Entre el Estado y ese campesino no hay otros intermediarios, y todos toman la tierra según las mismas reglas. Pero ¿quiere decir esto que la tierra pasa a los trabajadores? No. La tierra no puede comerse. La tierra es para que la labren, y hay que tener para ello utensilios, ganado y dinero. Por consiguiente, en el régimen del trabajo libre sobre la tierra libre, existe la propiedad nacional sobre la tierra, y hay en él inquilinos libres del Estado. Pero esto no quiere decir que la tierra pase a los trabajadores: la tierra pasa sólo al que la labra.

En este caso, el que quiera labrar la tierra la toma; pero el deseo no basta: hay que saber labrarla. Y ni siquiera esto puede bastar... Todo obrero agrario sabe labrar la tierra, pero le faltan el ganado, los utensilios y el capital. Y sin ganado, sin utensilios y sin capital, un campesino pobre no puede servirse de la tierra. He aquí por qué tengo desconfianza en las dos normas bien conocidas: la norma basada en el trabajo y la norma de seguridad. Sé que, en cuanto a estas normas, existen, en los partidos populistas, explicaciones y disertaciones. Sé que estos partidos toman como punto de partida la necesidad de establecer estas dos medidas: 1) la norma del trabajo; esto es, el máximum

de tierra que una familia es capaz de labrar; 2) la necesaria para no morirse de hambre. Creo que esto es un proyecto burocrático, inútil e irrealizable, aun si vosotros lo aprobáis.

En esto consiste todo el problema. Este proyecto no puede mejorar en absoluto la situación de los obreros agrarios asalariados, ni la de los campesinos más pobres. Aun si aprobáis este proyecto, este inconveniente quedará por resolver mientras dure el capitalismo. Este proyecto no os permitirá encontrar un camino seguro que vaya del capitalismo al socialismo. Cuando se habla de estas medidas, de estas dos normas, se nos presentan las cosas como si no existieran en el mundo mas que la tierra y los campesinos. Si fuera así, el plan sería bueno. Pero la realidad es muy diferente, ya que existe también el poder del capital, el poder del dinero. Y sin dinero, aun en la tierra más libre, y con cualquier norma, no se puede llevar una hacienda rural. Mientras exista el dinero, habrá trabajo asalariado, habrá campesinos ricos, cuyo número pasa en Rusia de un millón, y que, por regla general, emplean a obreros asalariados. Y frente a éstos hay millones de campesinos que no pueden vivir sin vender su fuerza muscular, sin ir a buscar trabajo fuera de su aldea. Mientras subsista el poder del dinero, el poder del capital, ninguna norma es realizable, ya que todas desconocen este factor principal, que el ganado, los utensilios y los capitales están repartidos de una manera desigual. El sistema que se nos propone no tiene en cuen-

ta la existencia del trabajo popular, del trabajo que sufre por la explotación. Esto es un hecho capital de la vida rusa moderna. Es imposible no tenerlo en cuenta. Y si nosotros establecemos normas, la realidad se reirá de ellas. Y he aquí por qué no podemos establecer las dos normas en cuestión, si se quiere proteger los intereses de los campesinos más pobres durante esta transformación de Rusia. Cuando la propiedad privada esté abolida en la tierra, y cuando se haya dado un paso hacia un porvenir mejor, hacia el porvenir socialista; cuando la gran transformación, que vosotros campesinos, se realice en Rusia—ya que no hay fuerza capaz de impedirla—, entonces, para defender los intereses de los obreros agrícolas y de los campesinos más pobres, será necesario buscar otro camino.

Nosotros, los comunistas, conocemos dos caminos. El primero es la organización de los asalariados agrícolas y de los campesinos más pobres. Nosotros aconsejamos y queremos que en cada aldea, en cada distrito y en cada provincia, cada Comité de campesinos comprenda una fracción o un grupo especial de los asalariados y de los campesinos más pobres. Estos deben decirse: "¿Qué haremos nosotros mañana cuando la tierra sea propiedad de la nación entera, ya que esto llegará seguramente en cuanto el pueblo lo quiera? ¿Cómo debemos obrar nosotros, que no tenemos ganado ni utensilios? ¿De dónde los sacaremos para poder labrar la tierra? ¿Cómo hacer para que la tierra, una vez propiedad nacional, no caiga solamente en las manos de los que poseen lo que nos falta a nosotros?

Si la tierra cae únicamente en las manos de ellos, ¿qué habremos ganado nosotros? ¿Para esto hicimos la revolución? ¿Es esto lo que buscábamos?

Para salir de este capitalismo, para que la tierra, una vez propiedad nacional, pase realmente a manos de los que la labran, no hay más que un solo medio: el de la organización de los asalariados agrícolas que estén guiados por su experiencia, por sus observaciones y por su desconfianza en lo que les digan los explotadores del pueblo, aun cuando ostenten insignias rojas y pretendan pertenecer a la democracia revolucionaria. Sólo valdrán aquí su propia organización social y su propia experiencia. Y la tarea no será fácil. Nosotros no prometemos ríos de leche en playas de mermelada. No. Los grandes propietarios terratenientes quedarán suprimidos, porque el pueblo lo quiere, pero el capitalismo persistirá. Es mucho más difícil de abolir. Para llegar hasta ahí, es preciso escoger otro camino: el de la organización separada de los asalariados agrícolas y de los campesinos pobres. He aquí lo que nuestro partido pone en primer término. Sólo este camino permitirá el traspaso difícil, gradual, pero real, de la tierra a las manos de los trabajadores.

La segunda recomendación de nuestro partido es la siguiente: Es preciso organizr lo más pronto posible las grandes propiedades (hay unas 30.000 en Rusia) en haciendas modelos, en las que trabajarán en común obreros agrícolas expertos y agrónomos sabios, sirviéndose del ganado, de los utensilios, etc., de los grandes propietarios de inmuebles. Sin este cultivo hecho en

común por el Soviet de los asalariados agrícolas, no se conseguirá transferir la tierra a los trabajadores.

Ya sabemos que el cultivo en común es cosa difícil.

Ya sabemos que sería locura creer que fuese posible imponerlo a los campesinos desde arriba.

La costumbre secular del cultivo individual no puede desaparecer de un solo golpe. Para este cultivo en común se necesita también dinero y una adaptación a los fundamentos nuevos de la vida. Si estos Soviets y esta idea del cultivo en común con los utensilios y el ganado colectivo, utilizados de acuerdo con los agrónomos, si todo esto no ha de ser mas que un simple consejo dado por un partido, las cosas irán mal, porque la vida de un pueblo no se transforma por los consejos de un partido, y decenas de millones de hombres no se deciden a hacer así una revolución. Sería, en efecto, una revolución mucho más honda que la que destronó a Nicolás Romanov. Si nosotros aconsejamos una medida así, exhortando a aplicarla con prudencia; si decimos que esta medida es una necesidad, es solamente porque lo deducimos del programa de nuestro partido o de nuestra doctrina socialista. Nosotros decimos que ha llegado la hora en que la necesidad llama a la puerta de todo el pueblo ruso. Esta necesidad indica que no se puede obrar según los antiguos principios. Si nosotros consolidamos la pequeña propiedad rural, el régimen del trabajo libre en la tierra libre no nos permitirá evitar el peligro inminente, ya que la descomposición se acentúa por días y por horas. Todos hablan de ella. Este es un hecho que no se debe a la mala voluntad de los

duos, sino que viene del capitalismo. La guerra ha matado una gran cantidad de hombres. El universo está inundado de sangre. La guerra arrastra al universo a su pérdida. Esto no es una exageración. Nadie puede garantizar lo que va a pasar mañana. Y todos lo dicen así. Tomad las *Izviestia* de los Soviets, de los diputados obreros y soldados. Este periódico os dice que los capitalistas recurren al *lock-out*. Esto quiere decir que no hay trabajo, y que los capitalistas despiden en masa a sus obreros. He aquí a qué estado ha conducido la guerra criminal, no sólo en Rusia, sino en todos los países. He aquí por qué decimos nosotros que el cultivo del suelo en pequeñas haciendas particulares, aun en el régimen del trabajo libre en la tierra libre, no resuelve esta terrible crisis, este cataclismo universal.

No: la salvación no está ahí. Es preciso prestar un rendimiento en trabajo, es preciso economizar minuciosamente la más pequeña partícula de trabajo humano. Se necesita un Gobierno extraordinariamente fuerte y sólido, capaz de obtener este rendimiento obligatorio y general en trabajo. Los burócratas no lo conseguirán. Esta medida no puede ser adoptada mas que por los Soviets de los diputados obreros y soldados, ya que estos Soviets son el mismo pueblo, son las mismas masas populares. Esto no sería un Poder burocrático, porque los diputados del Soviet conocen toda la vida de los campesinos desde arriba hasta abajo, y son capaces de establecer el servicio obligatorio del trabajo, de establecer esta limitación del trabajo humano que garantizaría el trabajo del campesino contra la dilapida-

ción, y que permitiría pasar progresivamente y con prudencia al cultivo colectivo del suelo. Esto es una tarea difícil, sin embargo, necesaria para el cultivo colectivo en las grandes haciendas agrícolas; sin esto no se saldrá de la descomposición, de la situación verdaderamente desesperada en que se encuentran Rusia y los demás países. Sería un error enorme creer que una transformación tan grandiosa de la vida de una nación pueda hacerse de un golpe. No: una tarea así exige una labor enorme; exige de cada campesino y de cada obrero, decisión, energía, y un esfuerzo obstinado en su trabajo, en el trabajo que conoce, en el ramo en que trabaja desde hace años. Una obra así no puede hacerse por orden de cualquiera; y, sin embargo, es necesario hacerla. La guerra imperialista ha conducido a la Humanidad entera al borde del abismo; decenas de millones de existencias han perecido. Esta guerra espantosa destruirá todavía muchas más vidas si no tendemos todas nuestras fuerzas, si todas las organizaciones de los Soviets de los diputados obreros y campesinos, no dan los pasos decisivos en el camino del cultivo colectivo sin capitalismo, y sin grandes propietarios de inmuebles. Este es el único camino que conducirá al traspaso efectivo de la tierra a las manos de los trabajadores.

VII

LA TERCERA INTERNACIONAL (1)

HACIA UNA NUEVA EPOCA

Los imperialistas de los países de la *Entente* bloquean a Rusia, con la intención de aislar a la República de los Soviets del mundo capitalista como de un foco de contagio. Los que creen en el carácter democrático de sus instituciones están cegados a tal punto por su odio hacia la República de los Soviets, que no se dan cuenta de que se ponen en ridículo. Pensad solamente en que los países más cultos, más civilizados y más democráticos, armados hasta los dientes, y que dominan indiscutiblemente, desde el punto de vista militar, la tierra entera, temen como al fuego un contagio ideológico que procede de un país arruinado, hambriento, atrasado y hasta semisalvaje, según su afirmación.

Esta sola contradicción abre los ojos a las masas populares de todos los países y nos ayuda a desenmascarar la hipocresía de los imperialistas como Clemenceau, Lloyd George, Wilson y sus Gobiernos.

(1) Publicado en la "Pravda" en noviembre de 1919.

Pero no es sólo este odio ciego de los capitalistas ha-cia los Soviets lo que nos ayuda, sino también sus re-cíprocas querellas bajas, que les incitan a molestar-se unos a otros. Han celebrado entre ellos un pacto tá-cito, ya que temen más que nada la difusión de informa-ciones exactas sobre la República de los Soviets.

La fundación de la Tercera Internacional tuvo lugar en circunstancias tales que ninguna prohibición ni ninguna insidia mezquina e hipócrita de la Entente y de los lacayos del capitalismo, como Scheidemann en Alemania y Renner en Austria, podría impedir la di-fusión de las noticias concernientes a esta Internacio-nal entre la clase obrera del mundo entero.

Semejantes circunstancias están creadas por la re-volución proletaria que se desarrolla en todas partes, no de día en día, sino de hora en hora. Semejantes circunstancias están creadas por el movimiento de los Soviets entre las masas trabajadoras, movimiento que ha alcanzado ya una fuerza tal que se hace verdadera-mente internacional.

La Primera Internacional (1864-1872) echó los ci-mientos de la organización universal de los trabajado-res mediante la preparación de sus ataques revolucio-narios contra el capital.

La Segunda Internacional (1872-1914) fué la orga-nización de los proletarios de todos los países que se desarrollaron plenamente, lo que no dejó de causar un descenso momentáneo del nivel revolucionario, y el aumento momentáneo del oportunismo que debía ca-

ducir al fin a la quiebra vergonzosa de la Internacional.

La Tercera Internacional fué creada definitivamente en 1919 en Moscou, cuando el procedimiento de largos años de lucha contra el oportunismo y el "social-chauvinismo", sobre todo durante la guerra, hizo luz en una serie de países sobre la organización de los partidos comunistas. En la forma, le Tercera Internacional está fundada desde su primer Congreso de marzo de 1919 en Moscou. La nota característica de la Tercera Internacional, la misión que debe cumplir, es introducir en la vida los principios del marxismo, y realizar los ideales seculares del socialismo y del movimiento obrero; esta nota característica de la Tercera Internacional se ha puesto claramente de manifiesto por el hecho de que la nueva Tercera Asociación Internacional de los Trabajadores empieza a coincidir ya desde ahora, en cierto modo, con la unión de las Repúblicas Socialistas de los Soviets.

La Primera Internacional sentó las bases de la lucha proletaria internacional por el socialismo.

La Segunda Internacional señaló el periodo de preparación del terreno mediante una amplia difusión del movimiento en muchos países.

La Tercera Internacional ha recogido los frutos de los trabajos de la Segunda, ha eliminado de ella sus malos elementos burgueses, los elementos de la pequeña burguesía oportunista y "social-chauvinista" y ha empezado a realizar la dictadura del proletariado.

La unión internacional de los partidos que dirigen

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO ANTIGUO

el movimiento revolucionario en el mundo, el movimiento del proletariado hacia la abolición del yugo del capitalismo, tiene ahora una base de una solidez sin precedentes, esto es, varias Repúblicas de Soviets que, en una escala internacional, representan en la vida la dictadura del proletariado y su victoria sobre el capitalismo. El significado histórico y mundial de la Tercera Internacional Comunista consiste en el hecho de que ha dado vida a la más importante voz de mando de Marx, al principio que resume el balance del desarrollo secular del socialismo y del movimiento obrero, a la consigna que define la noción de dictadura del proletariado.

Esta anticipación genial de la teoría genial se convierte en realidad.

Esa palabra latina está traducida ahora a todos los idiomas populares de la Europa contemporánea, o mejor dicho, a todos los idiomas del mundo.

Empieza una nueva época de la historia contemporánea.

La Humanidad rechaza la última forma de la esclavitud, la del capitalismo y el sistema de salarios.

Libertándose de la esclavitud, la Humanidad pasa al fin a la verdadera libertad. ¿Cómo ha ocurrido que el primer país que ha llevado a la práctica la dictadura del proletariado y organizado la República de los Soviets, haya sido uno de los países más atrasados de Europa? No nos equivocamos al afirmar que precisamente la contradicción entre el estado de atraso de Rusia, y su "salto" hacia una forma sincera de la demo-

cracia por encima de la democracia burguesa, hacia la democracia de los Soviets o proletaria, fueron una de las causas (aparte de las maniobras oportunistas y de los prejuicios groseros de la mayor parte de los jefes socialistas) que hicieron particularmente difícil, y que retardaron en el Occidente la comprensión de la tarea de los Soviets.

Las masas obreras del mundo entero comprendieron instintivamente el significado de los Soviets, como medio de lucha del proletariado y como forma del Estado proletario. Pero los "jefes", corrompidos por el oportunismo, continuaron y continúan dirigiendo sus himnos de alabanza a la democracia burguesa, llamándola "democracia" sin adjetivo.

¿Es para asombrarse que la realización de la dictadura proletaria haya revelado ante todo la "contradicción" entre el estado de atraso de Rusia y su "salto por encima de la democracia burguesa"? Al contrario, hubiera sido sorprendente que la realización de una nueva forma de la democracia nos fuese dada sin llevar consigo una serie de contradicciones.

Si hacéis a cualquier marxista o a cualquier persona que esté al corriente de la ciencia moderna en general la siguiente pregunta: ¿Es posible un paso mesurado o armónico y proporcionado hacia la dictadura del proletariado? Os contestará sin duda a tal pregunta de un modo negativo. Ni la mesura, ni la armonía, ni las justas proporciones existieron jamás en el mundo capitalista y no hubieran podido existir. Cada país hacía destacar de un modo particular uno u otro

aspecto, tal o cual punto característico o agrupamiento característicos propios del capitalismo y el movimiento obrero. El procedimiento del desarrollo era desigual.

La Segunda Internacional está a punto de morir y se descompone antes de estar muerta... Sus más grandes jefes ideológicos, como Kautsky, enaltecen la democracia burguesa. Pero la democracia burguesa ha terminado su época, así como la Segunda Internacional, habiendo cumplido una labor histórica necesaria y útil, cuando en su orden del día se encontraba la preparación de las masas en el cuadro de esa democracia burguesa.

La república burguesa más democrática no fué ni pudo ser nunca sino una máquina para sujetar a los obreros por medio del capital, lo que equivale a la dictadura de la burguesía. La república democrática burguesa ha prometido el Poder a la mayoría, ha proclamado este principio, pero no ha podido realizarlo jamás, porque dura todavía la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción. La libertad, en la república democrática burguesa, ha sido, temporalmente, la libertad para los ricos. Los proletarios y los obreros de los campos podían y debían servirse de la democracia burguesa para preparar sus propias fuerzas con el fin de derribar al capital, y para la lucha victoriosa contra la democracia burguesa, pero de hecho las masas trabajadoras no podían, en general, sacar provecho de la democracia en el orden capitalista

La democracia de los Soviets, o proletaria, ha creado en el mundo la primera democracia de las masas trabajadoras, la de los obreros y de los campesinos pobres. Jamás ha existido en ninguna parte semejante poder gubernativo de la mayoría de la población, semejante poder, que fuese de hecho la mayoría, como el poder de los Soviets.

Este poder suprime la "libertad" de los explotadores y de sus agentes, les quita la "libertad" de explotar, la "libertad" de enriquecerse a costa del hambre ajena, la "libertad" de luchar para restablecer el dominio del capital, la "libertad" de aliarse con la burguesía extranjera contra los obreros y los campesinos de la patria.

Que los Kautsky defiendan esta "libertad". Para hacerlo es preciso ser un renegado del marxismo, un renegado del socialismo.

La quiebra de los jefes teóricos de la Segunda Internacional, como Hilferding y Kautsky, no se ha demostrado nunca tan claramente como por su incapacidad absoluta de comprender el significado de la democracia de los Soviets o proletaria, sus relaciones con la *Commune* de París, su puesto histórico, y su necesidad como forma de la dictadura proletaria. En el número 74 del diario *Freiheit*, órgano de los socialistas independientes, es decir, de la pequeña burguesía socialdemócrata alemana, se publicó el 11 de febrero de 1919 una llamada al proletariado revolucionario de Alemania.

Esa llamada está firmada por la dirección del partido

10

y de todos sus representantes en la Asamblea Nacion
en la Constituyente alemana.

La llamada acusa a Scheidemann de intentar destr
tar los Soviets, y propone—no os riáis—ponerlos de
acuerdo con la Constituyente, darles ciertos derechos
de gobierno, ciertos puestos en la Constitución. Re
conciliar, unir la dictadura de la burguesía con la dic
tadura del proletariado: ¡qué sencilla, qué genial es e
idea!

La hemos experimentado en Rusia bajo Kerensk
por la coalición de los mencheviques, los socialis
revolucionarios, aquellos democráticos pequeños bu
gueses que se titularon socialistas, y la padecimos ba
tante.

¿Quién no ha comprendido, leyendo a Marx, que e
la patria capitalista, en cualquier momento de tensió
en cualquier choque serio de las clases, no es po
ble sino la dictadura del proletariado o la de la burg
sía? El que no haya comprendido esto, no ha co
prendido nada de la enseñanza política y económica d
Marx.

LA RECONSTRUCCION DE LA IN
TERNACIONAL (1).

...Los socialistas patriotas de todos los países se
grandes internacionalistas. Desde el primer día de la
guerra europea no dejaron de mostrar su inquietud po

(1) De un discurso pronunciado en el mes de marzo
de 1919.

la suerte de la Internacional. Por una parte afirmaban que la Internacional no ha fracasado, como si no hubiera pasado nada de extraordinario. Según Kautsky, la Internacional es simplemente un arma para las épocas de paz y, por consiguiente, no pudo funcionar bien durante la guerra. Por otra parte, los socialistas patriotas inventaron un medio admirable de allanar todas las dificultades: es necesario, dijeron, esperar el fin de la guerra. Hasta entonces, los socialistas de todos los países debían defender *su* patria y apoyar *sus* Gobiernos; terminada la guerra, se proclamaría la amnistía general, reconociendo que *todos* tenían razón y que, si vivimos como hermanos en tiempos de paz, durante la guerra, los socialistas alemanes podían y debían matar a sus hermanos franceses, y viceversa.

En este punto están de acuerdo Víctor Adler, Kautsky, Plejanov, Heine y los demás oportunistas.

Víctor Adler escribía: "Cuando los días difíciles hayan pasado, nuestro primer deber consistirá en no ser demasiado severos los unos con los otros." Kautsky afirma que no ha pasado, en ninguna parte, nada que pueda inspirar inquietud por la suerte de la Internacional. En el mismo sentido se pronuncian Plejanov, en Rusia; Heine, en Alemania; Longuet, en Francia.

Así, en vez de ayudar a los obreros a comprender lo que ha pasado, se les engañará una vez más con una *unión* falsa, a la cual se dará el nombre de la Internacional.

Pero hay que decirlo claramente: el peligro de semejante reconstrucción de la Internacional es muy

grande, aunque, por desgracia, son muy pocos los que se dan cuenta de ello. La principal labor revolucionaria de la hora actual consiste en reunir todos los elementos socialistas enemigos de la guerra, para inaugurar una seria lucha contra los socialistas patriotas. Las asambleas que se han celebrado últimamente con el fin de reanudar las relaciones internacionales (la de Londres, la de Viena, la de Lugano, la de Copenhague), se han contentado con proclamar el programa del pacifismo.

Lo que importaba era luchar enérgicamente para poner fin lo más pronto posible a la guerra; pero tan sólo unido a un llamamiento a la revolución habría tomado un carácter verdaderamente proletario el anhelo de paz. Sin una serie de revoluciones, la paz democrática es una utopía. Los socialistas tienen el deber de decir claramente al proletariado internacional lo que ha pasado, de estigmatizar a los socialistas patriotas, de insistir en una reconstrucción de la Internacional marxista revolucionaria, sin los reformistas y contra ellos. Tan sólo una táctica semejante nos dará, tarde o temprano, el apoyo decisivo de las masas del proletariado.

La Conferencia socialista internacional, celebrada recientemente en Zimmerwald, significa, ciertamente, un paso adelante. El mero hecho de haberse reunido los socialistas de diferentes países, a pesar de la oposición de los socialistas patriotas, tiene ya, por sí misma, una enorme importancia. Pero hay más: la Conferencia ha declarado, con más o menos firmeza, que la defensa de la patria en la guerra europea era una mentira de la que se ha servido la burguesía. Desgraciadamente, esa

declaración no estaba acompañada de otra censurando a los socialistas patriotas que han apoyado esta innoble mentira.

La protesta de Zimmerwald contra la guerra ha tenido grandísima importancia para la propaganda revolucionaria y mucha influencia en las masas. Provocó en Alemania manifestaciones contra la guerra, así como en Italia. En Francia, la Conferencia tuvo por consecuencia inmediata la organización de los elementos revolucionarios enemigos de la guerra.

Pero esto no basta. Lo realizado en Zimmerwald no es más que el primer paso. Es indispensable ir más adelante. Es preciso decir al proletariado de todos los países cuáles son los medios de lucha eficaces contra la guerra; es necesario demostrarles claramente que el reformismo y oportunismo son los culpables del fracaso de la Internacional; es necesario también indicarles la verdadera táctica revolucionaria en la época imperialista; es necesario decir a todos los obreros que sin haber roto previamente con los socialistas patriotas, será imposible dar un paso adelante, y que una Internacional, reconstruída a base de una amnistía, de un perdón mutuo, significaría una nueva victoria de la burguesía sobre el proletariado.

La izquierda insistía, en Zimmerwald, en que se haga todo eso; pero su proposición fué rechazada por diez y nueve votos contra once. Este ala izquierda encuentra ahora un gran apoyo entre los elementos verdaderamente revolucionarios de Alemania, Holanda, Suiza, Austria y Francia. Por otra parte, los obreros

socialistas de todos los países no nos permitirán que darnos en el mismo sitio. Adelante, pues, en la lucha contra los socialistas-patriotas y contra el kautskismo de todos los países. Una verdadera Internacional revolucionaria no puede ser reconstruída por los Vandervelde, los Scheidemann, los Renaudel, los Plejanov, los Kautsky, los Longuet. A pesar de ellos y contra ellos, será reconstruída por el proletariado mismo.

Estamos convencidos de que, en las actuales circunstancias, el primer deber de todo revolucionario consiste en romper todas las relaciones con los oportunistas y patriotas.

La Tercera Internacional deberá, a nuestro juicio, estar fundada sobre bases estrictamente revolucionarias. Claro está que para eso es indispensable que en todos los países haya elementos dispuestos a formar partidos marxistas independientes. Alemania, donde el partido y las organizaciones obreras son más fuertes, tiene en este sentido una gran importancia, y ya veremos si las condiciones para la reconstrucción de una nueva Internacional marxista están maduras en ese país. El partido social-demócrata de Rusia formará, con gran júbilo, parte de esta Tercera Internacional emancipada de todo patriotismo y reformismo.

Si esta tentativa fracasa, esto nos probará que es necesaria una larga evolución antes de que sea posible formar la nueva Internacional, con la cual soñamos. Entonces, nuestro partido será, en el seno de la Segunda Internacional, un partido de oposición implaca-

ble hasta que llegue el momento para la formación de una Internacional obrera verdaderamente socialista.

LA INTERNACIONAL Y LOS SINDICATOS

El contacto de los *leaders* de partido, de la clase, de las masas, y al mismo tiempo, el de la dictadura del proletariado y de su partido con los Sindicatos, se presenta por ahora entre nosotros, concretamente, de la siguiente manera:

El partido comunista—que según los datos del último Congreso (abril 1920), consta de 611.000 miembros—lleva a cabo la dictadura del proletariado. El número de sus afiliados ha oscilado mucho antes de la revolución y después de ella, y precisamente en 1918 y 1919 fué menos importante. Tememos ensanchar las medidas de los cuadros del partido, pues sabemos que los arrivistas y caballeros de industria—que no merecen otra cosa que el patíbulo—intentarían deslizarse al poder en el partido. Ultimamente hemos abierto bastante las puertas del partido (aunque sólo a obreros y campesinos), mientras tanto que Yudenitch se encontraba a pocas verstas de Petrogrado y Denikin en Orel (a 350 kilómetros de Moscú); es decir, cuando la República sovietista estuvo en peligro de muerte y cuando los aventureros, los arrivistas, los caballeros de industria y, en general, los cobardes, no podían, debido a su adhesión, de ningún modo esquivar el bulto ventajosamente para ellos, sino atenerse a las consecuencias del Poder y a las persecuciones.

Un Comité Central de diez y nueve miembros, elegidos en el Congreso, gobierna el partido que reúne Congresos anuales (en el último, la representación fue de un delegado por cada mil miembros); pero para la gestión de los negocios corrientes se han hecho precisas en Moscú, recurrir a "Bureaux" más restringidos denominados "Bureau de organización" y "Bureau político", que se eligen en asambleas plenas del Comité Central, a razón de cinco miembros tomados en su seno para cada "bureau". Resulta, en consecuencia, una verdadera oligarquía. Y no hay "importante" cuestión política o de organización que sea trinchera para una sola organización de nuestra República, sin que el Comité Central del partido lo dirija.

El partido se apoya inmediatamente, para su acción en los Sindicatos seriamente neutros, que suponen a presente, según los datos del último Congreso (abril 1920), más de cuatro millones de miembros.

Todas las instituciones directoras de la enorme mayoría de los Sindicatos, y, en primer término, naturalmente, el centro del *bureau* sindical panruso (el Soviet Central panruso de los Sindicatos) se componen de comunistas, y llevan a cabo todas las directivas del partido.

En conjunto se obtiene un aparato proletario que no es oficialmente comunista, pero flexible y relativamente extenso, muy poderoso, mediante el cual el partido está relacionado íntimamente con la "clase" y con la "masa", y mediante el cual, bajo la dirección del partido, se realizó la "dictadura de clase".

Gobernar el país y realizar la dictadura sin el menor contacto con los Sinidcatos, sin su apoyo enérgico, sin su acción protectora, no sólo en la construcción "económica", sino también en la "militar", es cosa que no hubiéramos podido conseguir, evidentemente, ni en dos años y medio, ni en dos meses y medio. Se comprende que este contacto tan estrecho significa, prácticamente, una acción de propaganda, de agitación complejísima y de muy diversas, oportunas y frecuentes conferencias, no solamente con los directores, sino, en un sentido general, con los militantes influyentes de los Sindicatos, que significa una lucha resuelta con los mencheviques que, hasta el presente, han conservado un cierto número de partidarios—bien pequeño, en verdad—que intentaban en todas las encrucijadas posibles de la contrarrevolución defender a la democracia burguesa con peroraciones sobre la "independencia de los sindicados".

...Las disertaciones más importantes, las más sabias, las más revolucionarias de los comunistas de "izquierda" alemanes sobre este tema, a saber: que los comunistas no pueden ni deben militar en los Sindicatos reaccionarios, que está permitido el renunciar a esta acción, que hay que retirarse de los Sindicatos y organizar "Sindicatos obreros", no pueden sino parecer una puerilidad.

Los Sindicatos han marcado un enorme progreso de la clase obrera, en el comienzo del desarrollo capitalista, en tanto que pasó de los obreros divididos a los primeros grupos de unión de clase.

Cuando comenzaron a desarrollarse los Sindicatos manifestaron un cierto carácter reaccionario, una cierta estrechez corporativa, una cierta tendencia a una actitud apolítica. Pero el desarrollo del proletariado no se ha efectuado en ningún país ni puede efectuarse de otra manera que por los Sindicatos y por su acción concertada con el partido revolucionario. La conquista del Poder político es un formidable progreso del proletariado, considerado como clase; pero desde el momento que es un hecho consumado, el partido se encuentra tanto más obligado a consagrarse a la educación de los Sindicatos, a dirigirlos, sin olvidar al mismo tiempo que son y serán todavía bastante tiempo la indispensable "escuela del comunismo", la escuela preparatoria de los proletarios para la realización de su dictadura, la asociación indispensable de los obreros para el paso definitivo de toda la economía del país primero, en manos de la clase obrera y no de las profesiones aisladas, después, a las de todos los productores.

Un cierto "espíritu reaccionario" de los Sindicatos en el sentido indicado, es inevitable. No comprenderlo es hacer prueba de una total incomprensión de las condiciones fundamentales de la transición del socialismo al comunismo. Temer este "espíritu reaccionario", esforzarse por ignorarlo, es una necedad inmensa, pues significa encontrar demasiado pesado el papel de vanguardia del proletariado, que consiste en educar, iluminar, instruír, traer a una vida nueva las capas más re-

rardatarias de las masas obreras y campesinas. Por otro lado, dejar la realización de la dictadura del proletariado hasta el momento que ya no quedase un solo obrero de estrecho espíritu sindical, sería un error aún más grande. El arte de la política (y la comprensión, por el comunista, de sus deberes) consiste, precisamente, en valorar exactamente las condiciones y el momento en que la vanguardia del proletariado podrá apoderarse victoriosamente del Poder, en el que podrá, para este fin, recibir un apoyo suficiente de las capas profundas de la clase obrera y de las masas trabajadoras no proletarias.

Más aún. En los países más avanzados que Rusia, un espíritu reaccionario de los Sindicatos se ha hecho, y tenía que haberse hecho sentir, aún más violentamente que en Rusia. Aquí los mencheviques encontraban (y encuentran aún en un pequeño número de Sindicatos) un apoyo entre los sindicados, precisamente, gracias a esta estrechez corporativa, a este egoísmo sindicalista y al oportunismo.

En Occidente, los mencheviques se han "instalado" más sólidamente aún en los Sindicatos, y una "aristocracia obrera" sindicalista, mezquina, ávida, vanidosa, pequeño-burguesa, ha aparecido.

No cabe duda que la lucha con Gompers, con Jouhaux, Henderson, Merrheim, Legien y compañía en Europa occidental, es incomparablemente más difícil que la lucha con nuestros mencheviques.

Hace falta seguir esta lucha sin piedad y llevarla, como la hemos llevado nosotros, hasta cubrir de ver-

...de los Sindicatos todos los líderes y expulsar de los Sindicatos todos los líderes incorregibles del oportunismo y del socialpatriotismo. Es imposible conquistar el Poder político (ni siquiera se debe intentar), hasta que esta lucha no ha llegado a un "cierto" grado. En los diferentes países y en condiciones diversas este "cierto" grado no es idéntico, y sólo los directores políticos reflexivos, experimentados y competentes del proletariado pueden valorarlo en cada país tomado aisladamente. En Rusia nos fué dada la medida de este éxito, sobre todo por las elecciones a la Asamblea Constituyente en noviembre de 1917, algunos días después de la revolución proletaria del 25 de octubre de 1917. Después de estas elecciones, los mencheviques fueron literalmente aplastados, pues no obtuvieron sino setecientos mil votos contra nueve millones de votos obtenidos por los bolcheviques.

Nosotros luchamos contra "la aristocracia obrera" en nombre de la masa obrera y para ponerla de nuestra parte; combatimos a los líderes socialistas para conquistar a la clase obrera. Esta verdad evidente e incontestable no puede ser olvidada. Es precisamente la falta que cometen los comunistas alemanes de la "izquierda", que del carácter reaccionario de las pequeñas aristocracias sindicales concluyen en la necsidad de... salir de los Sindicatos, renunciando a trabajar dentro de ellos y quieren formar nuevas organizaciones obreras; falta imperdonable que equivale a un gran servicio prestado a la burguesía. Pues nuestros mencheviques, lo mismo que todos los líderes sindicales oportunistas, de la tendencia Kaustky, no son otra cosa sino agentes de la

burguesía en el seno del movimiento obrero (como no hemos cesado de demostrarlo en Rusia) o bien "los agentes obreros de la clase capitalista". Renunciar a la acción en el seno de los Sindicatos retrógrados es abandonar a las masas obreras atrasadas a la influencia de los líderes reaccionarios.

La absurda teoría de la no participación de los comunistas en el movimiento sindical de espíritu reaccionario, muestra precisamente con cuánta ligereza los comunistas de "izquierda" tratan la importante cuestión de la influencia sobre las masas y de qué modo entienden la palabra "masa".

Para venir en ayuda de la masa, para adquirir su simpatía y su apoyo, es preciso no temer las dificultades, los insultos, las persecuciones de los líderes (que ya oportunistas, ya patriotas, están frecuentemente en relaciones directas con la burguesía y la policía) y trabajar necesariamente "allí donde vaya la masa". Se necesita saber aceptar los sacrificios, pasar los peligros más grandes, dedicarse a una propaganda sistemática, terca, perseverante—aunque sea en el seno de organizaciones lo más reaccionarias—allí donde se encuentren masas proletarias o semiproletarias.

Los Sindicatos y las Cooperativas son organizaciones de este género. En Inglaterra el número de los miembros de las "trade-unions" se ha elevado desde 1917 a 1918, de 5.500.000 a 6.600.000, es decir, el 19 por 100; a fines de 1919, alcanzaba 7.500.000 miembros.

Estos hechos manifiestan claramente lo que mil otros síntomas confirman: el crecimiento del espíritu de or-

ganización, el aumento de la conciencia obrera en las capas más bajas del proletariado, en las más atrasadas. Millones de obreros en Inglaterra, Francia y Alemania pasan por "primera vez" de la inorganización a las formas elementales de la organización, a la de los Sindicatos; y los absurdos comunistas alemanes de la izquierda, al mismo tiempo que no cesan de hablar de las "masas", se niegan a militar en los Sindicatos, poniendo como pretexto su espíritu reaccionario e inventan la flamante "Unión Obrera".

No se puede concebir más grande sinrazón, mayor perjuicio causado a la revolución por el revolucionarismo de "izquierda". Cierto, que si en la misma Rusia, después de dos años y medio de victorias sin precedente sobre las burguesías rusa y aliada, pusiéramos como condiciones de admisión en los Sindicatos, el reconocimiento de la dictadura del proletariado, haríamos una tontería, disminuiríamos nuestra influencia sobre las masas, haríamos el juego a los mencheviques. Porque toda la labor de los comunistas es "convencer" a los demás trabajadores, saber trabajar "entre ellos" y no separarse por izquierdistas invenciones infantiles.

No se puede dudar que los Gompers, Henderson, Jouhaux, Leghien están muy reconocidos a estos revolucionarios de "izquierda", que, como los de la "oposición de principio" alemanes (el cielo nos preserve de semejantes principios) o como ciertos militantes americanos de la Asociación de los Trabajadores Industriales del Mundo (I. W. W.) predican la salida de los Sindicatos reaccionarios y se niegan a trabajar en ellos

No dudemos que los líderes del oportunismo recurrirán a todos los resortes de la diplomacia burguesa, al concurso de los Gobiernos burgueses, del clero, de la policía, de los Tribunales, para cerrar a los comunistas la entrada en los Sindicatos, para cazarles, para hacerles en ellos la situación insostenible. Es preciso saber resistir a todo esto, prestarse a todos los sacrificios, usar de todas las estratagemas, adoptar los procedimientos ilegales, callarse a veces, ocultar la verdad con el sólo fin de entrar en los Sindicatos, quedarse en ellos y cumplir, a pesar de todo, su labor comunista. Bajo el antiguo régimen zarista, hasta 1905, no tuvimos ninguna posibilidad de acción legal; pero cuando el policía Zubatov organizaba las reuniones y sus asociaciones obreras reaccionarias, nosotros enviábamos allí para combatir la reacción y seleccionar a los revolucionarios, miembros de nuestro partido (y recuerdo entre los que cumplieron misiones parecidas, al obrero peterburgués Babuchkin, fusilado en 1906), agentes de contacto con la masa que se dedicaban a hacer agitación y a sustraer la masa de la influencia de las gentes de Zubatov.

Agitar así, es naturalmente muy difícil en los países de la Europa Occidental, penetrados de prejuicios constitucionales, democrático-burgueses, legalistas. Pero es preciso conseguirlo y proceder sistemáticamente.

El Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional debe, según mi opinión, condenar y proponer al próximo Congreso de la Internacional Comunista que condene, tanto la no participación en el movimiento sindical en general (motivando esta decisión por la exposición de-

tallada del perjuicio causado a la revolución por una parecida actitud), como, en un caso particular, la actitud de los militantes holandeses de la *Tribuna* que—de manera directa o indirecta, de grado o por fuerza, abiertamente o no—sostienen esta política.

La Tercera Internacional debe renunciar a los procedimientos tácticos de la Segunda y no eludir las cuestiones difíciles, sino plantearlas, por el contrario, claramente.

Nosotros hemos dicho toda la verdad a los independientes (Partido Social demócrata Independiente alemán); nosotros se la decimos lo mismo a los comunistas de "izquierda".

VIII

LA REVOLUCION Y EL PROLETARIADO MUNDIAL

CARTA A LOS OBREROS NORTEAMERICANOS (1)

En estos momentos los proletarios revolucionarios de América están llamados a desempeñar un papel importantísimo como enemigos irreconciliables del imperialismo de su país, el más falaz, el más poderoso, el último que ha entrado en la matanza universal de los pueblos para participar de los beneficios del capitalismo.

Los multimillonarios americanos, esos esclavistas modernos, acaban de abrir una página particularmente trágica en la sangrienta historia del imperialismo, dando su consentimiento—directa o indirectamente, franca o hipócritamente, poco importa—a la campaña armada de las fieras anglojaponesas para el estrangulamiento de la primera República socialista del mundo.

(1) Escrita en el verano de 1918.

L E N I N

La historia de la América contemporánea comienza con una de las guerras transcendentales, verdaderamente libertadoras, verdaderamente revolucionarias, de las que se ofrecen escasos ejemplares, pues la casi totalidad de las guerras lo son de rapiña y provocadas, como la guerra actual, por querellas de los reyes, de los dueños de la tierra, de los capitalistas, suscitadas con motivo del reparto de tierras o de riquezas que se desea conquistar.

El pueblo americano se lanzó a la guerra contra los bandidos ingleses que oprimían América y la retenían en la esclavitud colonial, de igual forma que los vampiros "civilizados" oprimen y tienen hoy en la esclavitud colonial a centenares de millones de habitantes de la India, del Egipto, y de todas las partes del globo.

Han transcurrido ciento cincuenta años desde aquella fecha. La civilización burguesa ha producido magníficos frutos. Por el enorme desenvolvimiento de sus fuerzas productivas, por el trabajo de conjunto de sus hombres, por la aplicación de las máquinas y de todas las maravillas de la técnica contemporánea, América se ha colocado en primer término entre los países libres y civilizados. Ha pasado a ser, al propio tiempo, uno de los países en que aparece con mayor evidencia el abismo que separa el pequeño mundo de multimillonarios impúdicos que viven en medio de los mayores excesos de lujo y del vicio y el gran mundo de los millones de trabajadores que viven constantemente en la miseria.

El pueblo americano, que ha dado al mundo el ejem

plo de una guerra revolucionaria contra la servidumbre feudal, se encuentra sometido ahora a la esclavitud del salario que le impone ese mundo de multimillonarios; ahora pretenden que desempeñe el papel de los mercenarios que, para satisfacer a los ricos, atraparon en 1898 las Filipinas con pretexto de "libertarlas", y que en 1918 trataron de estrangular la República socialista de Rusia con pretexto de "defenderla" contra los alemanes.

Pero los cuatro años de carnicería imperialista han dejado profunda huella en el pueblo; el tejido de infames falsedades con que los dos grupos de bandidos—el de alemanes y el de ingleses—han pretendido ocultar la verdad, ha sido roto por hechos evidentes e irrebatibles.

Los cuatro años de guerra han enseñado que el capitalismo aplica en la guerra la misma ley que los bandidos para el reparto de su botín; el que era más rico y más fuerte se ha enriquecido más y ha cogido más que los otros; el que era más débil ha sido saqueado, torturado, estrangulado, aniquilado hasta el último extremo.

"La acción de la Historia no se desenvuelve en el paseo de la perspectiva Newsky", decía el gran revolucionario ruso Chernichewsky. El que no "admita" la revolución del proletariado mas que a condición de que camine fácil y regularmente, de que la acción común de los proletarios se ejerza en los diversos países simultáneamente, el que piensa que la lucha hay que emprenderla con una garantía previa contra la derro-

na, que la ruta de la revolución es directa y está limpia de obstáculos; el que no se haga cargo de que en la marcha hacia la victoria impone los más penosos sacrificios (el de quedar "sitiados como en una fortaleza bombardeada" o el de tener que tomar los senderos más estrechos y sinuosos de la montaña, los más peligrosos); el que no comprenda la lucha en esa forma no es un revolucionario, no se ha libertado del pedantismo de los intelectuales burgueses, y en la acción se le verá siempre caer en el campo de la burguesía contrarrevolucionaria, que es lo que ocurre con los socialistas que nos combaten.

Haciendo coro a la burguesía, esos "socialistas" nos acusan de ser los causantes del "caos" revolucionario, de la "destrucción" de la industria, de la escasez de trabajo y del hambre del pueblo. La hipocresía de estos acusadores se advierte en cuanto se considera que ellos fueron los que contribuyeron y sostuvieron la guerra imperialista y los que han apoyado a Kerensky, el hombre que intentó proseguirla. Esta guerra imperialista es precisamente la que ha producido los males que nos imputan. Una revolución engendrada por la guerra tiene forzosamente que vencer dificultades enormes y que ocasionar sufrimientos increíbles. Es la herencia que dejó la carnicería reaccionaria y ruinosa de cuatro años de lucha fratricida. Acusarnos de la "destrucción" de la industria o del "terror" es demostrar una inmensa hipocresía o un pedantismo obtuso, incapaz de comprender las condiciones primordiales

de la lucha de clases que determina la revolución social.

Los acusadores de este jaez que dicen reconocer la lucha de clases, al hacer lo que hacen evidencian que sólo la admiten en teoría, que en la práctica se incorporan a la utopia de la pequeña burguesía de la "coalición" y de la "colaboración" de clases. La lucha de clases en su momento revolucionario ha tomado siempre y en todas partes la forma de guerra civil, y esto trae aparejado las más horribles destrucciones, el terror más sangriento, restricciones importantes de las formas de la democracia impuestas por las exigencias de la guerra.

El pueblo americano, que posee una excelente tradición revolucionaria, de la que son continuadores los mejores representantes de los proletarios americanos, ha expresado en más de una ocasión su simpatía más completa hacia nosotros, los bolcheviques. Esta tradición arranca de la guerra de liberación contra los ingleses en el siglo XVIII, y se mantiene en la guerra civil del siglo XIX. En 1870, si nos atenemos al hecho de que ciertos ramos de la industria y de la producción han sido destruídos por la guerra civil, América se halla más atrasada que en 1850. Pero, ¡quién será el idiota, el pedante, que basándose en ello, pretenda negar la significación enorme, universalmente histórica, progresiva y revolucionaria de la guerra civil de los años 1863 a 1865 en América!

Los representantes de la burguesía reconocen que la abolición de la esclavitud, la destrucción del poder de

los esclavistas compensan sobradamente los largos años de guerra civil sufridos por aquel país, con su triste e inevitable cortejo de dolores y de ruinas. Y, sin embargo, siendo inconmensurablemente más importante el problema de la supresión de la esclavitud capitalista, el aniquilamiento del poder burgués, los representantes y defensores de la burguesía y los socialistas y reformistas, que, aterrorizados por los burgueses, reniegan de la revolución, no quieren comprender la necesidad y la legitimidad de la guerra civil.

Los obreros americanos no se unirán a la burguesía. Al contrario, se pondrán a nuestro lado en la guerra civil que realizamos contra ella.

A mí no me ha sorprendido que Wilson, el jefe de los multimillonarios americanos, el servidor de los miserables capitalistas, haya hecho prender a Debbs. La burguesía se ensaña con los verdaderos internacionalistas, con los verdaderos representantes del proletariado revolucionario. A medida que sea mayor su ferocidad y encarnizamiento en perseguirnos, más se acercará el día del triunfo de la revolución proletaria.

Se nos hace responsables de las destrucciones producidas por nuestra revolución... ¿Quiénes son los acusadores? Los parásitos de la burguesía; ¡de esta misma burguesía que durante cuatro años de guerra imperialista, después de haber destruido así toda la cultura europea, ha retrotraído a Europa a un estado de barbarie, de salvajismo, de hambre! Esta burguesía exige de nosotros que no hagamos la revolución por

que origina destrucciones. ¡Oh, qué justa y qué humana es la burguesía!

Sus servidores nos acusan de terroristas... Los burgueses ingleses han olvidado sus jornadas de 1649; los franceses, las de 1793. El terror era justo cuando la burguesía lo aplicaba, en su provecho, contra los feudales. El terror es monstruoso y criminal cuando ha empezado a aplicarse para acabar con la burguesía de los explotadores y en interés de la inmensa mayoría del pueblo, del proletariado y del semiproletariado, de las clases obreras y de los campesinos pobres.

La burguesía del imperialismo internacional ha matado diez millones de hombres y ha mutilado veinte en "su" guerra, para decidir si la dominación universal habrá de ser de los vampiros ingleses o de los alemanes.

Si nuestra guerra, la guerra de los oprimidos y explotados contra los opresores y explotadores, cuesta medio millón o un millón de víctimas en todos los países, la burguesía dirá, con su peculiar cinismo, que las primeras víctimas—las de su guerra—son legítimas y las de la otra guerra son criminales.

El proletariado dice otra cosa.

El proletariado se ha dado cuenta—gracias, en parte, a los horrores de la guerra capitalista—, de manera clara y precisa, de la gran verdad que enseñan todas las revoluciones, verdad que ha sido legada a los obreros por las doctrinas de sus mejores maestros, los fundadores del socialismo moderno. Esta verdad es que no es posible que una revolución llegue a su término di-

chosamente sin reprimir la resistencia de los explotadores. El deber de los obreros y campesinos rusos cuando nos adueñamos del Poder, era reprimir la resistencia de los explotadores. Nos vanagloriamos de haberlo cumplido y de estar dispuestos a seguir cumpliéndolo. Nos arrepentimos de no haber hecho la represión con mayor firmeza y resolución.

Sabemos que la feroz oposición de la burguesía a la revolución socialista es inevitable en todos los países y que crecerá a medida que la revolución se desenvuelva. El proletariado romperá esta resistencia definitivamente e impondrá su victoria a los burgueses recalcitrantes.

La Prensa venal de la burguesía puede pintar en todos los tonos las faltas de nuestra revolución. No tenemos miedo a nuestras faltas. Los hombres no nos hemos convertido en santos porque la revolución haya comenzado. Las clases laboriosas, secularmente oprimidas, perseguidas, violentamente aprisionadas por todos los tentáculos de la miseria, de la ignorancia y de la barbarie, no pueden evitar ciertos errores en la revolución.

Por cada centenar de faltas que nosotros cometemos y que provocan en el mundo entero las protestas de la burguesía y de sus lacayos, se registran diez mil acciones grandes y heroicas, tanto más grandes y heroicas por cuanto son sencillas, invisibles, ocultas en la vida cotidiana del barrio de la ciudad industrial o en la aldea perdida, y realizadas por gentes que no tienen

hábito (ni la posibilidad) de proclamar su heroísmo y su abnegación a los cuatro vientos.

Y del mismo modo si—aunque esta suposición es inexacta, ya lo sé—por cada centenar de buenas acciones cometiésemos diez mil faltas, nuestra revolución no tendría menos grandiosidad ante la Historia; porque esta es la primera vez que no es una minoría, que no son los más ricos y sus agentes los que actúan, sino que es la masa verdadera, la mayoría de los trabajadores, la que por sí misma construye su nueva vida, y que resuelve, asistida por las enseñanzas de la experiencia, las más difíciles cuestiones de organización socialista.

Las viejas constituciones democráticas burguesas se vanaglorian de ser ejemplo de igualdad en la concesión de derechos. Nuestra constitución sovietista, proletaria y campesina rechaza la hipocresía de esa igualdad. Cuando los republicanos burgueses derrocaron los tronos no otorgaron la igualdad de derechos a los monárquicos. Cuando estamos aniquilando la burguesía, sólo los traidores y los idiotas pueden reclamar que se conceda a los burgueses igualdad de derechos.

Estamos seguros de que por muchos que sean los males que tengan a bien echar sobre nuestra República de los Soviets, ésta seguirá siendo invencible. Será invencible porque cada golpe que la aseste el imperialismo furioso, cada derrota que le inflija la burguesía internacional atraerá hacia la República sovietista nuevas masas de obreros y campesinos, que, cada día más sagaces e instruidos, más aguerridos en esta difícil lu-

cha, la defenderán con mayor entusiasmo y eficacia.

Sabemos sobradamente, camaradas obreros de América, que quizás vuestro concurso no venga en plazo breve, porque el desenvolvimiento de la revolución en los diversos países difiera (como no puede por menos de ocurrir) en la forma y en la rapidez. Sabemos también que la revolución de los proletarios de Europa no surgirá inmediatamente, a pesar de que las circunstancias son de día en día más propicias para su triunfo. Nosotros procedemos partiendo de la base de que la revolución internacional es inevitable, lo cual no quiere decir en modo alguno que la revolución ha de producirse en un plazo corto y *determinado*.

Hemos visto grandes revoluciones en nuestro país en 1905 y en 1917, y sabemos que las revoluciones no se decretan. Sabemos que las circunstancias han hecho que nosotros—los socialistas rusos—seamos los primeros en romper la marcha; que ello no ha sucedido por virtud de nuestros méritos, sino por el estado de atraso en que Rusia se encontraba, y sabemos, por último, que es posible, antes de que la revolución internacional se produzca, el fracaso de una serie de revoluciones aisladas.

No obstante, tenemos la firme convicción de que no podemos ser vencidos, porque la Humanidad no se dejará arrollar por la matanza imperialista. La Humanidad triunfará sobre el imperialismo. Es nuestro país el primero que se ha arrancado las cadenas imperialistas. Hemos hecho enormes sacrificios en la lucha, pero hemos vencido. Estamos fuera de la opresión imperia-

lista, y hemos levantado ante el mundo entero el estandarte de lucha para el completo aniquilamiento del imperialismo.

Nos encontramos en una ciudadela sitiada y en ella permaneceremos hasta que otras tropas de la revolución socialista internacional vengan en nuestro socorro. Esas tropas no llegaron aún, pero existen; son más numerosas que las nuestras, aumentan y se consolidan a medida que se prolongan los horrores del imperialismo. Los obreros rompen con los socialistas traidores de sus respectivos países: los Gompers, los Renner. Los obreros van con lentitud, pero con firmeza, hacia la táctica comunista y bolchevista, hacia la revolución proletaria, que es la única que puede salvar la civilización amenazada y la Humanidad en peligro.

En resumen, nosotros somos invencibles, como lo es la revolución universal del proletariado.

CARTA A LOS OBREROS INGLESES (1)

No me ha sorprendido saber que el punto de vista de algunos miembros de vuestra delegación no coincide con el de la clase trabajadora, y sí con el punto de vista de la burguesía, de la clase explotadora. Esto

(1) Entregada por Lenin a la delegación obrera británica al volver aquélla, en el mes de junio último, de Rusia. (Nota del traductor.)

es porque la guerra imperialista ha puesto de nuevo a la luz el apotegma de siempre, es decir, la deserción de la mayoría de los líderes parlamentarios de los trabajadores, así como también los líderes trade-unionistas, al campo de la burguesía. Bajo el engañoso pretexto de la "defensa nacional", pero no defendiendo actualmente mas que los intereses de uno de los grupos mundiales de bandidos—grupo francés-anglo-americano o grupo alemán—, ellos se aliaron con la burguesía contra la lucha revolucionaria del proletariado; ellos cubrieron su traición con faramalla sentimental, frases pacifistas y reformistas referentes a la evolución pacífica, las medidas constitucionales, la democracia, etc. Este caso ocurrió en todos los países. No es sorprendente que, existiendo esta misma tendencia en Inglaterra, haya encontrado su expresión en la composición de vuestra delegación.

Shaw y Guest, miembros de vuestra delegación, se sorprendieron y ofendieron por mi exposición de que Inglaterra, a pesar de nuestras proposiciones de paz, a pesar de la declaración de su Gobierno, continúa su intervención y prosigue la guerra contra nosotros, ayudando a Wrangel en Crimea y a los guardias blancos en Polonia. Me pidieron si tenía pruebas y si podía decir cuántos trenes de municiones ha enviado Inglaterra a Polonia.

Yo repliqué que para conocer los acuerdos secretos del Gobierno británico era necesario derribarle por medios revolucionarios y apoderarse de todos los docu-

mentos de su política extranjera, igual que nosotros hicimos en 1917.

Toda persona culta, francamente interesada en la política, sabía antes de la revolución que el zar tenía Tratados secretos con los Gobiernos de los bandidos de Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Italia y Japón para el reparto del botín de Galitzia, Armenia, Siria, Mesopotamia, etc. Sólo los embusteros e hipócritas (excepto, naturalmente, las personas completamente ignorantes o incultas) podían negar esto o pretender no saberlo. Pero sin la revolución no hubiéramos nunca sido capaces de lograr los documentos secretos de los Gobiernos de bandidos de la clase capitalista. Estos líderes o representantes del proletariado británico —sean parlamentarios, trade-unionistas, periodistas, etcétera—, que dicen ignorar la existencia de Tratados secretos de Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Italia, Japón y Polonia, para el pillaje de los otros países, para el reparto del botín, y que no llevan a cabo una lucha revolucionaria para la publicación de los Tratados secretos, demuestran irremediablemente que son los más fieles servidores de los capitalistas.

Hace largo tiempo que sabemos esto y lo decimos aquí a todos los trabajadores del mundo. La visita a Rusia de una delegación de trabajadores británicos pondrá en claro más rápidamente el papel de tales líderes.

Mi interviú, arriba mencionada, con los miembros de vuestra delegación tuvo lugar el 26 de mayo. Al siguiente día recibíamos radios diciendo que Bonar Law

había reconocido en el Parlamento británico que en octubre había sido prestada ayuda militar a Polonia "para la defensa contra Rusia" (¡¡naturalmente sólo "para la defensa y sólo en octubre!! Continúa habiendo en Inglaterra líderes influyentes del Labour Party que ayudan a los capitalistas a engañar a los trabajadores. Mientras la revista *New Statesman*, uno de los más moderados entre los moderados de todos los periódicos de la clase media, escribía que nuevos tanques, más poderosos que los empleados durante la guerra, habían sido transportados de Inglaterra a Polonia. ¿Es posible con esto no reírse de esos líderes de los trabajadores británicos que os preguntan con un aire de ofendida inocencia qué pruebas hay de que Inglaterra hace la guerra a Rusia y ayuda a Polonia y a los guardias blancos en Crimea?

Algunos miembros de la delegación me han preguntado qué creía yo que era de mayor importancia: la creación en Inglaterra de un partido comunista revolucionario permanente o la ayuda inmediata de las clases trabajadoras de Inglaterra a la causa de la paz con Rusia.

He replicado que la respuesta a esa pregunta dependía de las convicciones de los que dan esa respuesta.

Los verdaderos partidarios de la liberación de los trabajadores del yugo del capital, no pueden realmente oponerse a la fundación de un partido comunista único capaz de educar a las masas trabajadoras, no a la manera burguesa y mercantilista, porque esta edi-

cación no sirve actualmente mas que para ridiculizar y envilecer a los líderes que son capaces de dudar que Polonia es ayudada por Inglaterra.

No hay que esperar a que haya demasiados comunistas en Inglaterra, ni detenerse en el hecho de que no existe un partido comunista siquiera. Los que bajo la burguesía persisten en la esclavitud intelectual y continúan participando de los prejuicios de la clase media relativos a la "democracia" (¡¡democracia burguesa!!), pacifismo, etc., en el caso que llegaran a llamarse a sí mismos comunistas y a adherirse a la Tercera Internacional, no harían otra cosa que perjudicar más al proletariado.

Tales hombres no son capaces de nada, como no sea de adoptar "resoluciones suaves" contra la intervención, resoluciones generalmente formuladas en frases dignas de un tendero. Hasta cierto punto esas resoluciones son útiles en el sentido de que los "viejos líderes" (los partidarios de la democracia burguesa, de los métodos pacíficos, etc.) se harán ridículos ellos mismos a los ojos de las masas, se desenmascararán tanto más pronto cuanto que votarán resoluciones vacías de todo compromiso político y sin ninguna consecuencia revolucionaria.

A cada uno lo suyo. Que los comunistas trabajen directamente, por medio de su Partido Comunista, en aclarar la conciencia revolucionaria de los trabajadores. Que los que han prestado su apoyo a la "defensa de la patria" durante la guerra imperialista para el reparto del mundo, los que han prestado su apoyo a

la "defensa" de los tratados secretos de los capitalistas ingleses con el zar para el saqueo de Turquía, los que "ignoran" la ayuda prestada por la Gran Bretaña a Polonia y a las guardias blancas de Rusia, aumentan con una marca grotesca el número de sus "resoluciones pacíficas", sólo lograrán compartir más pronto la suerte de los Kerenski, de los mencheviques y de los socialistas-revolucionarios de Rusia.

Algunos miembros de vuestra delegación me han hecho preguntas de sorpresa sobre el terror rojo, la falta de libertad de la Prensa, de la libertad de reunión, la persecución de los mencheviques, de los trabajadores mencheviques, etc. He respondido que los verdaderos culpables del terror son los imperialistas de Inglaterra y sus aliados, que mantienen el terror blanco en Finlandia, Hungría, India e Irlanda, que han prestado su apoyo a Yudenitch, Koltchack, Denikin, Pilsudsky y Wrangel. Nuestro terror rojo es una defensa de la clase trabajadora contra los explotadores, con las cuales marchan los socialistas-revolucionarios, los mencheviques y un número insignificante de trabajadores mencheviques. La libertad de la Prensa y de reunión en una democracia burguesa equivale a la libertad de los que "piensan bien", para conspirar contra el pueblo trabajador, y sólo significa la libertad de corrupción y de compra de periódicos por los capitalistas. He expresado esto tantas veces en la Prensa que no es para mí muy divertido tener que "repetirme".

No obstante, dos días después de mi intervención con

vuestros delegados, los periódicos publicaron un despacho que decía, que además de la detención de Monatte y de Loriot en Francia, había sido detenida en Inglaterra Sylvia Pankhurst. Esta es la mejor respuesta del Gobierno británico a la pregunta que los "líderes" no comunistas de los trabajadores británicos y prisioneros de los prejuicios burgueses tienen miedo hasta de hacerse.

¿Contra qué clase es dirigido el terror?

¿Es contra los oprimidos y los explotados, o contra los opresores y los explotadores? ¿Se trata de conceder la libertad al capitalista para saquear, engañar y embrutecer al pueblo trabajador, o debe el pueblo trabajador libertarse del yugo de los capitalistas, de los especuladores y de los detentadores de la propiedad?

La camarada Sylvia Pankhurst es la representante de los intereses de cientos de miles de seres oprimidos por los capitalistas ingleses y extranjeros, y por esta razón es víctima del terror blanco y privada de libertad (1). Los líderes de los trabajadores que mantienen una política no comunista son, en un 99 por 100, los representantes de la "burguesía", de sus mentiras y de sus prejuicios.

En resumen, os agradezco una vez más, camaradas, que nos hayáis enviado vuestra delegación. El hecho es que va a enseñar a conocer a la República de los Soviets, a pesar de la hostilidad de varios de sus miem-

(1) Lenín se basa en una noticia falsa: Sylvia Pankhurst no fué detenida (N. del T.)

brá hacia el sistema soviético y la dictadura del proletariado, a pesar del hecho de que esta delegación sale, en extraordinaria escala, prisionera de los prejuicios burgueses, tendrá por resultado inevitable acelerar la bancarrota del capitalismo en el mundo entero.

CARTA A LOS ESPARTAQUISTAS ALEMANES (1)

Las noticias que llegan del extranjero hasta nosotros son muy escasas. El bloque de las bestias rapaces del imperialismo está en todo su apogeo: las potencias más fuertes del mundo tratan de combatirnos para restaurar el imperio del capitalismo explotador. Naturalmente, el furor bestial de los capitalistas rusos y de los del mundo entero se enmascara con la fraseología democrática.

Pero a pesar de la escasez de noticias del extranjero que llegan aquí, nosotros en Rusia seguimos con alegría los éxitos prodigiosos de los comunistas en todos los países del mundo, y la separación de la masa de los jefes traidores, que desde Scheidemann hasta Kautsky se han pasado a las filas de la burguesía. Los Scheidemann, los Kautsky y los Federico Adler—sea cual fuere la diferencia entre estos señores desde el punto de vista de la honradez personal—se han mostrado como unos pequeños burgueses, traidores al socialismo y aliados de la burguesía. Todos ellos firmaron el manifiesto de Basilea de 1912 ante la inminencia de la

(1) Escrita en Diciembre de 1919.

guerra imperialista, todos ellos hablaban de la "revolución proletaria", y todos ellos se presentan hoy a nosotros como pequeños burgueses demócratas, alabarderos de la república burguesa, y como ilusionistas de la democracia y ayudantes de la burguesía.

Las terribles persecuciones que soportan hoy los comunistas alemanes los han hecho más resistentes. Si por el momento están en cierto modo divididos (1), esto demuestra el carácter de su movimiento y el incremento que el comunismo está tomando entre las masas.

Y es también evidente que un movimiento que crece tan impetuosamente y que está perseguido con tanta saña, ha de desenvolverse entre ásperas diferencias de opinión. En esto no hay nada de peligroso. Se trata de una enfermedad de crecimiento. Las diferencias de opinión son inevitables.

Las diversidades de opinión entre los comunistas son de diferentes órdenes. El que no vea esta diferencia es porque no quiere verla. Son diferencias entre los representantes de un mismo movimiento que está creciendo de una manera increíble; son diferencias acerca del modo de ser de la dictadura del proletariado y del poder de los Consejos. Sobre semejante base, la diversidad de opiniones no es un peligro. Es la crisis del crecimien-

(1) En Alemania existen ahora dos partidos Comunistas (uno se titula "Partido Comunista *Obrero*"), que están en lucha continua. El antiguo "Partido Comunista" está en desacuerdo con la táctica bolchevista y, naturalmente, se ha excluído de la Tercera Internacional. (N. del T.)

to, mas no la debilidad de la vejez. También el bolchevismo ruso ha conocido estas diversidades de opinión y a causa de ellas tuvieron lugar pequeñas escisiones. Pero en el momento crítico, en el momento de la conquista del Poder y de la creación del poder de los Consejos, el bolchevismo se mostró poderosamente unido. Los mejores elementos de las fracciones vecinas se aliaron con él; con él se alió toda la vanguardia del proletariado y la mayoría de los trabajadores. Así sucederá también con el comunismo alemán.

En resumidas cuentas, los comunistas atraviesan por las mismas dificultades que tuvieron que vencer los bolcheviques. Las diferencias de miras entre los comunistas alemanes, por lo que yo puedo juzgar, se refieren a la cuestión de "utilizar las posibilidades legales", como decían los bolcheviques en los años 1910-1913, o lo que es lo mismo, a la utilización del Parlamento burgués, de los sindicatos reaccionarios, de los Consejos de fábricas preparados por Scheidemann y por Kautsky.

Unos aconsejan la participación en estos organismos, mientras que otros quieren declararles el "boycot". Nosotros, los bolcheviques rusos, hemos pasado por las mismas discusiones en 1906, 1912 y 1913, y vemos claramente que a los jóvenes comunistas alemanes les falta la práctica revolucionaria. Si ellos hubiesen participado en las dos revoluciones burguesas de 1905 y de 1917, no preconizarían tan categóricamente el "boycot" y no caerían de vez en cuando en los errores sindicalistas. Pero esto es una enfermedad de crecimiento, y se

curará al crecer el movimiento, que progresa magníficamente. Y hay que cuidar de no aguzar las disensiones contra los errores momentáneos, porque todos deben comprender con claridad que, en un porvenir cercano, la lucha por la dictadura del proletariado y por el poder de los Consejos hará desaparecer la mayor parte de estas disensiones de opinión.

Desde el punto de vista de la teoría marxista, como también desde el de las experiencias de las tres revolucions de 1905, febrero de 1917 y octubre de 1917, yo considero como un error renunciar a la participación en el Parlamento burgués, en los sindicatos revolucionarios, en los sindicatos de Legien, de Gompers, etc., en los reaccionarios creados por Scheidemann, y en sus Consejos de fábricas. Alguna vez, en casos aislados, o en algún país, el "boycot" puede resultar útil; por ejemplo, fué útil que en 1905 los bolcheviques declarasen el "boycot" a la Duma zarista; pero los mismos bolcheviques participaron luego en la Duma de 1907, que fué, sin embargo, muy reaccionaria y contrarrevolucionaria. Los bolcheviques participaron en las elecciones para la Constituyente en 1917; pero en 1918 la disolvieron en contra de los pequeños burgueses a lo Kautsky y otros renegados semejantes del socialismo. Nosotros participábamos en los sindicatos reaccionarios que estaban en manos de los mencheviques y que no eran muy diferentes de los sindicatos reaccionarios de los Legien. También ahora, dos años después de nuestra subida al Poder, nuestra lucha contra el resto de los

sindicatos mencheviques—esto es, de los sindicatos a la Scheidemann, Gompers, etc.—no está todavía terminada; tan largo es este proceso, y tan fuerte es en algunos sitios la influencia de las ideas "pequeño-burguesas".

Nosotros estábamos en minoría en los Sindicatos, en los Consejos y en las Cooperativas. Con una labor intensa, a través de luchas muy ásperas—sea antes, sea después de la conquista del Poder—, hemos conquistado la mayoría en todas las organizaciones obreras. Más tarde, hemos conquistado también aquellas organizaciones que no son solamente obreras, y finalmente, también las organizaciones pequeño-burguesas. Sólo los tontos pueden creer que el proletariado deba conquistar la mayoría por medio de las votaciones en todas las instituciones antes de poder tomar el Poder. Esto es el colmo de la mezquindad y de la hipocresía. Es la tentativa de substituír, bajo el antiguo régimen y bajo los antiguos Gobiernos, por el sistema electoral, la lucha de clases y la revolución. Cuando es preciso, el proletariado empieza sus huelgas, y obra con vistas a su propia revolución, sin esperar el consentimiento legal para la votación de la mayoría de la población (de la que forma parte también la burguesía y que se mueve a menudo bajo su presión); pero el proletariado sabe también que para el éxito de su revolución, y para la derrota de la burguesía, le es necesaria la simpatía de la mayoría obrera, es decir, del pueblo.

El cretinismo parlamentario y los modernos Luis

Blanc exigen la votación, y quieren que en la votación participe también la burguesía, como partícipe de esta simpatía. Pero éstas no son sino exigencias de pedantes, de cadáveres políticos, o de embusteros, emisarios del enemigo.

La verdadera vida, la historia de la revolución real, enseñan que las "simpatías de la mayoría del pueblo" pueden demostrarse efectivamente a menudo sin votaciones (sin aquellas votaciones hechas a base de la igualdad entre opresores y oprimidos). A menudo, las simpatías de la mayoría de los trabajadores se revelan, no por medio de las votaciones, sino con el crecimiento del partido, con el aumento de sus miembros en los Consejos, con el éxito de una huelga, que por razones particulares puede haber tenido una significación grandiosa, con el éxito de una lucha civil, etc.

La Tercera Internacional ha obtenido en pocos meses una serie de magníficas victorias. La rapidez de su incremento es maravillosa. Sus errores y sus enfermedades no son peligrosos. A través de la crítica directa y franca conseguiremos pronto aplastar en todos los países—por medio de la masa obrera consciente—a todos los traidores del socialismo, ya que los hay en todos los países.

La victoria del Comunismo es inevitable. La victoria será nuestra.

IX

PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA RUSO

(APROBADO, A PROPUESTA DE LENIN, EN EL VIII CONGRESO DEL PARTIDO, EN MARZO DE [illegible].)

La revolución de 25 de octubre de 1917 realizó en Rusia la dictadura del proletariado que, con el apoyo de los campesinos pobres y del semiproletariado, ha comenzado a establecer las bases de la sociedad comunista.

El curso de la revolución en Alemania y en Austria-Hungría; el desarrollo del movimiento revolucionario obrero en todos los pueblos avanzados; la propagación del sistema de los Soviets en ese movimiento, como aquel a que debe tender inmediatamente la realización de la dictadura proletaria—todo esto prueba que ha comenzado la era de la revolución mundial, proletaria y comunista.

Esta revolución es el resultado inevitable del desarrollo del capitalismo, que reina aún en la mayoría

de los países civilizados. La esencia del capitalismo y de la sociedad capitalista fué caracterizada justamente—con excepción de la denominación errónea del partido en partido social-demócrata—por nuestro antiguo programa en los siguientes términos:

"La particularidad principal de esa sociedad es la producción sobre la base de las condiciones capitalistas de producción, bajo las cuales la parte mayor y más importante de los medios de producción y circulación de los productos pertenece a una clase de personas numéricamente pequeña, reducida, mientras que la enorme mayoría de la población está compuesta de proletarios y semiproletarios, que se ven obligados, a causa de su situación económica, a *vender*, constante o periódicamente, sus fuerzas de trabajo o, dicho de otro modo, a ser asalariados de los capitalistas, creando así con su trabajo, las rentas de las altas clases de la sociedad.

"La esfera de la dominación de los capitalistas se ensancha, se extiende más y más, a medida que el mejoramiento constante de la técnica, aumentando la importancia económica de las grandes empresas, provoca la desaparición de los pequeños productores independientes, convirtiendo en proletarios a una parte de ellos y disminuyendo la función, el papel de la otra en la vida económica y social; además, los coloca bajo la dependencia, más o menos completa, más o menos evidente y dura, del capital.

"El mismo progreso técnico da a los capitalistas la posibilidad siempre mayor de utilizar el trabajo de la

mujeres y los niños en el mecanismo de la producción y circulación de productos. Y como quiera que ese progreso provoca, por otra parte, la disminución relativa de la necesidad que los capitalistas tienen del trabajo orgánico de los obreros, la demanda de brazos queda necesariamente por bajo de la oferta, resultando de ahí el aumento de la sumisión del salariado al capital y la elevación del grado de su explotación.

"Una situación tal en el interior de los Estados burgueses y la competencia de éstos en el mercado mundial, cada día más aguda, dificultan sin cesar la salida de los géneros que se producen en cantidades siempre más grandes. La superproducción que se hacía sentir en las crisis industriales más o menos graves, seguidas de períodos más o menos largos de *estancamiento* industrial, es el resultado inevitable del desarrollo de las fuerzas productoras en la sociedad burguesa. Las crisis y los períodos de estancamiento industrial, a su vez, arruinan más aún a los pequeños productores, aumentan más todavía la sumisión del salariado al capital y provocan más rápidamente aún la agravación relativa y a veces absoluta de la situación de la clase obrera.

"De ese modo, el mejoramiento, el desarrollo de la técnica, que significa el aumento de la productividad del trabajo y la de la riqueza social, es en la sociedad capitalista la causa del aumento de la desigualdad social, del acrecentamiento de la distancia entre los que poseen y los que no; de la agravación de la inseguridad de existencia de los *sin trabajo* y de privaciones

múltiples, que alcanzan a las masas obreras, siempre más numerosas.

"Pero a medida que se desarrollan todas esas contradicciones propias de la sociedad burguesa, se acrecienta también la cólera de las masas obreras y explotadas contra el régimen actual, aumenta el número de proletarios, así como las posibilidades de organizarse y, en fin, se intensifica su lucha contra los explotadores. Al mismo tiempo, los progresos de la técnica, concentrando los medios de producción y circulación de los productos y localizando el proceso del trabajo en las empresas capitalistas, acelera la posibilidad material de la revolución socialista, que es el objetivo final de toda la actividad del socialismo internacional, intérprete consciente del movimiento de la clase proletaria.

"Al reemplazar la propiedad privada para los medios de producción y de circulación de los productos por la propiedad colectiva y al introducir la organización metódica del mecanismo de la producción socialista para asegurar integralmente el bienestar de todos los miembros de la sociedad, la revolución social del proletariado suprimirá la división de la sociedad en clases, libertando así a toda la Humanidad oprimida. En efecto: esa liberación es el fin de todas las formas de explotación de una parte de la sociedad por otra.

"La condición necesaria de esa revolución social es la dictadura del proletariado; es decir, la conquista por éste del Poder político, lo que le permitirá suprimir toda la resistencia de los explotadores. Al imponerse

la tarea de hacer al proletariado capaz de realizar su gran misión histórica, el socialismo internacional organiza al proletariado en partido político independiente, opuesto a todos los partidos burgueses; guía todas las manifestaciones de su lucha de clase, le explica la contradicción inconciliable entre los intereses de los explotadores y los de los explotados y lo ilustra acerca de la importancia histórica y las condiciones necesarias de la próxima revolución social. Al mismo tiempo, hace ver a las otras masas obreras y explotadas que su situación en la sociedad capitalista no tiene esperanza y que la revolución social es necesaria para su propia liberación del yugo capitalista. El partido de la clase obrera, la socialdemocracia, invita a alistarse en sus filas a todos los miembros de la población laboriosa y explotada, siempre que acepten el punto de vista del proletariado."

El proceso de concentración y centralización del capital ha suprimido la libre competencia, llegando, a principios del siglo XX, a la formación de sindicatos, de *cartels* y de trusts que adquirieron una importancia decisiva en toda la vida económica; a la fusión del capital de los Bancos con el capital industrial, considerablemente concentrado, y a un éxodo mayor del capital al extranjero. Los *trusts* que englobaban grupos enteros de potencias capitalistas comenzaron el reparto *económico* del mundo, cuando su reparto territorial se había consumado entre los países más ricos. Esta época del capital financiero, que avivaba necesariamente la

lucha entre los Estados capitalistas, es la época del imperialismo.

Y las guerras imperialistas estallaron necesariamente. Guerras para obtener mercados; guerras por la conquista de regiones favorables para la inversión o empleo de capitales; por las materias primas y las fuerzas de trabajo; en una palabra, guerras por el dominio o la hegemonía mundial y para sojuzgar a los pueblos pequeños y débiles. La gran guerra de 1914-1918 fué una guerra de ese género.

El desarrollo extraordinariamente grande del capitalismo mundial, la supresión de la libre competencia por el capitalismo de Estado monopolizado; el engranaje preparado por los Bancos y las Sociedades capitalistas para la regularización colectiva de la producción y el reparto de productos; el continuo aumento del coste de la vida en relación con el auge de los monopolios capitalistas; la presión ejercida por los Sindicatos capitalistas sobre la clase obrera; la explotación de esta misma clase por el Estado capitalista; el inmenso acrecentamiento de la lucha económica y política del proletariado; el terror, la miseria y la ruina como resultados de la guerra imperialista—todo eso ha hecho inevitable la caída del capitalismo y el tránsito a un tipo, a un orden más elevado de la vida económica.

La guerra imperialista no podía terminar con una paz justa, y menos aún con la conclusión de una paz más o menos duradera entre los Gobiernos capitalistas. En el grado de evolución alcanzado por el capitalismo

esa guerra debía transformarse necesariamente, como vemos hoy, en una guerra civil de las masas trabajadoras y explotadas contra la burguesía y bajo la dirección del proletariado.

El asalto creciente del proletariado y, sobre todo, su victoria en algunos países, aumentan la resistencia de los explotadores. Al mismo tiempo provocan la creación de nuevas formas de Asociaciones capitalistas internacionales (Liga de Naciones, etc.) que, abarcando el mundo entero, deben organizar sistemáticamente la explotación de todos los pueblos de la tierra, pero que, ante todo, están destinadas a la lucha directa contra el movimiento revolucionario del proletariado de todos los países.

Todo eso origina necesariamente en el interior de cada país la simultaneidad de la guerra civil con la guerra revolucionaria de los países proletarios que se defienden, y de los pueblos oprimidos en lucha contra el yugo de las potencias imperialistas.

En tales condiciones, las palabras de orden o los lemas hueros, como "pacifismo", "desarme internacional" en el régimen capitalista, "Tribunal de arbitraje", etc., no son únicamente utopías reaccionarias, sino una traición directa de los trabajadores, que tiende a desarmar al proletariado y a apartarle de su tarea, que es la de desarmar a los explotadores.

* * *

Sólo la revolución proletaria comunista puede sacar a la Humanidad del trance a que la han llevado el imperialismo y la guerra imperialista. Por grandes que puedan ser las dificultades de la revolución, sus fracasos momentáneos o las intentonas contrarrevolucionarias, la victoria final del proletariado es inevitable.

Esa victoria de la revolución proletaria mundial reclama la confianza más completa, la más estrecha fraternidad y la más grande unidad posible de la actividad revolucionaria de la clase obrera en los países avanzados.

Tales condiciones no pueden llenarse sin una ruptura completa y decisiva y una lucha despiadada contra esa caricatura burguesa del socialismo que ha llegado a ser dominante en las esferas superiores de los partidos socialdemócratas y *socialistas oficiales*. Semejante deformación se halla, por una parte, en el oportunismo y el social-*chauvinismo*, socialismo palabrero, *chauvinismo* de hecho; consiste en disfrazar la defensa de los intereses crapulosos, concupiscentes, de la burguesía de la nación con el pretexto, con el *espantajo* de la defensa nacional en general, y especialmente durante la guerra imperialista de 1914-1918. Esa tendencia fué creada por el hecho de que los Estados capitalistas avanzados, por medio del saqueo de los pueblos coloniales y débiles, dieron a la burguesía la posibilidad de crear, gracias al exceso de provecho obtenido por dicho saqueo, una situación privilegiada a las capas superiores del proletariado; de corromperlas, asegurándoles en tiempos de paz una existencia llevadera de

"pequeños burgueses" y de tomar a su servicio a los jefes de esa clase. Los oportunistas y los social-*chauvinistas* han llegado a ser, a la vez que lacayos de la burguesía, la clase más directamente enemiga del proletariado, especialmente ahora, cuando han pretendido, aliados con los capitalistas, aplastar con las armas en la mano el movimiento revolucionario del proletariado, tanto en su propio país como en los países extraños.

Por otra parte, una deformación burguesa del socialismo es el "centro"—en Alemania los "independientes"—, que puede observarse de la misma manera en todas las naciones capitalistas y que oscila, fluctúa, entre los social-*chauvinistas* y los comunistas, sosteniendo la unidad con los primeros y haciendo por renovar la bancarrota de la Segunda Internacional. El guía de la lucha de emancipación del proletariado es únicamente la Tercera Internacional Comunista, nuevamente fundada y de la que el partido comunista ruso es un miembro. Esta Internacional fué formada de hecho por el nacimiento de los partidos comunistas que agrupan a los elementos verdaderamente proletarios de los antiguos partidos socialistas, en una serie de países, especialmente en Alemania. Fundóse oficialmente en marzo de 1919, en el primer Congreso de Moscou. Esa Internacional Comunista, que va atrayéndose más y más prosélitos en las masas proletarias de todos los países, no torna sólo al marxismo por su nombre, sino también por todo el contenido de sus ideas políticas. Por su actividad toda realiza la ense-

BIBLIOTECA NACIONAL

fianza revolucionaria de Marx, depurada de sus deformaciones burguesas-oportunistas.

El partido comunista de Rusia, habiendo aplicado y desarrollado los objetivos de la dictadura proletaria rusa, cuya característica general es la inmensa preponderancia numérica de la población "semi-burguesa" establece su obra, sus realizaciones, de la manera siguiente:

EN LA ESFERA POLITICA GENERAL

1.° La República burguesa, incluso en su forma más democrática, con el principio de la voluntad popular general por encima de todas las clases, debía seguir siendo necesariamente, en realidad, la dictadura de la burguesía, o sea una máquina para explotar y oprimir a la gran mayoría de los trabajadores por un puñado de capitalistas, ya que subsistía la propiedad privada de la tierra y de los otros medios de producción. En oposición a eso, la democracia proletaria o soviética hace precisamente de las clases oprimidas por la burguesía, de los proletarios, de los campesinos pobres y de los semiproletarios, es decir, de la inmensa mayoría de la población, la base fija y única del organismo del Estado central y local, de abajo arriba. A eso se debe que el Poder de los Soviets haya realizado, entre otras cosas y en proporciones sin igual, mayores que con no importa qué otro sistema de Gobierno, la administración autónoma local y provincial sin ningún funcionario nombrado desde arriba.

2.° Al contrario de lo que hace la democracia burguesa, que vela el carácter de clase de su Estado, el Poder de los Soviets reconoce abiertamente que todo Estado debe necesariamente tener un carácter de clase durante todo el tiempo que la sociedad permanezca dividida en clases y que, por consiguiente, el poder del Estado no ha desaparecido por completo. Por su esencia particular, el fin del Estado de los Soviets es aniquilar la resistencia de los explotadores, y como quiera que la constitución de los Soviets parte del principio de que toda libertad humana es ilusoria desde el instante en que se opone a la emancipación del trabajo del yugo del capital, no vacila en privar a los explotadores de los derechos políticos. La labor del partido del proletariado consiste en destruir la resistencia de los explotadores y en luchar por la idea contra los prejuicios, tan arraigados, sobre el carácter absoluto de las libertades y derechos burgueses. Otro deber suyo es el de hacer comprender que la supresión de los derechos políticos y cualesquiera limitaciones de libertad necesarias sólo como medio de luchas transitorias contra los intentos de los explotadores de defender o restablecer sus privilegios. En la misma medida que desaparece la posibilidad objetiva de explotar a un hombre por otro, desaparece también la necesidad de tales medidas momentáneas, y el partido tenderá a su limitación y desaparición completa.

3.° La democracia burguesa se contenta con atribuir formalmente a todos los ciudadanos iguales derechos y libertades políticas, como la libertad de reunión

y de Prensa, el derecho de coalición, etc. Pero, en realidad, la práctica administrativa y la sujeción económica impiden a los trabajadores ejercitar esos derechos y libertades en gran medida dentro de la democracia burguesa.

En cambio, la democracia proletaria reemplaza la proclamación formal de los derechos y las libertades por su garantía real, ante todo para las clases de la población que estaban oprimidas por el capitalismo, es decir, por el proletariado y los agricultores pobres. Con tal fin, el Poder de los Soviets expropia a la burguesía sus salas de reunión, sus imprentas, sus reservas de papel, poniéndolas por completo a disposición de los trabajadores y de sus organizaciones. La tarea del partido comunista ruso consiste en invitar a masas cada vez más grandes de la población obrera al uso de sus derechos y libertades democráticas y a desarrollar las posibilidades materiales de hacerlo.

4.° La democracia burguesa ha proclamado durante siglos la igualdad de todos los hombres independientemente del sexo, de la raza, de la religión y de la nacionalidad. Pero de hecho el capitalismo no ha permitido realizar esa igualdad en ninguna parte y en su estadio imperialista dió origen a una violenta agravación de la opresión de las nacionalidades y de las razas. Sólo por ser el Poder de los Soviets el poder de los trabajadores ha podido, por primera vez en el mundo, realizar completamente y en todos los órdenes esa igualdad, hasta la desaparición absoluta de los últimos vestigios de desigualdad entre el hombre y la

mujer en orden al matrimonio y al derecho familiar.

La tarea del partido consiste actualmente en una esforzada labor espiritual y educativa para borrar por completo todas las huellas de la antigua desigualdad o de los prejuicios, sobre todo en las capas sociales atrasadas del proletariado y de los campesinos.

El partido no se limita a dar una igualdad formal a la mujer, sino que busca la manera de descargarla de los fardos materiales de la vieja economía familiar, substituyéndola con comunidades domésticas, *restaurants* públicos, lavaderos centrales, establecimientos para niños de pecho, etc.

5.º La constitución de los Soviets, al asegurar a las masas obreras en una medida excepcionalmente grande la posibilidad de elegir y revocar a los diputados, de una manera más sencilla y más accesible a los obreros y a los campesinos de cómo puede hacerse con la democracia burguesa y el parlamentarismo, suprime al mismo tiempo los lados negativos de éste, sobre todo la separación de los poderes legislativo y ejecutivo, el *alejamiento* de las masas por parte del Cuerpo legislativo, etc.

La constitución sovietista aproxima también el organismo de Estado a las masas, a causa de que la unidad electoral y la célula fundamental de aquél no es un distrito territorial, sino una unidad de producción (fábrica o taller).

La obra del partido, prosiguiendo el trabajo en esa dirección, es llegar a una aproximación mayor de los órganos gubernamentales y las masas obreras en

orden a una realización siempre más estrecha y completa del democratismo práctico por las masas, sobre todo al establecer la responsabilidad y la explicación obligatoria del mandato por parte del personal administrativa.

6.° *En tanto que* la democracia burguesa, a pesar de sus protestas, hacía del ejército un instrumento de las clases pudientes, lo separaba de las masas obreras y hasta lo dirigía contra ellas; en tanto que esa democracia arrebataba, o hacía difícil a los soldados el ejercicio de sus derechos políticos, el Estado sovietista situó en sus órganos, los Soviets, a obreros y soldados en el plano de una completa igualdad y de identidad de sus intereses. El deber del partido es sostener y desarrollar esa unión de los obreros y soldados y estrechar el vínculo indestructible que existe entre el poder armado y las organizaciones del proletariado y semiproletarias.

7.° El proletariado industrial de las ciudades es el que ha representado el papel preponderante en toda la revolución, como la parte de las masas trabajadoras más concentrada, más decidida, más consciente y templada en la lucha. A la misma altura ha estado cuando la instauración de los Soviets y durante todo el curso de su evolución en órganos de Gobierno. Esto se refleja en nuestra constitución sovietista, que contiene, para el proletariado industrial, ciertos privilegios de que no gozan las masas de *pequeños burgueses* muy diseminadas por los campos.

El partido comunista ruso, que ha declarado que

tales privilegios, ligados históricamente a las dificultades de la organización socialista en el campo, son temporales, debe esforzarse para utilizar incesante y sistemáticamente esa situación del proletariado industrial, como contrapeso a los intereses sindicales exclusivamente corporativos, que el capitalismo cultivó entre los obreros, a fin de unir lo más estrechamente posible las masas atrasadas y muy dispersas del proletariado y del semi-proletariado agrario y la "*campesinería media*" a los obreros avanzados.

8.° Unicamente merced a la organización sovietista del Estado, fué capaz la revolución proletaria de destruír de un golpe la vieja maquinucha de Estado burgués, el engranaje de funcionarios y jueces, deshaciéndolo por completo. El insuficiente nivel de cultura de las grandes masas, la falta de la práctica administrativa necesaria por parte de los representantes colocados por las masas en los puestos de confianza; la necesidad de atraer, rápidamente, en las circunstancias difíciles, a los hombres competentes del antiguo régimen; el alistamiento para el servicio de guerra de los elementos más avanzados de los obreros de las ciudades, todo eso originó un renacimiento parcial del burocratismo en lo interno del sistema sovietista.

El partido comunista ruso lucha enérgicamente contra el burocratismo y reclama las medidas siguientes para vencer definitivamente ese mal:

a) Educación obligatoria de cada miembro del Soviet para dirigir un trabajo definido en la administración del Estado;

b) Turno consiguiente en esos trabajos para extenderlos de modo insensible a todas las ramas de la administración;

c) Educación progresiva de toda la población obrera, sin excepción, en el trabajo de la administración del Estado.

La realización completa y general de estas medidas, que representan un paso más en la vía seguida por la *Comuna de París*, y la simplificación de las funciones administrativas en armonía con el aumento del nivel de cultura de los trabajadores, conducen a la supresión del Poder del Estado.

CUESTIONES NACIONALES

9.ª En orden a las cuestiones nacionales, guían al partido comunista ruso los principios siguientes:

a) Forma su base la política de aproximación de los proletarios y semiproletarios de las distintas nacionalidades, atendiendo a la lucha revolucionaria común, para vencer a los grandes terratenientes y a la burguesía;

b) Para acabar con la desconfianza de los trabajadores de los países oprimidos hacia los proletarios de los Estados opresores, es menester suprimir todo privilegio de cualquier grupo nacional, establecer una perfecta igualdad de las naciones y reconocer el derecho de las colonias y de las naciones oprimidas a la autonomía;

c) El partido demanda, a tal fin, una unión federativa de los Estados organizados con arreglo al sistema sovietista como forma transitoria hacia la completa unidad.

d) Para saber quien debe considerarse como representante de la voluntad popular, en el caso de una separación, el partido comunista ruso adopta el punto de vista histórico de clase y considera cuál es el grado evolutivo de la nación en causa, desde la Edad Media a la democracia burguesa, o en el camino de la democracia burguesa a la sovietista o proletaria.

En todos los casos, el proletariado de las naciones que fueron opresivas, debe considerar, con una prudencia y atención especiales, los vestigios de los sentimientos nacionales de las masas trabajadoras de las naciones oprimidas. Sólo una política así hará posible la creación de las condiciones necesarias para una fusión realmente duradera y voluntaria de los diversos elementos nacionales del proletariado internacional, como la experiencia lo ha demostrado, con la unión de una serie de Repúblicas sovietistas nacionales dentro de las fronteras de la Rusia de los Soviets.

CUESTIONES MILITARES

10.—En materia militar la obra del partido se inspirará en los principios siguientes:

a) En el período de destrucción del imperialismo y de guerra civil creciente, el mantenimiento del an-

tiguo ejército o la formación de uno nuevo sobre las bases generales nacionales y *soi-disant* extraño a las clases sociales, no son posibles. El ejército rojo debe tener forzosamente, como instrumento de la dictadura proletaria, un carácter de clase bien definido. Queremos decir con esto, que debe reclutarse exclusivamente en el proletariado y entre los elementos semiproletarios más próximos a los campesinos. Sólo con la destrucción de las clases se transformará semejante ejército, formado por una de ellas, en una milicia popular socialista;

b) La educación militar general de todos los proletarios y semiproletarios es necesaria, así como la introducción de las materias de enseñanza correspondientes a la escuela;

c) El trabajo de preparación y de educación militar del ejército rojo se hace sobre la base de la solidaridad de clase y de la educación socialista; para esto se necesitan comisarios políticos que procedan de las filas de comunistas fieles y abnegados, cerca de las autoridades militares, y la formación de grupos comunistas en cada unidad militar, con el fin de crear vínculos espirituales internos y una disciplina voluntaria;

d) En contra de lo que ocurría en el antiguo ejército, la educación de cuartel debe ser lo más corta posible. Hay que aproximar los cuarteles al tipo de la Escuela militar y politicomilitar, creando relaciones tan estrechas como sea posible entre las formaciones

militares y las fábricas, las empresas, los Sindicatos y las organizaciones de agricultores pobres;

e) El nuevo ejército revolucionario no puede poseer la cohesión orgánica y la estabilidad necesarias, sino mediante un mando reclutado entre los obreros y campesinos conscientes (en los primeros tiempos, por lo menos en las funciones inferiores). Es, pues, una de las tareas más importantes en la creación del ejército, el educar para el mando a los soldados más enérgicos y más leales a la causa socialista;

f) Es preciso también utilizar y aplicar en lo posible las experiencias, las enseñanzas técnicas y estratégicas de la última guerra. La organización del ejército y su dirección estratégica deben, con tal fin, atraerse en forma amplia las competencias militares que han pasado por la escuela del antiguo ejército. La condición esencial de esta colaboración es asimismo concentrar la dirección política del ejército y del *control* general del mando en manos de la clase obrera;

g) La cuestión de la elección del mando, que tenía una importancia capital en el ejército burgués, donde el mando era escogido y educado para ser un instrumento de opresión de clase sobre los soldados y, mediante éstos, sobre las masas obreras, ha perdido totalmente su importancia en el ejército rojo de obreros y campesinos. Una combinación eventual de elección y de nombramiento depende, exclusivamente, en el ejército revolucionario, de consideraciones prácticas, del nivel alcanzado por las formaciones, del grado de de-

cisión de las tropas, del número de cuadros existentes, etc.

ORGANIZACION JUDICIAL

11. La democracia proletaria, que ha recogido todo el Poder, aboliendo totalmente los órganos judiciales de la dominación capitalista—los Tribunales del antiguo régimen—, opone a la práctica de la democracia burguesa—"elección de los jueces por el pueblo"—, la consigna de clase—"elección de los jueces por los trabajadores y entre los trabajadores"—, y la realiza en toda la organización judicial, en la que los dos sexos son iguales en derecho, tanto para la elección de jueces como para el cumplimiento de las funciones judiciales.

Para educar a las grandes masas del proletariado y de los agricultores pobres en el ejercicio de las funciones judiciales, turnarán en las sesiones judiciales jueces asistentes con carácter provisional, debiendo prepararse las listas por las organizaciones obreras, Sindicatos, etc.

Al crear un Tribunal único para reemplazar los innumerables Tribunales antiguos de diversos géneros y distintas instancias, el Poder de los Soviets ha simplificado la organización judicial, la ha hecho accesible al pueblo y ha suprimido toda lentitud en el procedimiento.

Después de la supresión de las leyes de los antiguos Gobiernos, el Poder de los Soviets ha confiado a los jueces elegidos por ellos la tarea de realizar la volun-

tad del proletariado, mediante la aplicación de sus decretos y de guiarse por la conciencia jurídica socialista, allí donde estos últimos faltan o son incompletos.

En la esfera del Derecho penal, los Tribunales han realizado ya una transformación radical de las penas, estableciendo en una medida amplia la pena condicional, introduciendo como una regla penal la reprimenda pública y reemplazando la supresión de la libertad con un trabajo obligatorio con el goce de ésta; asimismo se han creado en las prisiones Institutos de educación, y se dan todas las posibilidades prácticas para la creación de "Tribunales de Camaradas".

Prosiguiendo la evolución del sistema judicial en esa vía, el partido comunista ruso debe procurar la preparación de toda la población obrera, sin excepción, para el ejercicio de las funciones judiciales y substituir definitivamente el sistema penal con medidas de carácter educativo.

EDUCACION POPULAR

12. En orden a la educación popular, el partido comunista ruso asume la tarea de terminar la obra comenzada desde la revolución de octubre, para hacer de la Escuela un instrumento de dominación sobre la clase burguesa, un instrumento para la destrucción completa de la división de la sociedad en clases, para la transformación comunista de esa sociedad.

Durante el período de dictadura proletaria, es decir, mientras se preparan las condiciones que permitirán

una realización completa del comunismo, la Escuela no debe ser únicamente un guía en los principios del comunismo en general, sino también un órgano de influencia espiritual, orgánica y educativa del proletariado sobre las capas sociales semiproletarias o no proletarias, para educar una generación capaz de realizar integralmente el comunismo. La tarea inmediata en este respecto es actualmente el desarrollo de las bases siguientes señaladas ya por el Gobierno de los Soviets en orden a la enseñanza y a la Escuela:

a) Creación de la Escuela gratuita, obligatoria, general y politécnica (que pone a los alumnos, teórica y prácticamente, al tanto de todas las formas o ramas de la producción), para los niños de ambos sexos, hasta los diez y siete años.

b) Creación de un conjunto de Institutos para la edad preescolar: establecimientos diurnos para niños pequeños, jardines de la infancia, asistencia de niños en casas *ad hoc*, etc., con el fin de mejorar la educación social y dar más libertad a la mujer.

c) Realización completa de los principios de la Escuela del trabajo unificado, con lecciones comunes en la lengua materna para los niños de ambos sexos, Escuela libre de todo influjo religioso, que pone en relación estrecha las lecciones con el trabajo productivo de la sociedad y forma los miembros más aptos para la sociedad comunista.

d) Manutención, vestidos y material escolar para los niños por cuenta del Estado.

e) Formación de un nuevo Cuerpo docente penetrado de las ideas comunistas.

f) Educación de los obreros para participar activamente en la enseñanza (formación de los Consejos de educación popular, movilización de los que saben leer y escribir, etc.).

g) Ayuda del Estado, en toda ocasión, para el desarrollo autodidáctico de los obreros y campesinos (creación de Institutos de educación complementaria; Bibliotecas, Escuelas de adultos, Casas del pueblo y Escuelas superiores; cursos, conferencias, cinematógrafos, talleres, etc.).

h) Desarrollo general de la educación profesional, en relación con los conocimientos generales y politécnicos, para los mayores de diez y siete años.

i) Posibilidad para toda persona deseosa de aprender, sobre todo para un obrero, de tener fácil entrada a las Escuelas superiores. Formación de todas las fuerzas pedagógicas para la actividad en las Escuelas superiores donde deben poder enseñar; supresión de toda especie de división artificial entre las fuerzas pedagógicas jóvenes y los profesores; sostén material para los estudiantes a fin de dar realmente a los proletarios y campesinos la posibilidad de utilizar las Escuelas superiores.

j) Asimismo, todos los tesoros artísticos deben ser públicos y accesibles a los trabajadores; fueron creados mediante la explotación del trabajo de los obreros y hasta ahora estuvieron reservados a los explotadores.

k) Desarrollo de una propaganda general de las

ideas comunistas, utilizando con tal fin el poder y los medios del Estado.

CUESTIONES RELIGIOSAS

13. En lo que atañe a la Religión, el partido comunista ruso no se contenta con la separación ya decretada de la Iglesia y el Estado y de la Escuela y la Iglesia, es decir, con las medidas que fueron inscriptas en el programa de la democracia burguesa, pero que a consecuencia de los múltiples lazos que en realidad unen el capital a la propaganda religiosa, jamás fueron implantadas por completo en ninguna parte del mundo.

El partido comunista ruso está persuadido de que la realización de un orden sistemático y consciente en toda la esfera de la actividad económica general de las masas, acarreará la desaparición completa de los prejuicios religiosos. El partido debe procurar la destrucción completa de los vínculos que unen las clases explotadoras a las organizaciones de propaganda religiosa, procurando la liberación real de las masas trabajadoras de los prejuicios religiosos por medio de una propaganda antirreligiosa, de educación científica bien organizada. Pero hay que evitar cuidadosamente el herir los sentimientos de los creyentes, pues esto no haría sino fortificar el fanatismo religioso.

EN LA ESFERA ECONOMICA

1. La expropiación de la burguesía, comenzada ya y terminada en principio, y la incautación de los medios de producción y de cambio por la República de los Soviets, lo que quiere decir que se han convertido en propiedad común de todos los trabajadores, debe proseguir y terminar sin desfallecimiento, sin vacilación.

2. La cuestión capital y la base de toda la política económica del Poder de los Soviets, consiste en el fomento de las fuerzas productoras del país. Ante el trastorno extraordinario de toda la nación debe someterse todo al fin práctico de aumentar, por todos los medios e inmediatamente, la cantidad de productos más necesarios a la población. Por el resultado práctico en este respecto es como se podrá juzgar del éxito del trabajo de cada institución sovietista ligada a la economía popular.

En primer término, deben tenerse en cuenta los hechos siguientes:

3. La ruina de la economía imperialista ha dejado como herencia, en el primer período de trabajo de los Soviets, cierta confusión en la organización y administración productoras. Una de las tareas fundamentales y más urgentes es la mayor concentración posible de toda la actividad económica del país, según un solo plan preparado para todo el país; la mayor centralización de la producción mediante la unión de

las empresas separadas y de los grupos de empresas y su concentración en las mejores unidades productoras, con objeto de solucionar lo más rápidamente posible los problemas económicos; la más grande armonía en todos los elementos del mecanismo de la producción y, finalmente, el aprovechamiento racional y económico de todas las fuentes de riqueza del país.

Es también necesario preocuparse en desarrollar la colaboración económica y las relaciones políticas con otros pueblos, así como el constituír un plan económico y único con aquellos que han adoptado ya el régimen sovietista.

4. En lo que respecta a la pequeña industria a domicilio (se piensa ya en el "kustar", trabajo a domicilio en el campo), debe utilizarse ampliamente para que los obreros que trabajan en sus casas reciban encargos del Estado, y a fin de que esa industria y la pequeña queden englobadas en el plan de conjunto para la entrega del combustible y de primeras materias, y con objeto de que sean sostenidas financieramente. Condición precisa para esto es que los trabajadores con domicilio aislado, los *cartels* de trabajadores a domicilio, las cooperativas de producción y las industrias pequeñas se unan en mayores unidades productoras e industriales. Tal fusión debe hacerse necesaria por la concesión de privilegios económicos que, en unión de otros fines, contribuirán a sobreponerse a la tendencia del trabajo domiciliario, a transformarse en pequeña industria, y a hacer posible un tran

to fácil de esas formas de producción atrasadas a la gran industria que engloba el maquinismo.

5. El mecanismo de organización de la industria socializada debe reposar, sobre todo, en los Sindicatos. Estos deberán desprenderse cada vez más de la estrechez corporativa y transformarse en grandes federaciones de producción que engloben la mayoría e, insensiblemente, la totalidad de la rama de producción correspondiente.

Como quiera que los Sindicatos, según las leyes de la República de los Soviets y la práctica habitual, participan ya en todos los órganos de administración central y local de la industria, deben, en la práctica, llegar a concentrar en sus manos toda la administración de la economía popular, en una grande unidad económica. Al asegurar así los Sindicatos el lazo indisoluble entre la administración del Estado central de la economía popular y la gran masa de los trabajadores, deben educar a éstos para el trabajo directo de la dirección económica. La participación de los Sindicatos en la dirección económica y la educación por ellos de las grandes masas, forman también el mejor medio de lucha contra el burocratismo de la organización económica de la República de los Soviets, y ofrecen la posibilidad de crear un verdadero *control* del pueblo sobre la producción.

6. La utilización necesaria y más amplia posible, atendiendo al desarrollo metódico de la economía popular, de la mano de obra existente en todo el país; su distribución adecuada según las regiones y las di-

versas ramas de la producción, deben ser la labor inmediata de la política económica de los Soviets. Y no puede realizarse sino en estrecha colaboración con los Sindicatos. La movilización general de toda la población capaz de trabajar por el Poder de los Soviets, con la participación de los Sindicatos, a fin de realizar ciertos trabajos públicos, debe proseguir, más sistemática y ampliamente que antes.

7. Ante la destrucción de la organización capitalista del trabajo, la restauración y el desarrollo de las fuerzas productoras y el fomento de la producción socialista, no son posibles sino sobre la base de una disciplina mutua de los trabajadores, de su mayor actividad, del sentimiento de su responsabilidad y del control severo y mutuo sobre la productividad del trabajo.

Para lograr esto es precisa una nueva educación sistemática y persistente de las masas, que será facilitada ahora, cuando éstas ven realizada la desaparición de los capitalistas, de los terratenientes y negociantes y por su propia experiencia llegarán a la convicción de que el nivel de su bienestar depende únicamente de la disciplina de su propio trabajo.

Corresponde a los Sindicatos el papel más esencial en esa obra de crear una nueva disciplina socialista. Y a tal fin los Sindicatos deben desechar los métodos viejos e introducir y ensayar medidas como las siguientes: cómputo de trabajo, señalamiento de normas de producción, responsabilidad ante los Tribunales de trabajo formados por compañeros, etc.

8. El deber mismo de fomentar las fuerzas productoras requiere el empleo inmediato, amplio y general del personal competente, en lo científico y técnico, que el capitalismo nos ha dejado, sin tener en cuenta que, en su mayoría, está lleno de ideas y hábitos burgueses. El partido cree que el período de dura lucha contra esa clase, lucha que fué determinada por el *sabotage* organizado por ella, concluyó ya, puesto que ese *sabotage* ha quedado roto, impotente.

En estrecho contacto con las federaciones sindicales, el partido debe persistir en sus antiguos principios; por una parte, no debe hacer a esos elementos burgueses la menor concesión política, ahogando así toda sublevación contrarrevolucionaria que pudieran fomentar; por otra parte, debe combatir también sin piedad esa presunción seudorrevolucionaria y en realidad ignorante, según la cual los trabajadores podrían vencer el capitalismo y el orden burgués sin aprender nada de los burgueses competentes, sin emplearlos y sin verse obligados a hacer un largo aprendizaje al lado de ellos.

El Poder de los Soviets, que aspira a la igualdad de los salarios para todo trabajo y al comunismo completo, no puede inscribir en su programa la tarea de realizar esa igualdad actualmente, pues únicamente se ha dado el primer paso en la marcha del capitalismo al comunismo. Por este motivo, y durante cierto tiempo, los salarios superiores del personal competente deben seguir a fin de que no trabaje peor sino mejor que antes. Por la misma razón no se debe renunciar al

BIBLIOTECA NACIONAL

sistema de primas por trabajos singularmente importantes y de organización.

Hay que inducir también al personal competente de la burguesía para que entable en el trabajo relaciones de compañerismo con los núcleos de simples obreros bajo la dirección de comunistas inteligentes, a fin de conseguir la comprensión mutua y la aproximación de los trabajadores intelectuales y manuales, separados por el capitalismo.

9. El Poder sovietista ha tomado ya una serie de medidas conducentes al desarrollo de las ciencias y a su utilización para la producción; entre otras, se han creado nuevos centros para las ciencias aplicadas, laboratorios, estaciones y talleres de investigación y ensayo para los nuevos métodos técnicos, mejoras y descubrimientos y para el registro y organización de todos los elementos, fuerzas y medios científicos, etcétera. El Partido Comunista de Rusia sostiene todas esas instituciones, esforzándose por desarrollarlas y por suscitar las condiciones más favorables para el trabajo científico en sus relaciones con el fomento de las fuerzas productoras del país.

AGRICULTURA

1. El Poder sovietista, que ha realizado totalmente la abolición de la propiedad privada del suelo, tomó una serie de medidas para la organización de grandes empresas agrícolas socialistas. Enumeramos las más importantes:

a) Organización de empresas sovietistas, es decir, de grandes dominios socialistas;

b) Subvención a las Sociedades y a las Cooperativas para el trabajo en común de las tierras;

c) Organización del cultivo de todas las tierras baldías por el Estado, sea quienquiera su propietario;

d) Movilización por el Estado de todas las fuerzas agronómicas, a fin de elevar la proporción de los cultivos;

e) Subvención a las comunas rurales como asociaciones voluntarias de campesinos que quieran cultivar en común grandes extensiones de tierra.

El Partido Comunista ruso considera eso absolutamente necesario y como medio único para el aumento urgentísimo de la productividad del trabajo agrícola; hace todos los esfuerzos para la realización de tales medidas, para extenderlas a las regiones más lejanas del país y a fin de obtener los mejores resultados.

El Partido Comunista ruso patrocina sobre todo: 1.° Una ayuda amplia del Estado a las cooperativas agrarias que se ocupen de la producción agrícola. 2.° Un sistema de mejoras sobre una vasta escala. 3.° Suministro amplio y sistemático a los campesinos pobres y medianos de material agrícola por oficinas de préstamos.

Considerando que las pequeñas empresas rurales subsistirán aún mucho tiempo, el Patido Comunista se esfuerza por realizar una serie de reformas que aumentarán la productividad de la economía agrícola: *a)* Reglamento del aprovechamiento del suelo por los

campesinos (suprime la división del cultivo en tres par-tes y de las pequeñas parcelas agrícolas, etc.). b) Suministro a los labriegos de semillas selectas y de abonos artificiales. c) Mejora de las razas de ganado. d) Divulgación de los conocimientos agronómicos. e) Informaciones y auxilios a los campesinos. f) Reforma del material agrícola de los labriegos en los talleres de los Soviets locales. g) Organización de Centros de préstamos, de estaciones de investigación y de granjas-modelo, etc. h) Mejora de las tierras.

11. Teniendo en cuenta que la oposición entre la ciudad y el campo es una de las causas fundamentales del estado económico y cultural atrasado de la población campesina, amenazando con la degeneración y la ruina tanto a la ciudad como al campo en la época de crisis tan aguda por que atravesamos, el Partido Comunista ruso ve en la destrucción de esa oposición una de las labores principales de la reconstrucción comunista, creyendo que se necesita para ello (aparte ciertas medidas generales) una educación sistemática y extensa de los obreros industriales para la reconstrucción comunista de la agricultura y el desarrollo de la actividad de los "Comités de Socorros Obreros" ya creados por los Soviets, etc.

12. El Partido Comunista ruso se apoya para toda su actividad en el campo, y ahora como antes, en los núcleos de la población proletaria y semiproletaria. Los organiza en un poder independiente; funda secciones del Partido en los campos; organizaciones de agricultores pobres, especialmente de los Sindicatos de prole-

tarios y semiproletarios rurales, etc.; los aproxima, los acerca en lo posible al proletariado urbano, arrancándolos así al influjo de la burguesía pueblerina y a los intereses de los pequeños propietarios.

En cuanto a los grandes labradores y a la burguesía pueblerina, la política del Partido Comunista ruso consiste en una lucha despiadada contra su ansia de explotar y en reprimir su oposición a la República de los Soviets.

La política del Partido Comunista ruso respecto de los campesinos medianos consiste en llevarlos gradual y sistemáticamente a trabajar en la reconstrucción socialista. El partido procura separarlos de los grandes agricultores y atraerlos hacia los proletarios, atendiendo cuidadosamente a sus necesidades. Procura asimismo influír moralmente sobre su estado retrógrado, nunca con medidas de opresión; finalmente, se esfuerza por hallar, en todos los casos en que se trata de sus intereses vitales, el modo de entenderse con ellos e incorporarlos, por los medios adecuados, tranquilamente, a la obra de la transformación socialista.

EL REPARTO

13. En orden al reparto, la tarea del Poder de los Soviets consiste en reemplazar el comercio por una distribución de los productos, organizada sistemáticamente y única para todo el Estado. Su objeto es englobar a toda la población en una red única de comunida-

des de consumidores capaces de repartir con la mayor rapidez, sistemática y económicamente, y con el mínimum de trabajo, todos los productos necesarios. Todo el organismo de distribución debe estar fuertemente centralizado.

Las cooperativas de consumo obreras y burguesas existentes deben figurar en la base de las comunidades de consumidores y de su federación. Representan las organizaciones de consumidores más importantes y el organismo mejor preparado, por la historia del capitalismo, para el reparto en masa.

El Partido Comunista ruso, considerando justa la transformación comunista del organismo cooperativo y no su destrucción fundamental, debe proseguir su política, que consiste: en obligar a todos los miembros del Partido a trabajar en las cooperativas y dirigirlas, auxiliados por los sindicatos, con un espíritu comunista; a desarrollar la iniciativa y la disciplina de la población trabajadora agrupada en las cooperativas; procurar que éstas comprendan toda la población y que se fusionen en una sola cooperativa de consumo que abarque a toda la República de los Soviets; finalmente —y esto es lo esencial—, hay que conservar incesantemente la influencia predominante del proletariado sobre los otros núcleos de trabajadores. En todas partes deben tomarse ciertas medidas prácticas para facilitar y realizar la transformación de las cooperativas de "pequeños burgueses" del viejo tipo capitalista en comunidades de consumidores, dirigidas por los proletarios y semiproletarios.

14. Para evitar las faltas o errores de la *Commune* de París, el Poder sovietista ruso tomó inmediatamente posesión del Banco Imperial, procediendo en seguida a la nacionalización de los Bancos privados y a la unificación de los nacionalizados, de las Cajas de Ahorros y de los Bancos de crédito con el Banco Imperial. De este modo inició un Banco popular, único, de la República de los Soviets, transformando el que constituía el centro de la dominación económica del capital financiero y un instrumento de dominación política de los explotadores, en un instrumento del poder obrero y en una palanca de la transformación económica. Y el Partido Comunista ruso, considerando que su fin es proseguir el trabajo comenzado, defiende los principios siguientes:

1. Monopolio de todo el sistema bancario en poder del Estado sovietista.

2. Transformación completa y simplificación de las operaciones bancarias mediante la conversión del engranaje bancario en un organismo de contabilidad unificada y de cálculo general de la República de los Soviets. La organización progresiva de la economía popular sistemática lleva a la supresión del Banco y a su transformación en una contabilidad central de la sociedad comunista.

15. La supresión del dinero es imposible en el primer período del tránsito del capitalismo al comunismo,

en tanto que la producción comunista y el reparto de los productos no estén completamente organizados. En tales circunstancias, los elementos burgueses de la sociedad continúan empleando el dinero que ha quedado en su poder con fines especulativos, de enriquecimiento y de explotación de los trabajadores. El Partido Comunista ruso, apoyándose en la nacionalización de los Bancos, se esfuerza por realizar una serie de innovaciones que amplíen el dominio de la contabilidad sin dinero y preparen la supresión de éste, disponiendo el depósito obligatorio del dinero en el Banco popular, la introducción de libros de presupuestos, la substitución de la moneda por cheques, bonos de corto plazo para el recibo de mercancías, etc.

LA HACIENDA

16. En una época que ha comenzado por socializar los medios de producción expropiando a los capitalistas, el Poder del Estado cesa de ser una fuerza parasitaria que domina la producción. Comienza por transformarse en una organización que realiza únicamente la función de administrar la vida económica del país. El presupuesto del Estado se convierte así en el de toda la economía popular unificada.

En esas condiciones no es posible la equivalencia de los ingresos y los gastos sino mediante una justa reglamentación de la producción y del reparto de los productos. Para cubrir los gastos directos del Estado

en el período de transición, el Partido Comunista ruso recomienda el paso del sistema de cobro de las contribuciones sobre los capitalistas (una necesidad histórica que fué igual en los primeros tiempos de la Revolución) al impuesto progresivo sobre la fortuna y las rentas. Sin embargo, cuando el impuesto no tenga virtualidad, a consecuencia de la realización de la expropiación de las clases pudientes, las necesidades de los gastos del Estado, se basará en la transformación de una parte de los productos de los monopolios de Estado en ingresos directos del Estado que realiza la función de administrar la vida económica del país. Y así el presupuesto de Estado se convertirá en el presupuesto de toda la economía nacional unificada.

LAS VIVIENDAS

17. Para solucionar la cuestión de la vivienda, problema que se agudizó enormemente durante la guerra, el Poder de los Soviets ha expropiado completamente todas las casas de los propietarios capitalistas, poniéndolas a disposición de los Soviets locales. Organizó un traslado en masa de los trabajadores de la periferia de la ciudad a las casas de la burguesía, facilitando los mejores edificios a las organizaciones obreras, con los gastos por cuenta del Estado, y comenzó el suministro a las familias obreras de muebles, etc. El deber del Partido Comunista ruso es el de proseguir su obra y, sin menoscabo de los intereses de los propietarios no capitalistas, realizar por todos los medios un mejoramiento

en las condiciones de la vivienda de las masas trabajadoras, evitando así el exceso de población y la insalubridad de los barrios viejos; derribar las casas inhabitables, demoler las antiguas y construír otras que correspondan mejor a las nuevas condiciones de vida de las masas obreras y que alberguen racionalmente a los trabajadores.

PROTECCION OBRERA Y PREVISION SOCIAL

Con el establecimiento de la dictadura del proletariado, por primera vez fué posible realizar el programa mínimo de los partidos socialistas en el terreno de la producción obrera.

El Poder de los Soviets ha realizado legislativamente las innovaciones que siguen, inscriptas en la "Carta del Trabajo Sovietista": Jornada de ocho horas como máximo para todos los trabajadores; las personas menores de diez y ocho años que trabajan en industrias o faenas peligrosas, así como los mineros, no tendrán una jornada mayor de seis horas. Descanso semanal de cuarenta y dos horas sin interrupción para todos los trabajadores; prohibición de las horas suplementarias como regla general; prohibición del trabajo a los menores de diez y seis años. Se prohibe, asimismo, el trabajo nocturno, el trabajo en empresas peligrosas y suplementario para todas las mujeres y menores de diez y ocho años; dispensa de trabajo para la mujer ocho semanas antes y otras ocho después del alumbra-

po. Además, los trabajadores reciben gratuitamente re-
cursos y asistencia médica. Descanso mínimo de media
hora cada tres horas para que las mujeres puedan lac-
tar a sus hijos, y un salario más alto para las madres
que amamantan. Iuspección obrera y sanitaria nombra-
da por los Sindicatos.

Por vía legal, el Poder sovietista ha realizado una asistencia social completa para todos los trabajadores que no explotan el trabajo ajeno, en todos los casos de pérdida de la capacidad de trabajo y—por primera vez en el mundo—para el paro, a expensas de los patronos y del Estado y bajo la administración de los asegurados, con la cooperación amplia de los Sindicatos.

El Poder de los Soviets ha llegado en ocasiones más allá del programa mínimo y ha introducido en la misma "Carta del Trabajo" las siguientes innovaciones: Participación de las organizaciones obreras en la solución de los asuntos de admisión o despido de los obreros; abono de un mes de licencia a todos los obreros que hayan trabajado sin interrupción un año por lo menos; reglamentación de los salarios por el Estado sobre la base de tarifas preparadas por los Sindicatos; creación de órganos especiales, secciones de los Soviets y los Sindicatos, encargados del registro de reparto de la mano de obra y que deben dar trabajo a los que están en paro. El estado de extraordinario agotamiento originado por la guerra y el asalto del imperialismo mundial han obligado al poder sovietista a admitir las excepciones siguientes: Autorizar horas suplementarias en casos excepcionales, no pudiendo exceder de cincuenta

días por año. Se autoriza el trabajo de los muchachos de catorce a diez y seis años a condición de limitar su jornada a cuatro horas. Puede quedar reducida a catorce días en vez de un mes la licencia, y el trabajo nocturno puede realizarse hasta siete horas.

El Partido Comunista ruso debe hacer una activa propaganda para que los trabajadores contribuyan con energía a la realización de todas las reformas de protección obrera. Y para ello es preciso:

1.° Intensificar el trabajo de las organizaciones de previsión y extender las inspecciones del trabajo de manera que los colaboradores sean elegidos entre los obreros y se eduquen así. Extender las inspecciones a las pequeñas empresas y al trabajo domiciliario.

2.° Ampliación de la protección obrera a todas las formas de trabajo (construcción, transportes terrestres y por agua, personal doméstico, obreros del campo, etcétera).

3.° Supresión absoluta del trabajo de los niños y mayor reducción del tiempo de faena de los adolescentes.

El Partido Comunista ruso debe además perseguir los fines siguientes:

1.° Implantación de la jornada máxima de seis horas sin disminución de salario por el aumento general de la productividad del trabajo. Los trabajadores estarían obligados entonces a dedicar dos horas suplementarias, sin retribución, al estudio de la teoría del oficio y de la producción, al aprendizaje práctico de la técnica

a la administración del Estado y a la preparación militar.

2.° Introducción de un sistema de primas para estimular la productividad del trabajo.

En orden a la previsión social, el Partido Comunista ruso organiza el socorro general del Estado, no sólo para las víctimas de la guerra y para aquellos que se hallan en la miseria a consecuencia de accidentes naturales. El partido combate enérgicamente toda especie de parasitismo y la vagancia, considerando deber suyo el devolver a la vida del trabajo a todos los individuos depravados y ociosos.

PROTECCION DE LA SALUD

Desplegando su actividad en orden a la salud pública, el Partido Comunista ruso proyecta la implantación de una serie de medidas generales sanitarias e higiénicas con el fin de prevenir la expansión de las enfermedades. La dictadura del proletariado ha dispuesto ya una serie de medidas sanitarias y médicas que eran irrealizables en la sociedad burguesa: nacionalización de las farmacias, de los grandes hospitales que pertenecían a empresas privadas, las estaciones termales y climatéricas, instituyendo el trabajo médico obligatorio.

Los trabajos inmediatos para el Partido Comunista ruso son:

1.° Realización enérgica de innovaciones sanita-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

rias generales en interés de los trabajadores, como *a)* saneamiento de los lugares habitados (suelo, agua, aire); *b)* transformación de la alimentación popular según principios de higiene científica; *c)* medidas preventivas contra la propagación de las enfermedades contagiosas; *d)* promulgar una ley sanitaria.

2.° Lucha contra las enfermedades sociales (tuberculosis, enfermedades sexuales, alcoholismo, etc.).

3.° Amplia distribución gratuita de medicamentos y asistencia facultativa.

X

DISCURSO DE LENIN EN EL II CONGRESO DE LA TERCERA INTERNACIONAL (julio 1920).

Compañeros:

Las tesis sobre las fundamentales labores de la Internacional Comunista han sido publicadas en todas las lenguas. No contienen nada nuevo para nuestros camaradas rusos, porque entrañan diferentes elementos de nuestra experiencia revolucionaria adaptados a un cierto número de países occidentales. Por esta razón, procuraré desarrollar más extensamente la primera parte de mi tema: la situación internacional.

Todos sabéis, que los rasgos más importantes y más característicos del imperialismo consisten en que el capitalismo ha logrado un desarrollo extraordinario. Un monopolio formidable sustituyó la libre competencia. Frecuentemente, un pequeño número de capitalistas pudieron concentrar en sus manos ramas enteras de industria.

Tal dominación de un pequeño número de capitalistas logró su pleno desarrollo cuando toda la tie-

rra—no sólo las fuentes de primeras materias y los medios de producción, sino igualmente las colonias—fué repartida entre los grandes capitalistas. Hace cuarenta años, la cifra de las poblaciones coloniales de seis potencias capitalistas se elevaba a 250 millones. Antes de la guerra de 1914 ascendió a 600 millones, y si se cuentan países como Persia, Turquía y China, que se encontraban ya en estado de semicolonias, llegamos a una cifra redonda de 1.000 millones de población oprimida por la dependencia colonial, bajo el yugo de los más ricos, de los más civilizados y de los más libres países del mundo.

Este reparto de la tierra, esta dominación del monopolio capitalista, esta omnipotencia de un pequeño número de grandes banqueros—dos, tres, cuatro, cinco, en cada Estado—, debían infaliblemente provocar la primera guerra imperialista. En esta guerra se trataba de un nuevo reparto de la tierra. La guerra debía decidir cuál sería el grupo—inglés o alemán—de grandes potencias que obtendría el derecho y el poder de explotar la tierra y de saquearla. Sabéis que la guerra ha resuelto esta cuestión en provecho del grupo inglés, y que su resultado ha sido agudizar las oposiciones del capitalismo. Una población de 250 millones ha sido colocada en una situación semejante a la de las poblaciones coloniales—por ejemplo, a Rusia, con 130 millones; a Austria-Hungría, a Alemania, a Bulgaria, que no tienen menos de 120 millones en total. ¡250 millones de hombres en países que, como Alemania, figuran entre los

más adelantados y cultos y gozan, desde el punto de vista técnico, los más recientes progresos!

Por consecuencia de la guerra, más de 1.000 millones de hombres viven bajo la dominación colonial y deben dejarse explotar por el capitalismo.

El Tratado de Versalles ha colocado a Alemania, y a otra serie de Estados, en una situación que les hace la vida económica materialmente imposible.

¿Qué naciones son las que se han beneficiado de ello? Para responder a esta pregunta, recordemos que la población de los Estados Unidos, único beligerante que se ha aprovechado de la guerra (no solamente han pagado sus enormes deudas de antes de la guerra, sino que se han convertido en los acreedores del mundo), se eleva a 100 millones. La población del Japón, que ha ganado enormemente permaneciendo alejado del conflicto europeo-americano y apoderándose de una gran parte del continente asiático, se eleva a 50 millones. Inglaterra, que, después de estos países, es la que ha obtenido mayores ventajas, cuenta 50 millones de habitantes. Si se agregan los Estados centrales de escasa población que se han enriquecido por la guerra, llegamos a una cifra aproximada de 250 millones en total.

Frente a esta cifra está la de los países oprimidos, que, como hemos visto, suman una población de 1.000 millones.

Pero sobre ambos grupos han caído los daños de la guerra. Sufren, por consiguiente, estos daños 1.250 millones de criaturas, y la población del mundo es de 1.750 millones.

Recuerdo esta imagen del mundo, porque las contradicciones fundamentales del capitalismo, del imperialismo, son las que conducen a la revolución. No sólo los pueblos coloniales vencidos han sido sometidos a la explotación del capitalismo, sino que también en el interior de cada país se han desarrollado vivas contradicciones; todas las contradicciones capitalistas se han agudizado. Lo mostraré con un ejemplo.

Consideremos las deudas públicas. Sabemos que, de 1914 a 1920, las deudas de los grandes Estados europeos han aumentado siete veces su cuantía. Acudo a una fuente económica muy importante: Keynes, diplomático inglés, autor del libro *Las consecuencias económicas de la paz*, que tomó parte, en nombre de su Gobierno, en la Conferencia de Versalles, que pudo observar de muy cerca, desde el punto de vista burgués, ha estudiado a fondo estas cuestiones, como economista, y llega a conclusiones más fuertes, más claras y más convincentes que todas las conclusiones de los críticos comunistas y revolucionarios, porque emanan de un burgués convencido, adversario decidido del bolchevismo, del que traza una imagen pequeño-burguesa enteramente desfigurada. Keynes ha llegado a esta conclusión: que Europa y el mundo entero han sido lanzados a la bancarrota por la paz de Versalles. Keynes dimitió y lanzó su libro al rostro de su Gobierno, diciendo: "¡Lo que hacéis es una locura!"

¿Cuáles son las relaciones de los débitos entre las grandes potencias, según Keynes? Cuento la libra e

terlina en rublos oro y al precio de una libra por 10 rublos oro.

El cuadro es el siguiente: los Estados Unidos poseen un activo de 19.000 millones, y nada de pasivo. Antes de la guerra eran deudores de Europa. En el último Congreso del K. P. D., 14 abril 1920, el camarada Levy hizo resaltar justamente que sólo dos potencias han quedado independientes: Inglaterra y América. Esta, de deudora, se ha convertido en acreedora. Todas las demás potencias del mundo están cargadas de deudas. Inglaterra, cuyo activo de 17.000 millones está en balance con un pasivo de 8.000 millones, está ya a medias en la situación de entrampada. En este activo están comprendidos 6.000 millones debidos por el antiguo Gobierno ruso, así como el valor de las municiones y armamentos suministrados durante la guerra. Recientemente, cuando Krassin, delegado de los Soviets, habló con Lloyd George respecto a estas deudas, expuso al político, al jefe del Gobierno de la Gran Bretaña, que estaba en un error si contaba con recobrar sus débitos. El diplómata Keynes había descubierto antes este error.

Keynes presenta las cifras siguientes para Francia: un activo de 3,5 miles de millones, un pasivo de 10,5 miles de millones. Tal es la situación de un país donde la economía era tan boyante en otro tiempo que los mismos franceses se llamaban los banqueros del mundo. El bandidaje colonial y financiero que aportó un capital colosal a Francia la permitió prestar particularmente a Rusia miles y miles de millones. Esos adelantos eran de

un gran beneficio para Francia. Pero, a pesar de su victoria, Francia se ha hecho deudora.

Según informes burgueses americanos, relatados por el comunista Braun en su libro *¿Quién pagará las deudas de guerra?* (Leipzig, 1920), las deudas de cada país, expresadas con relación a la fortuna nacional, se reparten como sigue: en los países victoriosos, como Inglaterra y Francia, las deudas exceden en un 50 por 100 la fortuna del país; en Italia en un 60 a un 70 por 100, en Rusia alrededor de un 90 por 100, pero ya sabéis que en lo que a nosotros concierne, estas deudas no nos preocupan, porque hemos seguido el consejo de Keynes: las hemos anulado, sencillamente.

Estas pocas líneas muestran hasta la evidencia que los países vencedores han sido puestos por igual en una situación imposible por la guerra imperialista. Otro hecho que lo prueba es que la ganancia no alcanza al alza de los precios. El Consejo Supremo Económico, que es el órgano de la Entente, expone los datos siguientes. En los Estados Unidos el precio de los víveres ha aumentado alrededor de un 120 por 100; los salarios de los obreros en un 100 por 100 solamente. En Inglaterra, el aumento de los precios es de 170 por 100; el de los salarios de 130 por 100. En Francia, 300 por 100 para los víveres; 200 por 100 para los salarios. En el Japón, 130 por 100 para los víveres; 60 por 100 para los salarios.

Está claro que una situación tal hace inevitable la rebelión de los trabajadores, la extensión de las ideas revolucionarias, el crecimiento de las huelgas de masas

elementales. Porque la vida de los trabajadores se hace insoportable. Se convencen, por la práctica, de que la guerra ha enriquecido a los ricos y que éstos quieren hacer recaer todo el peso de ella sobre los hombros de los trabajadores. Hace muy poco se nos ha telegrafiado que América iba a deportar a nuestro país 500 comunistas, para desembarazarse de esos peligrosos agitadores. Los Estados Unidos pueden deportar 50.000 agitadores rusos, japoneses, franceses; esto no producirá ningún cambio, porque el desequilibrio entre el precio de la vida y los salarios, contra el cual no pueden nada, persistirá. No podrán cambiar nada de esto, porque para ellos la propiedad privada es sagrada y no la querrán tocar, pues no hay que olvidar que es solamente Rusia la que ha destruído la propiedad privada. Si los capitalistas no pueden remediar este desequilibrio los obreros no pueden vivir en tales condiciones. Es un mal contra el que son impotentes los viejos remedios. Ni las huelgas parciales, ni la lucha parlamentaria, ni el camino electoral, pueden dar nada. Por ser sagrada la propiedad privada, han acumulado los capitalistas tantas destrucciones y tantas deudas, se ha esclavizado al mundo entero por un puñado de hombres y las condiciones de vida del trabajador se hacen cada vez más terribles. No hay más que una sola salida: *expropiar a los explotadores*.

El precio de exportación del carbón en Inglaterra se ha elevado al doble del precio determinado por las esferas oficiales de la industria.

En el Lancashire se ha ido en esto tan lejos, que el

valor de las acciones se ha elevado a 400 por 100. Los Bancos confiesan una renta mínima de 40 a 50 por 100. Prueba todo ello que la riqueza de un pequeño número de individuos se acrecenta sin cesar; el lujo pasa de todos los límites, y al mismo tiempo la miseria de la clase obrera es cada vez mayor. A causa de las deudas, del papel moneda, etc., el dinero está depreciado por todas partes. El dinero inglés ha bajado en un tercio con relación al dólar, el francés la mitad, el italiano dos tercios, y el alemán hasta un 96 por 100.

Esto prueba que el *mecanismo de la economía capitalista se derrumba completamente*: las relaciones comerciales sobre las cuales reposan en el régimen capitalista la compra de las materias primas y el suministro de las mercancías, no pueden ser restablecidas por la servidumbre a uno solo de toda una serie de países, a causa de que el dinero ha cambiado de valor. Un país rico único no puede existir y no puede traficar, al no poder vender sus mercancías ni obtener mayores primas.

América, ese país increíblemente rico, que ha sometido a sí a todos los demás, no puede comprar ni vender.

* * *

...Pero hasta en las países acreedores, la situación de la clase trabajadora es insostenible. La guerra ha hecho más ásperos aún los contrastes en la sociedad capitalista. Son causa de la efervescencia revolucionaria, que se extiende cada vez más. Durante la guerra, la disciplina militar que reinaba por todas par-

tes, impedía a los hombres levantar la voz; tenían que hacerse matar bajo los cañones enemigos; si no, les alcanzaban las penas militares. Las condiciones de la guerra impedían considerar la realidad desde el punto de vista económico. Publicistas, poetas, eclesiásticos, periodistas, todos glorificaban la guerra. Ahora que la guerra ha acabado, han comenzado las revelaciones. El imperialismo alemán y la paz de los Brest han sido desenmascarados. Así también, la paz de Versalles, que debía simbolizar la victoria imperialista y que fracasó tan lamentablemente.

La situación económica, que se hace cada día más insoportable para las masas y el estrago que impera constantemente aun en los países "vencedores", son otras tantas condiciones preliminares de la revolución mundial.

Esto nos da una imagen más completa del mundo. Sabemos la alta significación de que 1.250 millones de hombres vivan en condiciones imposibles. Cuando los pueblos recibieron como un presente el Tratado de la Liga de las Naciones, en razón del cual la Liga declara que no habrá en lo sucesivo más guerra y que no le será permitido a nadie poner en peligro la paz, cuando ese Tratado, última esperanza de las masas trabajadoras, entró en vigor, se nos apareció como una gran victoria. Nuestra decepción no ha podido ser más grande.

Está probado que los *cuatro* (Clemenceau, Lloyd George, Orlando, Wilson) habían sido encargados por los países ricos de crear nuevas relaciones. Pero cuando se intentó poner en ejecución el mecanismo del Trado

tado, se fracasó. Así nos lo demuestran las guerras emprendidas contra Rusia. Por una parte, la Rusia atrasada, exangüe, destruída, desorganizada; enfrente todos los Estados, la alianza de todas las naciones más ricas, las más poderosas. Y a pesar de todo, Rusia siguió vencedora. No estábamos en estado de oponer una fuerza igual a la suya. Esto no nos impidió salir ganando. ¿Por qué? Porque los adversarios de Rusia estaban desunidos. Francia deseaba una Rusia que pagara sus deudas y siguiera militarmente potente, sobre todo contra Alemania. Inglaterra quería despedazar a Rusia. Intentó acaparar la nafta de Bakú y negociar Tratados con los países limítrofes de la Rusia obrera. Los documentos oficiales ingleses contienen la lista de Estados—eran catorce—que se comprometían, hace seis meses—en diciembre de 1919—, a conquistar Moscú y Petrogrado. Fué sobre estos Estados sobre lo que se basó la política inglesa. Recibieron numerosos y ricos créditos. Toda esta política se hundió. He aquí la situación creada por la Sociedad de Naciones. La existencia del Tratado de Versalles es la mejor propaganda en favor del bolchevismo. Una lucha terrible ha surgido entre el Japón, Inglaterra, América y Francia, a causa el reparto de Turquía, Persia, Mesopotamia y China. La Prensa burguesa de cada uno de estos países rapaces, ataca a los otros.

Asistimos a una decadencia total en estos países ricos. Los 1.250 millones de hombres no pueden someterse a la existencia que quiere imponerles el capitalismo *progresivo* y civilizado. Solamente que aun los

más ricas potencias, Inglaterra, América y el Japón, que saquearon los países asiáticos, son impotentes para poner en pie una fuerza autónoma, financiera y militar suficiente, sin la ayuda de otro país. Son incapaces de regular las relaciones económicas. Por otra parte, las políticas de los diversos miembros de la Sociedad de Naciones son opuestas las unas a las otras. De esto resulta la crisis mundial. Las causas económicas de esta crisis intervienen también en los brillantes éxitos de la Internacional Comunista.

Camaradas, henos ya dentro del problema de la crisis revolucionaria, base de nuestra acción revolucionaria. Aquí echamos de ver dos faltas en extremo extendidas. Ciertos economistas presentan esta crisis como una simple *perturbación*. Ciertos comunistas, por el contrario, la presentan como absolutamente sin salida para la burguesía.

Es un error. No existen situaciones absolutamente sin salida. Cierto que la burguesía se conduce como quien ha perdido la cabeza: no comete más que tonterías, agudiza la situación, acelera el instante de su perdición. Pero es *indemostrable* que esté excluída de toda posibilidad para apaciguar por medio de ciertas concesiones a ciertos partidos de la masa de los explotados, en tanto que aniquila el movimiento o la revuelta de otros grupos de esclavos y explotados. Querer *probar* la absoluta ausencia de toda salida, sería una obra de pedantes o un simple juego de conceptos y de palabras. La sociedad burguesa, en su totalidad, atraviesa ac-

tualmente una crisis revolucionaria. Los partidos revolucionarios deberán probar con su actividad que son suficientemente conscientes; están en contacto suficientemente estrecho con las grandes masas de explotados, y esto debe permitirles transformar la crisis en una revolución proletaria fructuosa y victoriosa.

El fin de este Congreso de la Internacional Comunista es preparar tal obra.

Encontramos un ejemplo del oportunismo y de la falta de verdadera preparación revolucionaria que reinan aún en los partidos que desean adherirse a la Tercera Internacional, en el libro de R. Mac Donald, leader del *Independent Labour Party*, titulado *El Parlamento y la revolución*. Este libro trata de los problemas que nos ocupan actualmente. El autor pinta en él la situación poco más o menos como lo hacen los pacifistas burgueses. Reconoce la inminencia de la crisis revolucionaria. Reconoce que el espíritu revolucionario adquiere extensión, que las masas, en Inglaterra, son favorables a los Soviets, y se dan cuenta de la dictadura actual de la burguesía.

A pesar de esto, Mac Donald sigue siendo el pacifista burgués, el hombre de los compromisos; un pequeño burgués que sueña en un Gobierno que no sea un Gobierno de clase. Mac Donald reconoce la lucha de clases en las palabras, pareciéndose en esto a los embusteros, sofistas, burgueses. No dice nada de la experiencia en Rusia (por Kerenski, los menchevikis y los socialistas revolucionarios), en Hungría, en Alemania, etc., de los *sedicentes* Gobiernos democráticos, apartados

por encima de las clases. Mac Donald, para tranquilizar a su partido y a los obreros que ven en él un socialista más que un burgués, un jefe en vez de un mamarracho, escribe lo que sigue: "Nosotros sabemos que la crisis revolucionaria, la fermentación revolucionaria, desaparecerán y que todo volverá al orden." La guerra civil debe provocar una crisis, pero una vez pasada la crisis, todo volverá "al orden".

Eso escribe el *leader* de un partido que desea afiliarse a la Tercera Internacional. Es la confesión sin artificio y, por tanto, más preciosa, de un estado de espíritu que encontramos igualmente en las capas superiores del partido socialista francés y en los independientes alemanes. Les falta tanto la inteligencia como la voluntad para transformar la crisis en un sentido revolucionario. Les faltan, en otros términos, la inteligencia y la voluntad para hacer obra revolucionaria en su partido y preparar a la clase obrera para el ejercicio de la dictadura.

Este es el error principal de los numerosos partidos que se han salido de la Segunda Internacional.

Tenemos que presentarnos aquí la cuestión siguiente: ¿Cómo se explica la persistencia de este movimiento en Europa? ¿Por qué el oportunismo resiste más en la Europa occidental que en Rusia? Porque los países civilizados han basado y basan aún toda su vida sobre la explotación, que les permite vivir a expensas de 1.000 millones de oprimidos, porque aquellos beneficios son mayores que los beneficios que aporta a los capitalistas la explotación de sus pro-

letariados nacionales. Antes de la guerra, se estimab que los capitales colocados en el extranjero repor ban a las naciones más ricas—Inglaterra, Francia, Ale mania—una renta anual de 6 a 10.000 millones de francos.

De esta suma total se ofrecía, graciosamente, ... millones a los "leaders" obreros y a la aristocra obrera, y se ayudaba a corromperla. Porque se tra de corrupción. Esta toma diversas formas: el desarro en los grandes centros, fundación de centros de edu ción, creación de puestos múltiples para los jefes sindicatos y representantes parlamentarios.

Esos miles de millones son la base del oportunis En América, en Inglaterra, en Francia los *leaders* op tunistas y las capas superiores de la clase obrera más perseverantes y ofrecen una mayor resisten movimiento comunista que la que se ofreció en Ru Debemos estar preparados a ver que la curación de los partidos laboristas de la Europa occidental y de Amé rica ha de ser menos rápida que en Rusia. No dudam que desde la fundación de la Tercera Internacional hayan realizado grandes progresos en la lucha con la enfermedad oportunista, pero no se ha alcanzado el punto decisivo. La operación de limpieza de toda fluencia burguesa y oportunista en los partidos revol cionarios del mundo, no se ha terminado aún. Fa mucho. La enfermedad se ha hecho crónica: el trata miento pide más tiempo de lo que los optimistas hubie ran esperado. El oportunismo que reina en las capas interiores del movimiento no es socialismo proleta

lleva el sello burgués. Está probado que los jefes oportunistas en el movimiento obrero son defensores más seguros del orden burgués que los burgueses mismos. Sin ellos, la burguesía estaba perdida. Esto es lo que prueba la historia del régimen Kerensky, en Rusia; la república democrática alemana, con sus Gobiernos social-democráticos; es lo que prueban aún las relaciones de Albert Thomas con su Gobierno. Experiencias análogas en Inglaterra y en los Estados Unidos lo demuestran también. Ese es el enemigo a quien hay que vencer. Es preciso que no dejemos este Congreso sin llevar la decisión firme de realizar esta victoria en todos los partidos. La Internacional comunista debe dar a conocer a los camaradas de los demás países los resultados de la experiencia rusa. En esto debe consistir nuestra principal labor. La lucha contra los defectos y las faltas de los "radicales" será mil veces más ligera que la que habrá que emprender contra los burgueses reformistas que pertenecen a los partidos de la Segunda Internacional, y que dan a esos partidos una composición y aire burgués.

Camaradas, el presidente ha dicho que este Congreso merece el nombre de Congreso mundial. Creo que esto es exacto. En este Congreso se encuentran reunidos representantes de los proletarios revolucionarios de los países capitalistas avanzados y los representantes de las masas revolucionarias oprimidas de los países de Oriente, donde no existe aún el proletariado. Nos pertenece a nosotros hacer entre ellos una unión duradera. El imperialismo se hundirá el día que el asalto

de los hombres explotados y oprimidos en todos los países europeos se alíe al asalto revolucionario de los millones de hombres que hasta el presente han estado al margen de la historia, como simples cosas. La guerra imperialista ha favorecido la revolución; la burguesía retiró soldados de las colonias y de los países atrasados para hacerlos participar en la guerra imperialista. Inglaterra persuadió a los soldados indios de que era un negocio para los campesinos de la India proteger a la Gran Bretaña contra Alemania. La Francia burguesa procuró convencer a los negros de que tenían que defender a Francia. Esto es asombrosamente instructivo y debemos agradecerlo a la burguesía. La guerra imperialista ha hecho aparecer a los pueblos oprimidos en el escenario del mundo. Una de nuestras tareas capitales es aplicarnos a saber cómo se puede emprender la organización del movimiento soviético en los países no capitalistas. Los Consejos son posibles allí. No serán Consejos de obreros, sino Consejos de campesinos, o, más bien, Consejos de trabajadores, en general. El trabajo es considerable. Las faltas son inevitables. Habrá que vencer dificultades enormes. El deber primordial del segundo Congreso es estudiar e indicar las bases prácticas, de modo que la obra de esclarecimiento, esparcida actualmente, y desorganizada, entre millones de hombres, pueda organizarse y ordenarse.

El movimiento en favor de los Consejos (Soviets) ha comenzado en todo el extremo Oriente, en toda el Asia, en los pueblos coloniales. El explotado debe levantarse contra el explotador y crear Consejos. Después de la

experiencia recogida en los dos años y medio de existencia de la república rusa de los Soviets y después del primer Congreso de la Tercera Internacional, son numerosos los explotados del mundo que han acogido esta verdad. En Rusia la lucha contra los imperialistas del exterior, más poderosos que nosotros, nos obliga a veces a compromisos y a contemporizaciones; esto no impide que tengamos la conciencia de que defendemos los intereses de una masa de 1.250 millones de oprimidos, o sea el 70 por 100 de la población de la tierra. A la hora actual, el proletariado está en marcha en todas partes. En todas partes existe un ejército proletario, aunque sea desorganizado. Si nuestros camaradas internacionales quieren ayudarnos, nada impedirá que acabemos nuestra tarea. Esta tarea es la revolución mundial, la fundación de la república mundial de los Consejos.

BIBLIOTECA NACIONAL
18 JUL. 1961
Secc. Control y Cat.

INDICE

	Páginas
Prefacio	5
I.—Táctica revolucionaria:	
Los socialistas y la revolución burguesa	7
Organización del partido revolucionario	17
II.—La democracia:	
El concepto burgués	21
El concepto marxista	26
III.—El Estado:	
El Estado burgués	31
La desaparición del Estado	34
El concepto marxista	40
Nueva organización del Estado	45
La dictadura revolucionaria	57
Hacia el comunismo	63
El comunismo	66
IV.—La guerra y la revolución:	
Las consecuencias de la guerra	73
Rusia y la guerra	79
Entre los socialistas rusos	82
Guerra imperialista y lucha de clases	87
V.—La dictadura del proletariado:	
El período preparatorio	99
Problemas del Poder proletario	103
Tareas prácticas	107
La dictadura del proletariado en Rusia	111
VI.—El problema agrario:	
Soluciones socialistas	127

La tierra para el pueblo 131
VII.—La Tercera Internacional:
Hacia una nueva época 139
La reconstrucción de la Internacional 139
La Internacional y los Sindicatos 146
VIII.—La Revolución y el proletariado mundial:
Carta a los obreros norteamericanos 161
Carta a los obreros ingleses 171
Carta a los espartaquistas alemanes 178
IX.—Programa del Partido Comunista Ruso 185
En la esfera política general 196
Cuestiones nacionales 200
Cuestiones militares 201
Organización judicial 204
Educación popular 205
Cuestiones religiosas 208
Agricultura 214
El reparto 217
Dinero y Bancos 219
La Hacienda 220
Las viviendas 221
Protección de la salud 225
X.—Discurso de Lenin en el II Congreso de la Tercera Internacional (julio 1920) 227

LAS NUEVAS DOCTRINAS SOCIALES

Colección de libros pertenecientes al nuevo ideario social y firmados por las más altas autoridades en la materia.

TOMOS PUBLICADOS

N. LENIN.—EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN PROLETARIA.
— IDEARIO BOLCHEVISTA.
— EL COMUNISMO DE IZQUIERDA.

N. TASIN.—LA DICTADURA DEL PROLETARIADO.—*(Según Carlos Marx, Federico Engels, Carlos Kautsky, N. Lenin, Otto Baüer y otros).*

A. R. ORAGE.—SOCIALISMO GREMIAL.—*(Estudio sobre el sistema de jornal y medios de sustituirle).*

S. ZAGORSKI.—LA REPÚBLICA SOVIETISTA.—*(Su organización. Su obra.)*

CARLOS PEREYRA.—LA TERCERA INTERNACIONAL.—*(Doctrinas y controversias).*

MAXIMO GORKY.—DE LA ERA BOLCHEVISTA. LA REVOLUCIÓN Y LA CULTURA.

CARLOS KAUTSKY.—TERRORISMO Y COMUNISMO.

L. TROTSKY.—EL TRIUNFO DEL BOLCHEVISMO.
— TERRORISMO Y COMUNISMO, O EL ANTIKAUTSKY

RUSIA.—LEGISLACIÓN BOLCHEVIQUE.—*(Recopilación de leyes y decretos promulgados por el Gobierno bolchevique).*

PROXIMOS A APARECER

ENRICO LEONE.—EL SINDICALISMO.

G. SOREL.—IDEARIO SINDICALISTA.

4 PESETAS